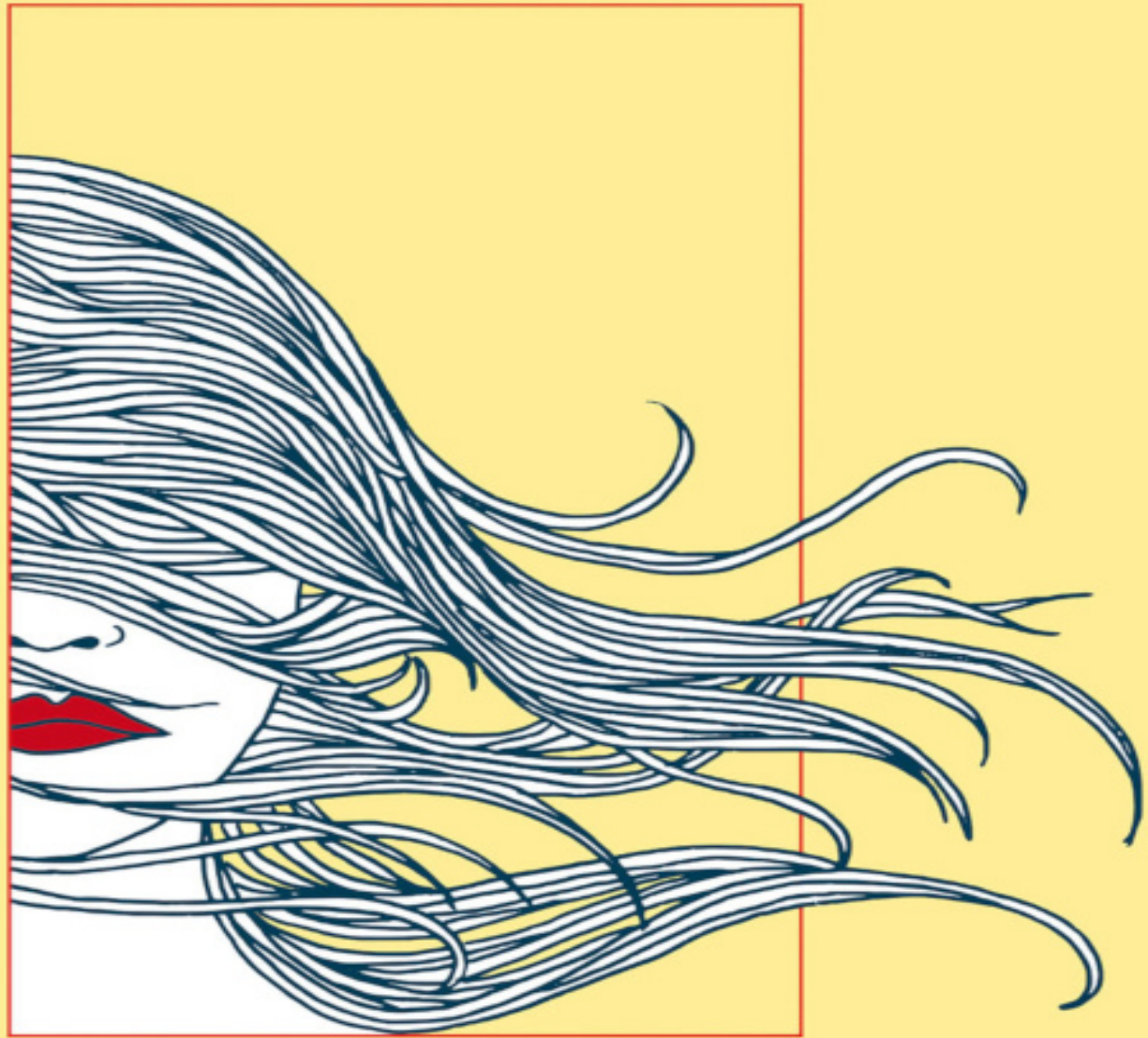


NORMA SOFI OKSANEN



se

Tras irrumpir en el panorama literario internacional con *Purga*, que vendió más de un millón de ejemplares en más de cuarenta países y recibió el aplauso unánime de los lectores y la crítica, además de numerosos premios y honores, Sofi Oksanen, una de las principales voces de la narrativa finlandesa actual, vuelve a sorprendernos con *Norma*, una novela intensa y asombrosa que combina con gran eficacia la intriga, el realismo mágico y la crítica social.

Cuando el cuerpo de Anita Ross es encontrado en el metro de Helsinki, todos los temores se confirman: la mujer acaba de tirarse a las vías. Pero Norma, su única hija, se muestra incrédula, ya que su madre jamás la hubiera dejado sola con su secreto: sus cabellos viven, experimentan emociones, cobran impulso y crecen tan rápidamente que hay que cortarlos varias veces al día. Dispuesta a todo con tal de saber la verdad, la joven decide reconstruir los últimos días de su madre, ofreciéndose incluso en el salón de belleza donde ella trabajaba, uno más de los negocios de un clan que también trafica con vientres de alquiler. Acechada por el pasado y atrapada en una maraña de engaños y explotación, Norma deberá luchar por esclarecer los hechos y alcanzar la libertad.

Con una prosa imaginativa, sugerente y poética, Sofi Oksanen urde una trama inquietante sobre las redes mafiosas que se aprovechan de las mujeres, en una novela radicalmente original que va marcando su propio camino a medida que Norma Ross se sumerge en el pasado en busca de su futuro.

OceanofPDF.com



Sofi Oksanen

Norma

ePub r1.0

Titivillus 19.08.2021

OceanofPDF.com

Título original: *Norma*
Sofi Oksanen, 2015
Traducción: Laura Pascual Antón

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



OceanofPDF.com

Índice de contenido

Cubierta

Norma

Primera parte

Segunda parte

Tercera parte

Cuarta parte

Quinta parte

Sexta parte

Séptima parte

Octava parte

Novena parte

Décima parte

Undécima parte

Duodécima parte

Epílogo

Sobre el autor

PRIMERA PARTE

OceanofPDF.com

Si todo sale como está previsto, en agosto podremos dedicarnos a comer y a dormir bien, a cuidarnos y a descansar. Entonces brindaremos por tu futuro, en el que conseguirás más de lo que te has atrevido a soñar. Yo habré cumplido mi misión y nunca me arrepentiré del precio que he pagado por tu nueva vida.

OceanofPDF.com

Después del entierro nada volvió a ser como antes, pese a que Norma aún lo creía posible en el momento en que dejó atrás al grupo de asistentes al funeral y se escabulló por el camino que llevaba a la verja del cementerio. A su madre no le importaría que pidiera un taxi para irse y los demás le daban igual: no quería estar con familiares que apenas conocía ni atestiguar las intrigas de los posibles herederos de la casa de Naakka, un tema que no tardaría en salir a relucir, entre las empanadillas de Carelia y los sándwiches cortados por la mitad, mientras la abuela hilaba anécdotas con su frágil memoria. Con solo subirse al taxi, Norma se libraría de toda aquella farsa. Trataría de volver a su rutina diaria y de enfrentarse a la muerte de su madre (¡nada de evitar los lugares que se la recordaran!). No llegaría tarde al trabajo, ni cogería un taxi en lugar del metro ni rompería a llorar por las mañanas al desenredarse el pelo con el peine de púas metálicas. No se olvidaría de comer ni de beber suficiente agua, ni permitiría que se desmoronase la vida que ella y su madre habían construido con tanto esfuerzo. A la mañana siguiente se prepararía como siempre para ir al trabajo, sacudiría los pelos de la blusa, metería en el bolso el aceite de bebé para domar los rizos, el Diazepam y el Postafen, para tranquilizar la mente y el cuerpo, y un bote tamaño viaje de Elnett, una laca cuyo aroma hacía evocar una jornada de trabajo normal y a mujeres cuyas vidas estaban en orden. A partir de ahora sería una de ellas. Así, preparada para afrontar el día que le esperaba por delante, Norma caminaría hacia la estación de metro de Sörnäinen, se mezclaría con la multitud y dejaría que las escaleras mecánicas la llevaran hasta el andén donde esperaría para abordar el vagón de cola del metro como cualquier otro día. La corriente de aire agitaría las faldas, la gente estaría enfrascada con el móvil o el periódico gratuito y nadie pensaría en la tragedia que había tenido lugar en ese mismo andén. Nadie más que Norma, mientras se preparaba para enfrentarse al trabajo y

al ambiente de tensión que reinaba desde hacía meses debido a las negociaciones del acuerdo con el Ministerio del Trabajo: ella comprendería entonces que lo único que se había detenido en su vida era la vida de su madre.

El taxi no aparecía. Norma se apoyó contra el muro del cementerio y se abandonó a la sensación de alivio que le procuraban las benzodiazepinas y la escopolamina. Había salido airoso del entierro. No había reparado en la falsedad de los pésames ni en la hipocresía en las palabras pretendidamente empáticas. No se había desmayado, ni había vomitado, ni había tenido un ataque de pánico aunque varias personas se habían acercado a abrazarla. Se había comportado como una hija ejemplar y finalmente podía quitarse las gafas de sol, que se deslizaban por el puente de su nariz brillante de sudor. Justo cuando estaba metiendo las gafas en el bolso, se le acercó un desconocido a presentarle sus condolencias.

Norma volvió a ponerse las gafas: no necesitaba compañía.

—Creo que los demás se han ido hacia allá —dijo señalando el restaurante donde se celebraría una comida, y se bajó el ala del sombrero.

No obstante, en vez de marcharse, el hombre le tendió la mano. Norma se dio la vuelta sin corresponder al saludo: no le gustaba relacionarse con extraños. Pero el hombre no se rindió: le cogió la mano con la izquierda y la llevó hasta su propia mano derecha.

—Lambert, Max Lambert. Soy un viejo amigo de tu madre.

—No recuerdo que me haya hablado nunca de usted.

—¿Tú le hablabas a tu madre de todos tus amigos? —le replicó riéndose—. Hace ya mucho tiempo de todo eso. En nuestra juventud, tu madre, yo mismo y Helena vivimos muchas aventuras juntos.

Norma retiró la mano bruscamente: aquellos dedos que presionaban la piel de su mano se le antojaban poco menos que un hierro aplicado contra su voluntad; además, aquel hombre había hablado de su madre en pasado, lo que le parecía directamente ofensivo: ella todavía no había llegado a esa etapa. Para colmo, no podía ser su amigo: Norma y su madre, Anita Ross, habían llevado una existencia solitaria; su vida social se había limitado a los

inevitables vínculos laborales. Cada una conocía el pequeño círculo de amistades de la otra y ese tipo no pertenecía a ese círculo.

Llevaba el cabello peinado hacia atrás; abundante, teniendo en cuenta su edad, pero la piel de su rostro era otra historia: tenía arrugas, sin duda debidas al exceso de sol, bolsas bajo los ojos, probablemente por culpa de una afición desmedida por la bebida, y un montón de capilares rotos que el bronceado no conseguía disimular. En sus sienes, empapadas de sudor, se olía la cerveza de la noche previa. Su traje, pese a ser de buena calidad, oscuro y apropiado para un velorio, también mostraba los estragos de la vigilia: parecía flojo y deformado, se le formaban bolsas en las rodillas. Su *aftershave* era un Kouros comprado recientemente, no un frasco que llevara años en el estante, y el champú, de los que suelen usar en las peluquerías. La interpretación de Norma se detuvo ahí: los medicamentos y la tristeza le habían taponado la nariz y los parches para las náuseas pegados detrás de las orejas liberaban escopolamina en sus venas, así que fue incapaz de leer al hombre de forma más precisa. Cuando vio que un mechón de pelo se le soltaba de la coleta y se enrollaba como un tirabuzón, entró en pánico y miró la hora en el móvil: el taxi ya debería haber llegado. El hombre sacó del bolsillo unas gafas de sol con cristales de espejo y se las puso.

—¿Puedo llevarte a algún lado?

—No, gracias. El taxi está en camino.

El hombre tenía la risa de un donjuán trasnochado y se acercaba tanto que casi parecía estar insinuándose. Algo en su voz le hizo pensar en esos bulliciosos grupos de turistas donde siempre hay un gracioso que dice bromitas en voz alta y hace reír a los demás.

—Te conviene ponerte en contacto conmigo lo antes posible: nos encargaremos de despejarte el camino de cosas desagradables para que puedas continuar con tu vida.

El hombre sacó un estuche que parecía de plata, aunque estaba bastante deslustrado, y deslizó una tarjeta de visita en la mano de Norma. La cadena de oro que llevaba en la muñeca brilló bajo el sol. De seguro había ganado el tarjetero jugando a las cartas, si no lo había robado... La mente de Norma se llenaba de las ideas más peliuleras: ¿no sería este su verdadero padre, en

vez de Reijo Ross? ¿Le habría ocultado su madre que tenía un medio hermano? Quizá ese hombre había ido al entierro equivocado...

* * *

Margit la llamó cuando el taxi ya estaba llegando al barrio de Kallio. Norma respondió al sexto timbrado. La tarjeta de visita de Lambert seguía en su regazo y, mientras su tía intentaba convencerla de que volviera, ella le doblaba las esquinas. El cartón de la tarjeta era grueso y caro, de color crema con letras de oro. Solo llevaba el nombre, sin tratamiento ni dirección. Respondiendo a un impulso, le preguntó a su tía si Max Lambert había ido a la comida.

El nombre no le decía nada: Norma tenía razón al pensar que el tipo había ido al entierro equivocado. Estaba a punto de bajar la ventana y lanzar la tarjeta al viento cuando Margit exclamó:

—Un momento, ¿te refieres al exmarido de Helena?

Norma se sobresaltó. Era cierto: la mejor amiga de su madre llevaba el mismo apellido que el hombre que se le había presentado hacía un momento. Había tomado demasiados tranquilizantes para soportar el entierro, por eso había sido incapaz de ver la relación.

—¿A santo de qué iba a estar Max Lambert en el entierro de tu madre? —preguntó Margit—. Es impensable.

—Pues creo que lo acabo de ver. ¿Seguro que no está por allí?

—No.

—Quizá haya ido de parte de Helena.

—¿No recuerdas las circunstancias en que se divorciaron Helena y Lambert? Tu madre nunca habría querido a ese hombre aquí. —De fondo se escuchaba la voz tranquila del cura y el tintineo de los platos. Cuando Margit oyó el nombre de Lambert, su voz se tiñó de desconcierto; ahora parecía abiertamente nerviosa: hablaba de Helena con un respeto que habría hecho pensar que las estaba escuchando. Por un instante, la madre de Norma volvía a estar viva; al menos, sus deseos seguían obedeciéndose. Nadie hablaba de Helena con tanto afecto como ella—. Dejando aparte a sus dos hijos, que son estupendos, esos años no le trajeron más que dolor, y

ya ves cómo terminó. —Margit tragó y se oyó tintinear el vaso—. Olvídalo, te has equivocado.

Helena la Loca: su madre no soportaba ese apodo. Nunca le hablaba a Norma de sus visitas a Kuopio; sin embargo, en los últimos años había ido más a menudo y ella había deducido que la salud de Helena había evolucionado, aunque no sabía si a mejor o a peor. La verdad es que no se había atrevido a preguntar: los hospitales siempre la hacían pensar en la suerte trágica de los anormales, un tema al que la madre volvía y volvía hasta la saciedad. La ponían nerviosa. Además, ella ni siquiera recordaba si había visto alguna vez a Helena. De pronto cayó en la cuenta de que Margit no le había dicho si alguien había informado a Helena de la muerte de su madre, ni si Helena estaba lo suficientemente lúcida para comprenderlo.

—Esos amigos solo traían problemas.

Margit volvía a alterarse, aunque el Diazepam hacía que hablara más lento, como si tuviera lengua de trapo.

—¿Qué amigos? —Norma se preguntó si su tía aún sería capaz de reconocer a Lambert: hacía décadas que se había marchado a Suecia con Reijo Ross y desde entonces ninguno de los dos había vuelto a poner un pie en Naakka, ni siquiera para asistir al entierro de sus padres—. ¿Te refieres a Reijo? ¿Hay algún familiar de Reijo Ross en la comida? Puede que Lambert haya ido acompañando a alguno de los Ross.

—¿Los Ross? No, no, ni lo pienses. Ninguno de ellos tiene nada que ver con nosotros ya: lo pasado, pisado.

Seguramente su tía tenía razón. Su madre pensaba lo mismo: sin duda habría preferido mantener a esos amigos allí donde pertenecían, en el pasado. Pero si nadie se había puesto en contacto con Reijo, el viejo amigo de Lambert, o con Helena, ¿cómo se había enterado Lambert del accidente? Norma no recordaba lo que ponía en el obituario ni si daba detalles del entierro: Margit se había ocupado de eso también. La noticia había aparecido en el periódico: «Una mujer muere al ser atropellada por el metro en Sörnäinen, la policía ha confirmado que no se trata de un crimen», pero no mencionaba el nombre de su madre.

Norma sacó otra pastilla del blíster y metió la tarjeta en el bolso. En el teléfono de información le dijeron que el número de Lambert debía de ser confidencial o que quizá fuera un móvil de prepago: no tenía asociada una dirección. Su madre habría sabido qué hacer conociera o no a ese hombre: su madre siempre tenía la solución a todos los problemas. La música animada de la radio resultaba inadecuada ese día, pero Norma le pidió al taxista que subiera el volumen. Camuflaba sus sollozos, su ineptitud: ya tenía más de treinta años y aún estaba acostumbrada a pedirle ayuda a su madre siempre que se veía frente a un problema serio.

Su madre no habría dejado que se preocupara por culpa de oscuros directores ejecutivos que le encrespaban el pelo como si hubiera sufrido una descarga eléctrica.

OceanofPDF.com

Marion maldijo mentalmente: ni Lambert ni Norma habían aparecido en la comida. Le hubiera gustado hablar primero con ella. Miró a Alvar, que le respondió con un discreto movimiento de cabeza.

—¿Quieren más café? —preguntó la mujer. Tenía unos cincuenta años y el aire de estar un poco perdida. Su rostro se había congelado en una sonrisa que nada conseguía borrar, ni siquiera un portazo en la nariz después de entrar por equivocación en el baño de hombres.

—La ceremonia fue muy bonita, justo lo que Anita hubiera querido —dijo Alvar. Su tono disipó la necesidad de presentarse: se comportaba como si fuera un viejo amigo de Anita y parecía confiar en que la mujer le echaría la culpa a su mala memoria en vez de preguntarles quiénes eran.

—La verdad es que no sabíamos qué hacer —confesó la mujer—. En la funeraria nos dijeron que lo más habitual en estos casos es la incineración, pero decidimos enterrarla teniendo en cuenta la salud de mi madre: a la pobre la habría desconcertado mucho que no siguiéramos la tradición.

«La salud de mi madre». Así que esa era Margit, la hermana de Anita. Durante el entierro había estado todo el tiempo junto a su progenitora, Elli Naakka, quien parecía frágil y ausente, tan confundida como Anita la había descrito siempre. La anciana se había sobresaltado cuando la mujer que estaba junto a ella había roto a llorar al ver que echaban tierra encima del ataúd; incluso le había dado unas palmaditas en la mano, como si ofreciera consuelo a una desconocida: no había reconocido a Margit ni comprendía que estaba en el entierro de su propia hija. Eso había tranquilizado a Marion, aunque al mismo tiempo le hubiera gustado que la anciana entendiera la situación: verla llorar.

Alvar puso la mano en el hombro de Margit y le cogió la cafetera.

—Déjeme ayudarla con el café. La decisión de enterrarla ha sido muy acertada.

—Ni siquiera le hemos contado a mi madre lo que ha pasado. Si hablan con ella, no les extrañe que les cuente una historia sobre una hemorragia cerebral —dijo Margit—. Ustedes deben ser de Correos, ¿compañeros de trabajo de Anita?

Marion le tendió la taza de café a su hermano para ganar tiempo y pensar una respuesta, pero Alvar se le adelantó y respondió que sí. Era obvio que Anita no había mencionado que la habían echado ni que tenía un nuevo trabajo en el salón Rizos Mágicos. Tampoco era raro: mucha gente se avergonzaba cuando la despedían y Anita seguramente no había querido hablarle de su nuevo trabajo a aquella gente. En los discursos pronunciados durante la comida se habían recordado los veranos en la casa de Naakka y otras nimiedades parecidas: pura palabrería sin relación con la verdadera vida de Anita. Marion se dio cuenta de que la rabia la reconcomía: quienes no la habían conocido no deberían estar acompañándola a la tumba. Anita habría aborrecido un acto como ese. Habría querido que los asistentes bebieran vino y bailaran canciones de Abba, y que Helena, y no Lambert, estuviera allí. Mientras el cura hablaba junto a la tumba, Lambert le había susurrado a Marion que Alvar y ella se habían preocupado sin motivo, que todo había ido bien. Que nadie había mencionado a Helena, ni había dado muestras de recordar a Lambert ni a sus hijos, que el tiempo había hecho su trabajo.

—Nunca nos hubiéramos imaginado que Anita estaba pasando por algo así —continuó Margit.

—La depresión puede ser muy insidiosa —admitió Alvar.

—¿Ustedes tampoco se dieron cuenta de nada?

—Puede que Anita estuviera un poco más retraída últimamente —dijo Alvar y se volvió para mirar a Marion y obtener su aprobación.

Ella debería de haber dicho algo; no fue capaz. Buscó un pañuelo en el bolsillo, pero no encontró ninguno limpio. Alvar le dio una servilleta y Marion la presionó contra sus ojos.

—Anita nunca fue muy sociable —dijo Margit—. Aun así, tendríamos que haberla llamado más a menudo para que nos contara cómo le iba, aunque pareciera forzado.

—¿Cómo está Norma? —preguntó Alvar—. Seguramente es muy duro para ella.

—Norma ha salido a su madre: prefiere guardarse las cosas.

—Si podemos ayudar de alguna manera...

—Gracias, lo tendré en cuenta. Me gustaría saludar a los compañeros de trabajo de Anita, el problema es que no conozco a ninguno —dijo Margit, y explicó que había llamado a la centralita de Correos para informar del entierro, pero que la telefonista no conocía a su hermana.

—En Correos hay demasiados trabajadores temporales —se lamentó Alvar.

La conversación avanzaba hacia terreno resbaladizo, pero su hermano era bueno inventando historias. Marion se apartó en silencio y Alvar le hizo un gesto con la cabeza sin dejar de servir café. Para cuando rellenó la taza de la segunda persona que se lo pidió, Margit ya parecía haber olvidado que estaba buscando a los compañeros de trabajo de Anita. Hacerse con la cafetera había sido una maniobra muy hábil por parte de Alvar: le permitiría moverse con naturalidad entre los invitados.

Los hombres de la familia actuaban con la misma circunspección que en el cementerio: estaban de pie, incómodos con sus trajes, tensos, con las manos cruzadas detrás de la espalda. Lambert también: era la forma masculina de mostrar respeto. Solo que a él no le pegaba, y menos aún en el entierro de Anita. Era una hipocresía.

Mientras caminaba entre los invitados, Marion cazó al vuelo palabras de conmoción y sorpresa, además de lamentos por el hecho de que nadie se hubiera imaginado nada... ¿como si alguno de ellos hubiera podido hacerlo! Muy pocos habían visto a Anita después de que se hubiera mudado a Helsinki. De hecho, Marion no comprendía por qué habían acudido al entierro: quizá para mitigar su mala conciencia por dejar que la distancia y los años enfriaran la relación o simplemente para poder cotillear con los vecinos del pueblo sobre la tragedia que había sufrido la familia de la casa de Naakka. Las reacciones de la gente ante las muertes violentas siempre son iguales: una mezcla de hipocresía y curiosidad. Se habla de ellas durante décadas, sobre todo si no existe una explicación razonable, sino

todo lo contrario. Marion se propuso encontrar a la chica de una vez por todas, así pondría fin a esa farsa y podría irse.

OceanofPDF.com

Norma bajó del coche, se arrancó los parches de escopolamina de detrás de las orejas y encendió un cigarrillo. Pronto tiraría su ropa con olor a cementerio al contenedor de basura del patio trasero, dejaría atrás la tristeza de ese día aciago y abriría una botella de vino tinto que había reservado en el armario de la cocina para calmar los nervios que le provocaba pensar en la mañana siguiente. Solo tenía que abrir el portal y poner un pie en el porche, si bien en las últimas semanas dar ese paso se le había dificultado cada vez más.

Doce años antes había sido muy diferente: esa misma puerta les había dado la bienvenida a ella y a su madre; se había abierto sola, como por arte de magia, y las había hecho pensar que mudarse a la ciudad era la mejor decisión que podían haber tomado. Habían dado aquel paso decisivo cuando Norma se graduó del instituto: entonces pudieron dejar atrás la casa de Naakka y la opresora comunidad que la rodeaba. Encontrar dos pisos en perfecto estado en el mismo edificio fue un gran golpe de suerte que celebraron haciendo un viaje de ida y vuelta por la línea del metro.

Doce años más tarde, un día después de que su madre hubiera regresado de sus vacaciones en Tailandia, ese mismísimo símbolo de la vida urbana la había atropellado. Norma no podía dejar de pensar que quizá podría haberlo evitado. ¿Habría detectado algún signo del estado mental de su madre si la hubiera llamado esa tarde o hubiera subido los pocos escalones que separaban ambos pisos?

Pero no había subido, ni siquiera para tomarse un café: había pasado la noche con un amante ocasional y durante ese lapso su madre le había enviado el último mensaje: «¿Cenamos mañana? Te he traído un recuerdo de Tailandia», que Norma no había leído hasta la mañana siguiente. Incluso si su madre la hubiera llamado, no habría respondido: había sentido la necesidad de desconectar del ambiente de la oficina aunque fuera por un

rato. Se había pasado la semana viendo a su jefe y al resto de los directivos subir y bajar las escaleras; el conserje del edificio, que siempre estaba enterado de todo, evitaba la zona de fumadores, lo que se consideraba un mal presagio sobre el progreso de las negociaciones. No soportaba la idea de volcar sobre su madre toda la tensión del trabajo en cuanto esta pusiera un pie en casa recién llegada de sus vacaciones, así que decidió disfrutar de la copa, la compañía de aquel hombre que no significaba nada para ella y la ausencia de pensamientos: ya vería a su madre al día siguiente.

Cuando la llamaron en mitad de la jornada de trabajo, había creído que se trataba de algo relacionado con las negociaciones del acuerdo con el Ministerio y había entrado en la sala de reuniones lista para mostrar su mejor cara, pero se encontró con una pareja de policías esperándola. Las trenzas de la mujer policía olían a champú de abedul y a unos hábitos de vida saludables con una elevada dosis de vitamina C. Norma había sentido cómo se le rizaba el pelo al mismo tiempo que una idea pasaba por su mente: iba a salir indemne de las negociaciones. Más tarde se avergonzó de ese pensamiento: no era momento para alegrarse de que no pudieran echar a alguien que acababa de perder a su madre de forma trágica.

La noticia había corrido como la pólvora por todo el edificio y su bolso se había llenado de tarjetas con teléfonos de apoyo psicológico. Su compañera de despacho le había hablado de un artículo del periódico que aseguraba que solo se contrataba a maquinistas capaces de superar el trauma de que alguien se tirara a las vías porque era algo con lo que se iban a topar tarde o temprano. La mención del maquinista la hizo caer en la cuenta de que este había sido la última persona en ver a su madre con vida: el último segundo de su madre, el último paso, el último aliento. Probablemente todo había sucedido tan deprisa que el hombre ni siquiera se habría dado cuenta. En cualquier caso, la última persona en ver a Anita con vida tendría que haber sido Norma, no el maquinista ni los desconocidos del andén del metro.

Cuando la mirada perdida de Elli Naakka se detuvo en Marion, la confusión desapareció de la cara de la anciana como si se hubiera abierto una cortina y se levantó con sorprendente agilidad con intención de ir a escupirle. El cura, que estaba sentado a su lado, dio un respingo y todas las cabezas se volvieron a mirar, pero tras unos instantes de silencio la gente procuró correr un tupido velo sobre aquel penoso incidente: unos se sirvieron más comida, otros hicieron tintinear las tazas de café.

—Quizá te ha confundido con Helena —comentó su hermano Alvar.

Había aparecido a su lado y la acompañó hacia la salida del restaurante. Se sentía como paralizada. Tenía la boca seca y le temblaban las manos. Precisamente por eso no quería ver a nadie que se acordara de Helena.

—Ni siquiera me parezco tanto a ella —susurró.

—Por supuesto que no, aquí nadie más te relaciona con Helena. —Alvar le acarició suavemente el pelo—. Olvida lo que ha pasado: la madre de Anita no está bien de la cabeza.

Elli Naakka le había dirigido una mirada afilada y acusadora: quizá finalmente se había dado cuenta de que estaba en el entierro de su hija y le había echado la culpa a Helena la Loca, como si pensara que, de no haber sido su amiga, Anita no habría corrido esa suerte. Pero Marion sabía que todo aquello era producto de su imaginación: nada hacía pensar que Elli Naakka entendiera siquiera dónde estaba. Marion solo se había acercado a la anciana para poder decirle a Lambert más tarde que por lo menos lo había intentado; en el fondo estaba convencida de que no conseguiría descubrir nada a través de Elli Naakka y de que ella ni siquiera la reconocería.

—Intenta tranquilizarte. Recuerda por qué hemos venido: ¿hay alguien aquí a quien hayas visto alguna vez en compañía de Anita? —preguntó Alvar.

Marion negó con la cabeza. Estaban fisgoneando en el entierro de Anita, lo cual era repugnante. Marion miró las pupilas de su hermano: estaban normales. Solo las patas de gallo que enmarcaban sus ojos entornados delataban que su hermano había reconocido a un chico con el que se peleaba de niño o a uno de los que le cantaba «Helena la Loca, Helena la Loca...». Sin embargo, él era capaz de estar allí, sereno, conversando amablemente con esas personas. Cuando llegara el taxi y Marion se marchase, Alvar se uniría al grupo de familiares que estaba fumando fuera, les pasaría la petaca que llevaba en el bolsillo, conversaría relajadamente con ellos y seguramente conseguiría averiguar un montón de cosas. Lambert quedaría satisfecho y le volvería a dar a su chico una gratificación que no le había dado jamás a Marion, a no ser que una peluquería propia contara como tal.

Alvar se dio cuenta de que su hermana estaba rompiendo una servilleta en pedazos y le quitó los trozos de las manos. Por el estado en que quedó el suelo, cualquiera habría pensado que a sus pies había pasado una gallina que estaba cambiando el plumaje.

—¿Necesitas algo?

—No, estoy perfectamente.

—Vete a casa, ya le harás tu propio homenaje a Anita más tarde. Le diré a Lambert que has hecho todo lo que has podido.

OceanofPDF.com

La ventana estaba abierta y el polvo acumulado en el alféizar había ido a parar poco a poco a la ropa que estaba tirada sobre el sofá. Las blusas de Margit cubrían el montón de vestidos de su madre. Los cacharros del fregadero eran de Margit, no de su madre. En el reproductor de CDs había un disco de Suvi Teräsniska, también de Margit. El olor a Shalimar había sido reemplazado por el perfume de imitación que usaba Margit. Norma ya no sentía el piso como el hogar de su madre: le parecía que había cometido un error al dejar que su tía se instalase allí y se hiciera cargo de organizar el entierro. Había aceptado su ayuda porque ella misma no había sido capaz de entrar en el piso al primer intento: no había soportado la imagen que había visto desde el umbral de la puerta. Parecía que su madre hubiera salido a hacer un recado y estuviera a punto de volver a casa. Por eso había dejado que fuera su tía, y no ella misma, quien buscara el vestido preferido de su madre, cogiera la entrada para el concierto de Abba que estaba en el marco del espejo y el Shalimar del tocador y recolectara todas las cosas que su madre querría tener en el ataúd; que fuera su tía quien hiciera todas esas cosas que le habrían correspondido a ella, a pesar de que su tía no sabía nada sobre su madre. Solo Norma sabía por qué el Shalimar tenía que estar en el ataúd; solo ella sabía que su madre se había despertado en el hospital después de dar a luz percibiendo ese aroma a bergamota y limón y de pronto se había sentido segura de que todo iría bien, de que a pesar de todo se las arreglarían las dos solas y no necesitarían a Reijo ni a nadie más; solo ella sabía que poco después había reconocido el olor en la perfumería del pueblo y había comprado el perfume sin reparar en el precio porque era el aroma del mayor punto de inflexión en su vida.

Norma encendió un cigarrillo. Ella misma había dejado que su tía desordenara el lugar del crimen... Cuando se dio cuenta de que estaba pensando en la casa de su madre como si fuera el lugar de un crimen, se

alarmó y se echó el pelo hacia atrás de forma mecánica, como queriendo sacarse de encima los pensamientos. Trataba de encontrar a toda costa un motivo razonable para lo que había hecho su madre y quería ver sombras donde no las había. Con toda probabilidad, el intento de acercamiento de Max Lambert tenía una explicación perfectamente natural.

Norma abrió el ordenador portátil de su madre y lo cerró de inmediato: allí no encontraría nada sobre sus años de juventud, que eran justamente los que le interesaban. Su madre guardaba un álbum de fotos de sus años mozos en el armario, pero no estaba en su lugar. Finalmente, lo encontró en la mesita de noche; no obstante, faltaban varias fotos. Así que a Margit le había dado tiempo a echarle mano antes que nadie. Según su tía, su madre no había dejado ninguna carta, y ella le había creído. Ahora, sin embargo, no estaba tan segura de que hubiera sido así. Su madre ni siquiera le había contado a Margit que la habían echado, mucho menos le había hablado de su nuevo trabajo. Margit no conocía a su madre, al menos no como ella. Quizá no había sabido buscar en los lugares correctos. Norma empezó a considerar la posibilidad de que, por culpa de su apatía, su tía hubiera podido destruir las pruebas contra Lambert. Estaba decidida a llamarla para preguntarle por las fotos que faltaban, pero cuando tuvo el aparato en la mano, simplemente lo lanzó dentro del bolso. Su tía tenía derecho a coger algunas fotos; no había razón para enfadarse. Al fin y al cabo, se había tomado muchas molestias: se había hecho cargo del entierro y había adelantado el alquiler de junio y julio del piso para que no hubiera prisas para desocuparlo y pudiese quedarse más tiempo y ayudar a Norma en lo que necesitara.

Norma metió en el bolso el ordenador y los códigos de acceso a las cuentas bancarias que había encontrado sobre la mesa. Encendió otro cigarrillo y abrió el álbum. Su tía había cogido fotografías donde salían la abuela o ella misma y había descartado las fotos de su madre y Helena de jóvenes, así como las de Helena y sus hijos con algodones de azúcar en la mano y un parque de atracciones de fondo. En esas fotos, Norma reconoció a la hija de Helena, Marion, que parecía una Helena adolescente. En el álbum, Helena tenía una mirada firme y una sonrisa encantadora: la demencia se había apoderado de ella tiempo después. Cuando pasaba las

últimas páginas, ya con la idea de levantarse, se percató de que en una de las fotografías podía verse a dos parejas disfrutando de un día de verano. Su madre y Reijo Ross estaban tomados del brazo; junto a ellos, una versión más joven del hombre al que había conocido ese día abrazaba a Helena. Debajo había una Polaroid en la que una versión algo mayor del hombre le sonreía a Marion con un bebé en los brazos. Detrás de la foto había un mensaje escrito con letra infantil. Estaba firmado por Alvar: él había tomado la foto y le pedía a su madre que fuera pronto a visitarlo.

OceanofPDF.com

Sonó un mensaje en el teléfono de Marion, pero no era de la chica, como ella había esperado, sino de un cliente. Pese a los mensajes de texto, los saludos que le había dejado en el contestador automático y los correos electrónicos, la chica seguía en silencio.

—Tengo una reunión dentro de dos horas —le advirtió Alla.

Marion dejó el teléfono y cogió el adhesivo que utilizaba para las extensiones. Alla no le había hecho preguntas sobre el entierro: desde que había cruzado la puerta de la peluquería se había limitado a aparentar indiferencia, como si supiera de antemano que Marion no había conseguido averiguar nada. Era su forma de echar sal en la herida, de recordarle quién era y cuál era su lugar.

—Todavía no he probado este cabello en un clima tan caluroso, ¿crees que le puede afectar?

—Aguanta lo que sea: agua clorada, buceo, Vietnam... —respondió Marion—. Ninguna de las clientas que ha viajado a zonas tropicales se ha quejado. Algunas incluso han dejado de utilizar el gorro de baño al nadar.

Todavía quedaba tiempo para el viaje a Hanói y el pelo de Alla estaba en buen estado; no obstante, había querido ponerse extensiones nuevas justo entonces, el día del entierro de Anita. Estaba claro que era una forma de torturarla, como la conversación sobre la calidad del pelo y las últimas tendencias en peluquería. Seguramente Alla ya había tenido tiempo de hablar sobre el entierro con su querido esposo, Lambert. No estaría tan tranquila si este le hubiera sonsacado algo a Norma. Quizá Lambert la había enviado simplemente a observarla, a comprobar que todo iba bien, que podía hacer su trabajo. Puede que fuera eso, puede que no hubiese ido a propósito para molestarla, pero lo había conseguido igualmente.

—Enséñame la agenda —dijo Alla.

Marion se la dio y Alla dejó escapar un murmullo de aprobación: el cabello ucraniano estaba causando sensación. Hasta sus propias amigas se habían hecho clientas de Rizos Mágicos. Marion no se atrevía a cambiarles las horas y estaba pagando el precio. Tampoco había querido cambiar las citas que estaban relacionadas con bodas: la peluquería era responsable del éxito social de sus clientas en esas ceremonias y con eso no se podía jugar. Para las demás clientas había concertado nuevas citas, algunas incluso varios meses después, pero, con todo, iba bastante justa. La última clienta de aquel día llegaría a las nueve de la noche; la primera de la mañana, a las seis. No podría superar la temporada de bodas sin una ayudante.

Alla siguió examinando la agenda como si estuviera leyendo la Biblia. La peluquería representaba una parte insignificante de los negocios de los Lambert; si controlaban los ingresos, era por pura tacañería. Al contrario que a Marion, no les importaba si las clientas quedaban satisfechas, así que no había la menor posibilidad de que contrataran a una profesional para ayudarla. En cuanto a las aprendices, nunca más habría una con el talento de Anita. Nadie sabía calmar a las mujeres preocupadas por su pelo tan bien como ella. Era una peluquera nata y además parecía intuir los temas sobre los que sus interlocutores preferían no hablar. Pese a los temores de Marion, no había mencionado a Helena ni hablado del pasado durante los primeros días de trabajo, ni se había lamentado de las circunstancias en que el destino había vuelto a unirlos casi treinta años después. Cuando Anita había entrado por la puerta de Rizos Mágicos por primera vez, se había callado lo mucho que Marion le recordaba a su madre y no le había hecho ni un solo reproche por no haber ido a verla. Marion sintió una punzada de dolor en el pecho y Anita lo comprendió.

Alla se puso la agenda en el regazo y tamborileó con las uñas en la tapa.

—¿Cuánto ucraniano nos queda en el almacén?

—Para una semana. Dos, si lo mezclamos con ruso.

Alla suspiró y echó un vistazo a su teléfono, que parpadeaba en silencio; lo hizo de modo que Marion viese claramente quién intentaba contactar con ella: era esa japonesa de nuevo. Alla dejó caer el aparato sobre sus rodillas, cubiertas por el abrigo. Puede que quisiera recalcar que no hablaba con

clientes importantes cuando Marion estaba delante, o quizá buscara demostrar su poder: respondería cuando le apeteciera, incluso a la japonesa.

—¿Y qué has pensado ofrecer a las clientas después? Hemos hablado de esto con Max: tienes una semana para solucionar este caos.

A Marion le hubiera gustado coger las tijeras y clavárselas a Alla en el cuello. Tenía tantas ganas que tuvo que agarrarse al carrito de peluquería y apretar con todas sus fuerzas. Alla tenía autoridad en los asuntos del clan y también en lo relativo al futuro de Marion.

—Max ha sido mucho más eficaz que tú en el entierro. Ni siquiera me atrevo a preguntar qué has hecho para arreglar la situación, pero el tiempo pasa, tic-tac, tic-tac.

Alla le dio golpecitos a su Rolex con dos dedos, un gesto que había aprendido de Lambert. A Marion le lloraban los ojos: era el polen... o los sueños perdidos tras la muerte de Anita. Un día antes de volver a Finlandia, sentadas en la azotea de un bar en Bangkok, habían pedido un cóctel llamado Sweet Dreams y habían brindado por el futuro. Todo parecía arreglado. Marion había pensado que, después de todo, quizá muy pronto acompañaría a Anita a visitar a Helena.

Miró la calle a través del escaparate. Ese día no llegaría jamás. La plaza de aparcamiento estaba vacía: en ese lugar había visto a Anita por última vez. Estaba sentada en el coche con la espalda recta, la mirada al frente y la barbilla en alto. Cuando Marion por fin se había atrevido a salir a la calle, Anita ya se había marchado.

A las ocho menos diez, su madre había salido a toda prisa hacia la estación de metro, aunque tendría que haber ido camino de la peluquería, que se encontraba cerca de allí. Según los testigos oculares, iba prácticamente corriendo, pero por la mañana mucha gente tiene prisa y a nadie le había extrañado. Norma inhaló el aroma procedente del tostadero de café, el mismo que había respirado su madre esa última mañana, y atravesó Vaasanaukio tal como había hecho su madre. Pasó junto a la gente que esperaba en la puerta a que abriera una cervecería e intentó ver algo que hubiera podido influir en la decisión de su madre, algo que la explicara de algún modo. Había elegido unas prácticas bailarinas, unos pantalones pirata y una camiseta de algodón de cuello alto: era su ropa habitual de trabajo, también muy parecida a la que su madre se había puesto aquella mañana. Bajó por las escaleras mecánicas hacia el andén como había hecho su madre, pidiendo perdón a los provincianos que no comprendían que debían permanecer en el lado derecho y obstruían la escalera tal como ellas solían hacer cuando estaban recién llegadas a Helsinki. Una vez en el andén, se sentó en un banco en el que su madre no se había sentado. El metro había entrado casi al instante en el andén. Su madre había tirado los zapatos y el bolso debajo del banco y luego había desaparecido.

Norma dejó el bolso en el mismo lugar en el que su madre había dejado el suyo y dejó caer las bailarinas sobre los adoquines grises. Le habían entregado los zapatos y el bolso de su madre sin ningún mensaje. Ella había separado el forro del bolso para ver si algo se había deslizado por detrás, pero no había nada más que recibos antiguos, tiritas estropeadas y en general la clase de basura que se puede encontrar en el bolso de una mujer. Olor a peluquería, a polvos capilares: era el bolso de trabajo de su madre, no una maleta de vacaciones. Un bolso de trabajo. Manchas de tinte, un par de pelos atrapados en la cremallera, extensiones indias y un pelo rubio,

probablemente de una clienta. Su madre había olvidado el teléfono en casa. Cuando su tía se lo entregó, Norma estaba segura de que encontraría algún mensaje oculto para ella. La decepción la había hecho lanzar el aparato contra la pared. Las últimas llamadas eran de la semana anterior al viaje a Tailandia, los mensajes eran sobre citas, cambios de hora y moños de graduación: todos relacionados con Rizos Mágicos. Su madre había sido la administradora de la página de Facebook de la peluquería y había escrito las últimas actualizaciones unas horas antes de su viaje: «¡Al volver de las vacaciones, Anita estará lista para crear los peinados más increíbles para tu fiesta! Oferta especial: extensiones de cabello natural con bandas adhesivas».

Los trenes pasaban zumbando uno tras otro delante de Norma y la corriente de aire le barría los tobillos. Los vigilantes del metro iban y venían con sus porras, chalecos antibalas y botas militares. Puertas abiertas, puertas cerradas; entrar, salir; señales sonoras que anunciaban el cierre de puertas, vagones color mandarina, anuncios de salchichas, sonrisas de cocineros famosos de la televisión; bancos de abedul, faldas de terciopelo de las gitanas finlandesas, paquetes de cerveza, dientes de metadona; gente volviendo de vacaciones y yéndose de vacaciones, maletas con ruedas; fardos de los sin techo, bolsas de plástico desgastadas; maletines de los que iban apresuradamente al trabajo, pasos a toda prisa; faldas recién lavadas, chaquetas, medias de verano antideslizantes acabadas de estrenar y sin refuerzo en la punta; tacones recién puestos; extensiones de cabello indio, ruso, incluso malasio; adhesivos; pastillas de melatonina, tratamientos hormonales; solomillos y carísimos suplementos para evitar la caída del cabello: el último paisaje de su madre.

Pasaba de mediodía. Su madre ya no había visto a los transeúntes del mediodía avanzar por el andén con un ritmo más relajado ni había oído los perfumes baratos, la ausencia de desodorante; no había visto los cabellos sin cortar ni oído las oleadas de sudor de la comida basura del día anterior, de la cerveza, de las bebidas de cola y la mostaza, del Imovane y los antidepresivos; no había reparado en las chicas somalíes ni en los destellos

luminosos de los imperdibles de sus pañuelos hábilmente doblados, ni en las extensiones hechas a toda prisa de las inmigrantes, ni en los padres con cochecitos de bebé, ni en las zapatillas puntiagudas de los hombres barbudos con las perneras de los pantalones enrolladas y gorras pretenciosas... No había olido el rastro serpenteante e incensado que dejaban tras de sí los que viajarían a Goa el próximo invierno, ni el picante, ni el aroma meloso de las flores. Norma seguía sentada en el banco.

Por la mañana, las cucharas que tenía en el congelador le habían refrescado los párpados, hinchados como pelotas de tenis de tanto llorar, pero su efecto ya se había disipado. Lo de las cucharas era uno de los trucos de belleza de su madre; ella y Helena las utilizaban también, de jóvenes, para rizarse las pestañas. Norma se frotó los ojos. Todas aquellas personas, todo aquel bullicio. La gente que quería coger el metro aquella mañana había sabido antes que ella que algo había pasado; después de bajar rápidamente al andén, como todos los días, habían tenido que apresurarse a salir de nuevo a la calle para coger el tranvía o el autobús. Y mientras todo eso sucedía, ella se rociaba el pelo con Elnett deseando que terminaran de una vez las negociaciones con el gobierno. Cientos de personas habían maldecido tener que cambiar su trayecto habitual y llegar retrasados a sus trabajos o a sus citas, y todos lo habían sabido antes que ella.

Años atrás, su madre y ella habían pasado por lo mismo. Iban en un tren de larga distancia en dirección a Helsinki y de pronto los cabellos de Norma habían empezado a retorcerse. Ella se asustó: viajaban en el vagón para alérgicos, así que no había motivos para que eso sucediera. Su madre le propuso que bebiera un poco de coñac y justo en ese momento el tren se detuvo. Nadie les dio explicaciones por megafonía, pero todo el mundo comprendió que alguien se había arrojado a las vías y había que parar para que pudieran retirar el cadáver. Todos aquellos viajeros se enteraron de la muerte de la persona que se había arrojado a las vías antes que sus familiares y demás seres queridos. Y, pese a haber sido testigo de lo mal que Norma lo había pasado, su madre había elegido el mismo método brutal; y de todas las estaciones de metro posibles había escogido justamente aquella en la que Norma abordaba el tren para ir a trabajar. Si no hubiera pasado la

noche en casa de un amante ocasional, quizá habría llegado a la estación en el preciso instante en que sucedía.

La vibración del móvil devolvió a Norma a la realidad. Al lado del banco se había plantado un vigilante que parecía estar observándola. Ella se levantó y se acercó a las personas que estaban de pie en el andén. La llamada era otra vez de Rizos Mágicos: de Marion. Norma no respondió tampoco esta vez: no conseguiría actuar con naturalidad con Marion, así que no quería hablar con ella, mucho menos verla, pese a que, si había alguien en el mundo que podía hablarle del estado de ánimo de su madre en sus últimos días y explicarle el extraño comportamiento de Lambert, esa era justamente Marion.

Se había cruzado con ella en un par de ocasiones al ir a recoger a su madre a la salida del trabajo. Una nube de olor a peluquería la rodeaba. Norma había sentido tal repugnancia que había evitado incluso mirarla a los ojos; por eso había procurado mantenerse alejada de ella en el entierro, por eso se había escondido detrás de otras personas. Lo que Helena había hecho había marcado a su familia para toda la eternidad. Con los miembros de ese tipo de familias solo cabía comportarse de forma artificialmente empática o groseramente curiosa, nunca como si se tratase de personas normales. A su madre eso le parecía odioso, pero Norma se había comportado de la misma manera.

Alvar abrió la puerta con la llave y ambos entraron. Marion se quitó las sandalias en el recibidor; Alvar, en cambio, esquivó a su hermana y avanzó con las botas puestas ignorando la cesta de mimbre donde Anita colocaba las zapatillas para las visitas. El polvo acumulado sobre el alféizar de la ventana del cuarto de estar se levantó por el aire y Marion se frotó la nariz intentando no estornudar. Entretanto, Alvar se había puesto a abrir los cajones del tocador y a examinar su contenido como si estuviera haciendo inventario, con la misma atención y minuciosidad, presto a detectar cualquier pista. Confiaba más en sus propios ojos que en los perros guardianes que Lambert había mandado al piso de inmediato después del accidente. Habían copiado íntegramente el disco duro del portátil de Anita, pero luego no habían hallado nada significativo allí. Entonces, Alvar había decidido entrar él mismo. Uno de los chicos que habían estado vigilando el edificio lo había llamado en cuanto comprobó que Marion y él tenían vía libre.

—Busca agendas, postales, pósts, comprobantes de tarjetas de crédito, resguardos de billetes de avión, recibos de hoteles o de coches de alquiler... —dijo Alvar—. Otros teléfonos, tarjetas de memoria...

Marion leyó en los ojos de su hermano lo que este estaba pensando: que él mismo tendría que haberse hecho cargo de todo de buen principio, así no se habrían cometido tantos errores. A estas alturas ya sabrían quién le facilitaba el cabello ucraniano a Anita, Marion no tendría que preocuparse por encontrar un sucedáneo y Alvar volvería a recibir una cuantiosa gratificación; este horrible episodio pasaría a la historia y ellos estarían a salvo.

—Sabemos que Margit estuvo viviendo en este lugar cerca de dos semanas, pero seguro que hubo otras muchas personas que pasaron por

aquí... —dijo Marion, aunque estaba al tanto de que la vigilancia había empezado enseguida después de la muerte de Anita.

Los vigilantes de Lambert sabían hacer su trabajo. Sin duda, a esas alturas conocían ya a todos los vecinos de la escalera, sus rutinas, sus mascotas, etcétera: cualquier extraño habría llamado la atención de inmediato. Además, Lambert muy probablemente había enviado a varios de ellos al entierro de Anita para que luego pudieran reconocer a quienes visitaban la casa. Por eso Alvar se mostraba tan seguro de que, de todos los asistentes al entierro, solo Margit había puesto un pie en el piso de Anita.

—Cuéntame otra vez lo que viste en el entierro.

—¿Cuántas veces tenemos que repasar esas cosas? Mejor pregúntale a tus hombres por qué no han encontrado nada aquí —dijo Marion y miró el reloj. Norma estaba en el trabajo y Margit se encontraba fuera: Alvar tendría todo el día. Ella no hacía falta allí. No tenía por qué estar ni quería estar en ese sitio. Le entraron ganas de llorar. Se frotó los ojos mientras murmuraba algo sobre el polen. El clan solo quería atormentarla, por eso tenía que estar presente. Alvar seguía revolviendo el tocador. Levantaba botellas y tarros, abría cajas. En un cajón encontró una foto antigua de Anita y Helena vestidas con faldas floreadas. Marion miró hacia otro lado.

—Piénsalo mejor —le exigió Alvar metiéndose la foto en el bolsillo—, puede que hayas olvidado algo.

—Margit ha podido llevarse cualquier cosa de aquí.

—Al parecer, llevaba pocas cosas al irse: solo metió en el coche una maleta de ruedas pequeña, una bolsa de traje, algo de ropa, unas pocas plantas y un transistor. Norma la acompañó hasta el coche. Se abrazaron al despedirse y Margit tardó en soltar a Norma, que se desesperó —explicó Alvar—. Tú eras quien mejor conocía a Anita: si alguien puede encontrar una pista eres tú.

Marion echó un vistazo a la biblioteca: libros de arte, fascículos de peluquería, manuales de medicina, ensayos sobre genética. Tres biografías en inglés de Elizabeth Siddal, dos sobre las hermanas Sutherland, una sobre Martha Harper, tres guías sobre extensiones. Con razón Anita había sido tan buena en su trabajo: había leído todo lo posible sobre el cabello.

Alvar sacó de un tirón un libro titulado *La edad de oro de las cocottes*, lo ojeó y lo volvió a colocar en la estantería.

—El último lote de mechones se vendió a cinco mil dólares el kilo.

—¡Ya lo sé!

—Lambert tendrá que enviar a alguien a registrar la casa de Margit. ¡Deberíamos haber venido nosotros mismos a este piso después del accidente!

Las quejas de Alvar no servían de nada. Lo que había hecho Anita había puesto a todo el mundo en alerta, así que antes de cualquier cosa hubo que asegurarse de que no hubiera nadie más rondando su piso: no querían otra emboscada. El caso es que los hombres del clan habían tenido que operar desde una distancia prudencial y para cuando quedó claro que el edificio era seguro Margit ya se había instalado en casa de Anita, de donde solo había salido brevemente para ir a la funeraria de las Linjat. Según los perros guardianes de Lambert, Norma no había salido de casa ni recibido visitas. Dejaba las luces encendidas toda la noche y sus sollozos se oían hasta las escaleras del edificio.

Alvar se detuvo frente a la cámara de fotos que había en la estantería. Era nueva y cara, le faltaba la tarjeta de memoria. La puso en su lugar y volvió al tocador de Anita. El marco del espejo estaba lleno de postales y fotos de Tenerife, Rodas, Estocolmo, Tallin, Atenas, Roma, Antalya, Gran Canaria, la Costa del Sol...

—Se supone que Anita solía viajar a Kiev porque allí vivían unos parientes suyos que le facilitaban el cabello, ¿no? Pues es rarísimo que no haya ni una sola postal de allí. ¿Y si el cabello venía de algún otro sitio? —preguntó Alvar—. Ninguna de las personas con las que hablé en el entierro sabía nada de los famosos parientes ucranianos.

—¿Y de qué otro lugar podría venir?

—Anita debe de haberlo conseguido a través de un intermediario: tenemos que averiguar quién era.

Marion volvió a mirar el reloj: debía volver a la peluquería, la próxima clienta llegaría en media hora. Le cogió a Alvar las llaves de repuesto de Anita por si la chica iba a recoger las cosas de su madre. Del colgador de llaves pendían las del trastero y el sótano, Alvar se haría cargo de ellas.

SEGUNDA PARTE

OceanofPDF.com

En agosto nos podremos reír de todas las historias del pasado y del testamento que te hicimos. Ya no tendrás miedo de sufrir un accidente ni yo pasaré las noches en vela temiendo que un coche te atropelle justo cuando sea imposible localizarme por teléfono o esté demasiado lejos para poder llegar rápidamente al hospital o, peor aún, a la morgue. Ni pienses en la incineración.

OceanofPDF.com

Las sillas blancas todavía estaban impregnadas del sudor del último despido; en los brazos podían verse las huellas grasientas que sus dedos habían dejado al apretar nerviosamente mientras esperaban saber su destino. Norma Ross se puso las manos en el regazo. Oyó hablar de tiempos difíciles y reestructuraciones inevitables. Oyó repetir varias veces que la decisión se había tomado hacía tiempo y que fue imposible cambiarla pese a lo sucedido con su madre. Volvieron a darle un teléfono de apoyo psicológico. Solo pensar en contarle sus problemas a un terapeuta le produjo una risa nerviosa, pero se esforzó en disimularla: tenía que comportarse con normalidad.

Lo que hacía excepcional ese trabajo es que muchos de los clientes eran personas con discapacidades visuales, por lo que no tenía que preocuparse de sus miradas. Los perros guía estaban entrenados y no le prestaban atención como los otros animales. La ventilación del edificio era buena, recién renovada. Tras la última tanda de despidos, sentía fortalecida su posición. De hecho, estaba convencida de que conservaría su puesto de secretaria. Había evitado cometer errores obvios: nada de hacer manitas en el lugar de trabajo, nada de socializar en exceso, nada de entrometerse en las luchas de poder ni criticar la gestión de la empresa. Había aprendido a disimular las relaciones con gestos propios de la amistad, había ido al teatro y a otras salidas de empresa con sus colegas para parecer normal. «Me quedaría encantada en ese trabajo», le había dicho a su madre. Su currículum vitae estaba lleno de empleos perdidos, lo que no ayudaba en tiempos de crisis: conseguir ese puesto en la Unión Finlandesa de Personas con Discapacidad Visual había sido un golpe de suerte.

Su jefe listó pormenorizadamente los motivos del despido, subiendo la voz a medida que avanzaba y los ojos de Norma permanecían secos. El despido era culpa de ella: resultado de su impuntualidad (¡a pesar de las

reconvenciones!), de su terquedad, de su nula disposición a trabajar en equipo, de su actitud rebelde en momentos en que se imponía actuar del modo exactamente contrario. De hecho, ese comportamiento desafiante se había agravado en los últimos tiempos; Norma no podía negarlo, aunque tampoco revelar el verdadero motivo: a lo largo de las semanas de negociaciones su cabello se había ido impregnando de la angustia de los otros empleados y cada día estaba más y más rígido. A veces parecía un alambre de espino; otras, una cuerda de cáñamo, lo que hacía que se retrasara por las mañanas y alargase la hora del almuerzo; para colmo, cada vez pesaba más: parecía estar preparándose para defenderla en el campo de batalla. Habían empezado a dolerle las muñecas; hasta se le había pasado por la cabeza pedir la baja por tendinitis. Y entonces había muerto su madre.

Era evidente que su jefe esperaba un ataque de cólera o algo parecido: un comportamiento desequilibrado que confirmase los motivos del despido y aliviase su conciencia. Tenía la frente y las sienes tan pegajosas que si se hubiera puesto una cuchara se habría quedado pegada: llevaba sudando todo el día, aunque el ventilador de mesa trabajaba a toda potencia. Pese a sentir que sus folículos pilosos se abrían como si estuviera tomando una ducha caliente, Norma se negó darle gusto al tipo. Se levantó, cogió del escritorio un bolígrafo y un bloc de notas con el logo de la empresa y escribió: «Ducray Sabal».

—Esto le ayudará con los problemas del cuero cabelludo. No creo que la dirección considere que la falta de higiene de los empleados contribuya a mejorar nuestra imagen.

No se detuvo hasta llegar a la puerta del centro comercial Itäkeskus, donde se dio cuenta de que estaba temblando. Su madre habría lamentado el despido incluso más que ella misma: había visto cómo su hija fracasaba una y otra vez en sus intentos por incorporarse al mundo laboral. Pese a todo, después de cada ocasión en que había tenido que marcharse habían bromeado sobre los problemas que le acarreaba su cabello: cómo se rizaba de pronto o crecía ante los ojos atónitos de un compañero, las circunstancias

absurdas en que tenía que cortárselo, etcétera, etcétera. Ya no habría más bromas.

OceanofPDF.com

Norma oyó cómo gritaban su nombre cuando salía de la tienda para volver a casa. Se detuvo sin pensar y enseguida se arrepintió: los dientes de Max Lambert brillaban bajo el toldo descolorido de la terraza del Kultapalmu; su bronceado hacía que parecieran blanqueados a la manera americana. Norma no tenía motivos para pararse, ni siquiera por cortesía, porque no conocía a ese hombre. Intentó continuar su camino, pero era evidente que Lambert pensaba distinto: se levantó ágilmente y se puso a caminar al lado de Norma.

—Menuda casualidad —dijo—. He estado esperando tu llamada.

Aunque el paquete de papel de cocina que Norma llevaba en la mano indicaba claramente que iba de camino a casa, a solo unos cuantos metros de distancia, la idea de abrir la puerta en presencia de aquel hombre se le antojó impensable. Pasó de largo el portal y continuó andando. Cerca de la terraza del Heinähattu, Lambert la adelantó.

—¿Me permites que te invite a una cerveza o a un refresco?

—No, gracias, no estoy de humor para conversar.

—Hay cosas de las que merece la pena hablar. ¿Tienes a alguien con quien desahogarte?

Norma caminaba cada vez más rápido, pero eso no parecía molestarle a Lambert. Pasaron frente a la hilera de bares a tal velocidad que la gente que iba en dirección contraria tenía que esforzarse para esquivarlos. Los perros levantaban el hocico, las mujeres protegían sus bolsos de mano. La escena era digna de una comedia, salvo porque la terquedad de Lambert hacía que empezase a parecer una persecución en toda regla. A ojos de Norma, Lambert no tenía nada que hablar con ella: no había encontrado nada en casa de su madre que justificara ese interés. Su cabello la alentaba a darse prisa y escapar. El monumento a la madre trabajadora, en la calle Sturenkatu, estaba cada vez más cerca. Norma aguzó el oído por si se

acercaba algún tranvía al que pudiera subir de un salto. Puede que todo ese asunto estuviera relacionado con su padre, pero si Reijo Ross se había enterado de la muerte de su madre, ¿por qué habría escogido como mensajero a una persona totalmente desconocida para Norma, como el exmarido de Helena? Y, sobre todo, ¿por qué querría Reijo Ross ponerse en contacto con Norma?

El calor la sofocaba; ya no podía seguir andando tan rápido. Se detuvo en la parada del tranvía, dejó las bolsas en el suelo y se apoyó en la pared. Se encontraba mal; el pelo se le estaba rizando en las sienes. Se metió la doble cola de caballo por debajo del vestido.

—Creía que vivías en la calle Vaasankatu, encima de Anita, ¿o era en el piso de abajo? Anita tenía una casa preciosa —dijo Lambert.

El calor le había pegado la camisa al pecho a Lambert. Sin aliento y empapados de sudor después de correr juntos hasta la parada del tranvía, parecían un padre y una hija que llegaran tarde a una cena familiar a la que tenía que llevar la bebida. La pareja joven que había en la parada no vio nada raro en la situación, el matrimonio que pasó de largo con palos de marcha nórdica ni siquiera los miró... Cuando hubo recobrado un poco la respiración, Norma entendió qué implicaba lo que le había dicho Lambert: había estado en casa de su madre.

—Creía que solo erais amigos de juventud.

—Eso también.

Lambert sacó un paquete de puritos y se los ofreció. Norma negó con la cabeza y echó un vistazo a los horarios: el próximo tranvía llegaría en ocho minutos. Un taxi sería más rápido; buscó el número en su teléfono móvil, pero no llamó. Guardó el teléfono en el bolso.

—¿Qué es lo que quiere? Tiene algo que ver con mi padre, ¿no es cierto? —preguntó, y Lambert frunció el ceño—. Por favor, dígame que sea tan amable de dejarme en paz.

Eso era exactamente lo que habría dicho su madre: nada personal; lo más neutro posible, lo más correcto posible. Las maneras de su madre le habían salido sin esfuerzo y había conseguido sacar a Lambert de sus casillas, al menos un poco. Enderezó la espalda, satisfecha. ¿Qué esperaba

ese hombre de ella? ¿Lágrimas, un balbuceo emotivo, un brindis de bienvenida con el vino que llevaba en la bolsa?

—A Reijo le apenó mucho cuando vuestra relación se rompió: te echaba mucho de menos.

Norma se mordió el labio y consiguió tragarse una pregunta que le había pasado por la cabeza, pero que habría preferido no pensar siquiera: ¿cómo era su padre? Ese hombre lo sabía; ella, no. Su madre ya no podría responderle. ¿No habría heredado de Reijo Ross nada más que el apellido?

—Creo que deberías aceptar mi invitación de conversar en un sitio más agradable —dijo Lambert.

Su tono de voz era seductor; Norma se sobresaltó al notar que se sentía tentada. Aunque un hormigueo en el cuero cabelludo le recordaba que el hombre que estaba delante era una amenaza, quería oír lo que Lambert tenía que decirle sobre Reijo Ross y le entraron ganas de aceptar su propuesta: ¿qué daño podía hacerle que tomaran una copa? Pero enseguida sintió que las raíces del pelo se le tensaban como si le estuvieran dando un tirón y recobró la cordura.

—No quiero saber nada sobre mi padre.

—Me apena, pero esto no tiene nada que ver con tu padre. De hecho, hace años que no lo veo: nuestro último viaje juntos debió de ser hace diez años.

Norma se puso roja. Por un momento había imaginado estúpidamente que su padre podía estar interesado en saber cómo le iba. Si no le había importado en treinta años, ¿qué iba a cambiar con la muerte de su madre?

De pronto, Lambert dibujó una amplia curva con la mano y terminó golpeándose la frente en un gesto digno de una película muda.

—¡Pero bueno! ¡No se me había ocurrido que tu madre podía no habértelo contado! Anita era mi empleada: soy el dueño de la peluquería de Marion.

Norma se sentó en el banco de la parada. El sol había ido calentándolo durante el día. Lambert ocupó un lugar a su lado. Su madre no le había dicho ni una palabra de ese asunto. Seguro que no sabía quién era el dueño de la peluquería. No había otra explicación: jamás le habría hecho algo así a Helena. El plástico caliente bajo los muslos la hacía sudar aún más, las

colas de caballo con las puntas rizadas abultaban bajo el vestido como si fueran un tumor; sintió cómo se le secaba la boca. Tenía ganas de vomitar.

—No es de extrañar que no nos hayamos encontrado: suelo viajar mucho y me paso muy de vez en cuando por la peluquería —continuó Lambert—. El caso es que, según Marion, en los últimos días Anita estaba un poco ausente, incluso melancólica...

—¿Cómo que melancólica?

—... Marion lo interpretó como una especie de despedida.

—¿Y en qué se supone que lo notaba?

—En pequeños gestos, en algunas cosas que decía... Por ejemplo, le pidió que cuidara de ti si le pasaba algo. —La temperatura del hombre aumentó en las sienes y en la raíz del pelo: era evidente que mentía—. En la peluquería hay algunas cosas de tu madre, tal vez quieras ir a buscarlas.

Se oyó el ruido del tranvía que se acercaba y Norma se levantó del banco. ¿Se lo estaba imaginando o el tono de voz del hombre se había vuelto más... —al principio no encontró la palabra adecuada, pero finalmente la encontró— paternal? Lambert cogió las bolsas de la compra antes de que Norma pudiera impedirselo.

—Este es un mal momento —dijo Lambert—, pero tengo que decírtelo, porque por lo visto no lo sabes... —El tranvía se detuvo y las puertas se abrieron—. Y la única forma de hacerlo es yendo al grano: Reijo murió en Tailandia, en un accidente de barco, hace ya tiempo. Para mí era como un hermano y puedo contarte muchas historias sobre él. Nuestra familia está dispuesta a ayudarte en todo lo que pueda: siempre cuidamos de los nuestros.

Norma se quedó sentada en el tranvía hasta que este dio la vuelta completa y regresó al barrio de Kallio. Lambert no había mentido sobre su padre. La noticia no le produjo ninguna emoción; no volvió a ponerse sentimental como momentos antes en la parada. Sentía un cosquilleo en la piel, pero no a causa de Reijo, sino del abrazo que Lambert le había dado a la fuerza antes de meter las bolsas de la compra en el tranvía. En ese momento, Norma se dio cuenta de que Lambert todavía no le había contado cuáles

eran esas cosas desagradables a las que se había referido en la puerta del cementerio y, al mismo tiempo, que había estado buscando indicios de la relación entre su madre y Lambert en las décadas equivocadas: este había formado parte de la vida de su madre también en estos últimos tiempos.

Tal vez hubiera información en el portátil.

OceanofPDF.com

Lambert tenía los ojos pegados a la pantalla. Volvió a reproducir la grabación que había recibido de una clínica de Bangkok. Inculpaba a Anita. Era de una cámara de seguridad y, en ella, una mujer que no podía ser otra que Anita aparecía interrogando a una chica esposada a una cama. El vídeo procedía de una zona cerrada al público y en la imagen se veía con claridad que Anita tenía una cámara en la mano: había grabado el encuentro.

—Cierra eso —dijo Alla—, ahí no hay nada nuevo.

—Pero ¿dónde cojones está esa cámara? —dijo Lambert señalando la pantalla—. El boss de Anita sabe que fue descubierta y que murió: ¿por qué no reacciona?

Alla miraba a sus hijos, que jugaban en el jardín con Ljuba, su niñera rusa, mientras se aplicaba varias capas de brillo en los labios dándose golpecitos con el aplicador. Dos de los perros guardianes de Lambert estaban en los lindes de la parcela atentos a cualquier movimiento o sonido: el deambular del chico que repartía volantes, el traqueteo del cortacésped, el burbujeo de las cervezas de los que estaban en la sauna al otro lado de la valla. En cuanto salieron a la luz las mentiras de Anita y se decidió castigarla, Alla había exigido que se vigilara a los niños las veinticuatro horas y ella misma ya no iba sola a ninguna parte. Habían cambiado el coche por uno con cristales blindados y renovado los dispositivos de seguridad de la casa. Estas medidas habían tranquilizado a Alla, aunque no del todo.

—Si los rusos están metidos en esto...

Lambert interrumpió a Alla levantando la mano como quien pide paz.

—Los rusos no habrían escogido a alguien como Anita para disputarnos el territorio; pero, si fuera el caso, se habrían hecho notar después de su muerte.

—Pero en ese caso habría que parar el juego —replicó Alla—: no vamos a ir a la guerra, no podemos.

Alla se olvidó de los golpecitos: presionó con fuerza el aplicador sobre su labio inferior y se lo pasó por la boca como si estuviera rascándose un sarpullido. La verdad es que no había el menor indicio de la proximidad de una guerra: los vendedores no habían recibido amenazas, no les habían atracado ni quemado los almacenes, sus ventanas seguían intactas... Nada que ver con lo que había sucedido cuando había empezado a vender cabello ruso saltándose a los intermediarios que dominaban el mercado.

Alla dejó caer el brillo de labios y cogió la lima de uñas. Pensar en la guerra hizo que su orgullo se desmoronara como un merengue en el plato. Por un instante, volvió a verse reflejada en la ventana como aquella chica que salía con un magnate de los Urales que había querido meterse en el negocio del cabello y que, de forma inopinada, se había visto en problemas. Aquella lucha territorial había sido tan cruenta que el magnate había muerto y Alla se había visto obligada a huir a Finlandia. Ahora, con ayuda de sus muchos secuaces, Alla controlaba un amplio territorio desde allí, incluida Ucrania, aunque últimamente Lambert y ella habían perdido bastante fuerza. Alla volvió a mirar con preocupación a los niños, que rodaban por el césped, y empuñó la lima como si fuera un arma.

—Quizá los cabellos ucranianos no sean más que un cebo para destruirnos —especuló Alvar—. Son irresistibles.

Lambert rechinó los dientes. El registro de los pisos de Margit, Norma y Anita había resultado un fiasco y el clan todavía no había podido aclarar el origen de los mechones que solía entregar Anita. Se reprochó su falta de visión: había pecado de confiado. Tenía que haber comprendido enseguida que había algo oscuro en el asunto, ¡y vaya si lo había!, si ni siquiera los compinches de Alla en Ucrania sabían de dónde venía el cabello, a qué territorio pertenecía, quién se lo facilitaba a Anita. Cegados por las posibilidades que ofrecían los cabellos ucranianos, habían dejado que un topo se infiltrara entre ellos.

—Quienquiera que distribuya ese cabello tendrá que continuar colaborando con nosotros: es un género demasiado bueno para dejárselo a alguien más —dijo Lambert.

—Esto suena a guerra —dijo Alvar.

—Solo cogeremos lo que nos pertenece: le seguiremos la pista a la persona de la que procedía el cabello para dar con el *boss* de Anita y dejarle claras las reglas del juego —respondió Lambert.

—O sea: la guerra.

—Pues sí: ¡la guerra! —gritó Lambert dando un puñetazo sobre la mesa.

Su adversario era astuto, más astuto que cualquiera de sus otros enemigos: había tenido la idea de buscar su topo en el pasado de Lambert, una mujer en la que sus hijos confiaban.

OceanofPDF.com

El salón de belleza de Folake estaba cerrado, pero el zumbido de las máquinas de coser podía oírse a través de la puerta. Las chicas seguían trabajando en la trastienda: Marion recibiría los cabellos muy pronto. Estaban casi listos: cosidos en mechones, con su cinta adhesiva y su precinto de seguridad; de primera calidad, como siempre. Folake estaba segura de que nadie se daría cuenta de que los habían mezclado con rusos.

—De todos modos, no vamos a dárselo a las clientas hipersensibles —comentó Marion.

Folake asintió: el cabello ruso había sido tratado con los productos químicos convencionales, mientras que el ucraniano tan solo había sido lavado a conciencia y después teñido con tintes hipoalergénicos. Había sido un éxito en Nigeria precisamente porque podían utilizarlo las personas alérgicas al pelo natural. Antes, las clientas hipersensibles tenían que recurrir a la fibra; ahora podían usar pelo auténtico.

—*When will you get more?*

—*Soon, it's just a delay.*

Marion esbozó su sonrisa más convincente y cogió el vaso de zumo que le ofrecía Folake: era necesario solucionar el trastorno logístico que había supuesto la muerte de Anita antes de que Folake empezase a sospechar hasta qué punto esa logística dependía de la difunta. Le echó un vistazo a su teléfono. Seguiría llamando a la chica: ella tenía que estar al tanto de las relaciones de su madre. Era necesario conseguir alguna pista y era ella precisamente, Marion, quien tenía que conseguirla, aunque ninguno de los miembros del clan la creyera capaz de hacerlo. En la reunión familiar la habían dejado fuera de la conversación como si su cuenta atrás hubiera comenzado: empezaba a desvanecerse para ellos, como el aire.

La preparación de los mechones de pelo todavía tardaría un rato. Marion se sentó a esperar mirando la calle. El vaso de zumo de mango que

tenía en la mano era la prueba de que no se sospechaba de ella, de lo contrario no estaría sentada en el salón de Folake, sino que habría corrido el mismo destino que Anita: la habrían atrapado en el aeropuerto de Helsinki-Vantaa, como a ella. Menos mal que siempre cogían vuelos por separado, por si acaso. Su avión había aterrizado un par de horas antes y se había quedado a esperar a Anita; entonces, mientras tomaba un café en Starbucks, había descubierto a los hombres de Lambert. Al principio se había derrumbado, después había intentado llamar a Anita sin lograrlo. Cuando se abrieron las puertas de la sala de equipaje, Anita se había lanzado directamente a los brazos de Lambert y los dedos de este habían aferrado su muñeca como unas esposas. Más tarde, Marion había fingido sorpresa: no tenía la menor idea de que Anita la había seguido hasta Bangkok; había pensado que Anita estaba de vacaciones con sus amigas en alguna otra parte. Los del clan la habían creído porque la consideraban estúpida.

El zumbido se detuvo y Marion se puso a empaquetar con cuidado los mechones de pelo y las extensiones ya preparadas.

Cuando salió, los demás comercios de la calle ya estaban cerrados. A lo lejos se oía el animado trasiego de las terrazas de verano. No se veían grupos de jóvenes inmigrantes, ni a los perros guardianes de Lambert. Pese a los consejos de Alla, Marion había rechazado la seguridad adicional que le habían ofrecido. No obstante, sentía en la espalda los ojos de Lambert. En el momento en que este había deducido que Anita había reunido pruebas sobre los negocios del clan con el fin de extorsionarlos, apartarlos y ocupar su territorio, sus ojos se habían convertido en los de un depredador con los dientes bien afilados.

En una de las esquinas superiores de la pantalla parpadeaban notificaciones de varias semanas de mensajes de correo electrónico no leídos. Norma sintió una punzada en el corazón al ver tantos emoticonos absurdos en el campo «asunto». Había aplazado la revisión del portátil de su madre porque sabía que una oleada de basura de la peluquería la engulliría en cuanto levantase la tapa del ordenador. Sin embargo, estaba satisfecha: en la pantalla solo había huellas de su madre, de nadie más. Al contrario que ella, su tía no había sabido la contraseña del portátil: «Elizabeth Siddal».

Norma entró en la cuenta bancaria de su madre. La última operación había sido una compra en una tienda de comestibles un día antes de volar a Tailandia. Había abonado el alquiler de mayo antes del viaje. En la cuenta quedaban doscientos cincuenta euros. No le parecía que hubiera nada extraño en los movimientos hasta que se percató de que, a pesar de los viajes que había realizado su madre en primavera, hacía meses que no pagaba nada con la tarjeta de crédito, y tampoco había sacado grandes sumas de dinero antes de viajar. Norma hizo cálculos: los gastos de viaje de su madre en primavera superaban su sueldo. ¿Acaso había pedido un préstamo del que no le había dicho nada? No había rastro de algo así en los movimientos de la cuenta.

El historial de navegación estaba vacío: su madre debía de haberlo borrado. Entre los correos enviados había mensajes a Marion, pero todos referentes a reservas y turnos de trabajo. Norma entró en la página de Facebook de la peluquería, que su madre administraba con el nombre de Anita Elizabeth. Le había creado esa cuenta en primavera y ella la había utilizado únicamente para asuntos de trabajo. Fuera de Marion, todos sus amigos de Facebook eran clientas. Norma encendió un cigarrillo y se puso a pensar. Horas antes de coger el vuelo a Tailandia, su madre todavía había

dado hora a algunas clientas: ¿por qué lo hizo si había decidido acabar con su vida?

Las alertas de los mensajes sin leer no la dejaban concentrarse. Desconectó el ordenador de internet al igual que había hecho con el móvil: su madre ya nunca estaría conectada. Y ya nunca habría que regar sus plantas, pese a lo que decía el recordatorio de la pantalla.

OceanofPDF.com

Norma dejó las soleirolias en el mostrador mientras aseguraba que no le gustaban las plantas de interior. Si ella tenía que cuidarlas, se morirían.

—Estas eran de Anita.

Hasta ese momento, la florista no tenía ni idea de la suerte de una de sus clientas habituales. Sabía que alguien había saltado a la vía mientras ella se encontraba de viaje por el Sur, pero no que se trataba de Anita. Tomó asiento y procuró respirar. Norma le dio tiempo para que lo asimilara antes de enseñarle los pimpollos que había encontrado en el balcón de su madre.

—Mi madre tenía la intención de plantar este almendro en el patio trasero.

—Todavía se puede plantar.

—Plántelo usted.

La mujer examinó el pimpollo de ese árbol tan poco frecuente en aquellas latitudes. A medida que se iba haciendo mayor, a Anita le gustaba cada vez más hacerse cargo del jardín de la comunidad. El almendro se lo había regalado una clienta agradecida justo antes del viaje a Tailandia. Norma estaba a punto de irse cuando la florista sacó algo de debajo del mostrador.

—Anita me dejó su llave de repuesto.

La mujer le entregó a Norma un sobre acolchado. Estaba cerrado y no tenía nada escrito.

—¿Se la dejaba a menudo?

—Siempre que se iba de viaje.

Norma no lo entendía: ella tenía una llave de repuesto de su madre y, hasta donde sabía, solo había otra, que estaba en la peluquería. Rasgó el sobre para abrirlo: dentro no había ninguna llave, había un lápiz USB y una tarjeta de memoria.

En la pantalla se veía una maleta abierta llena de ropa de su madre. Al parecer, ella misma tenía la cámara en la mano. Debía de estar impaciente: iba de aquí para allá y de vez en cuando se acercaba a controlar los fogones donde estaba preparando la última comida que compartieron. Filetes de cordero, garam masala, almendras. El vídeo guardado en la tarjeta de memoria se había grabado el día anterior al viaje de su madre. La imagen temblaba y era excesivamente brillante. Apartó la vista y bebió un sorbo de vino para tragarse el nudo que tenía en la garganta. Había buscado mensajes de su madre en los lugares equivocados: suponía que su madre le habría escrito, pero a ella no le gustaba escribir, arreglaba las cosas por teléfono o hablando cara a cara. Norma tendría que haberlo sabido mejor que nadie.

Cuando empecé con esto el año pasado, no podía imaginar dónde me estaba metiendo. La primera vez que tuve la cámara en mis manos pensé que solo estaba documentando la vida de tu abuela para ti, pero las cosas se fueron complicando. Mis viajes de investigación dieron un giro inesperado. Espero poder reunir el valor suficiente para poder aclarártelo todo yo misma. Si no, te daré estos vídeos en Bangkok. No puedo negar que estoy nerviosa. Estoy muy cerca de mi objetivo... Me siento como en la víspera de un día festivo.

Su madre estaba visiblemente entusiasmada: era obvio que no se estaba despidiendo de ella; aquel no era su último mensaje y Norma no tendría que estar viendo esos vídeos aún. Paró la imagen. Oscureció la pantalla aún más porque seguía deslumbrándola. Sentía el sabor de las almendras en la boca; podía oler el cordero asándose. La sensación de tener un nudo en la garganta había vuelto y no había conseguido que desapareciera bebiendo vino. Cepillarse el pelo tampoco mejoraba la situación. Miró por un

momento el icono de la papelera. Puede que en los vídeos apareciera algo que no quería saber, pero no iba a deshacerse de ellos. Hizo girar en sus dedos el lápiz USB que había encontrado en el sobre, donde su madre había guardado las copias de seguridad de los vídeos de la tarjeta de memoria; luego pasó al primer archivo, grabado en mayo de 2012. Solo entonces se dio cuenta de cuánto había envejecido su madre en un año: le habían aparecido más arrugas, se le habían hundido los ojos... Ni siquiera las extensiones de pestañas que le había puesto Marion conseguían que tuviera mejor aspecto, ni las uñas de gel nuevas, ni el peinado a la moda, también obra de Marion. Volvió a mirar el directorio de vídeos: todos los archivos tenían el mismo título: «Para Norma». Verlos todos le llevaría decenas de horas.

TERCERA PARTE

OceanofPDF.com

La primera vez que me encontré con Lambert después de tantos años, los recuerdos se agolparon en mi cabeza, y a él le pasó lo mismo: lo vi en su mirada. No obstante, actuamos como si esos recuerdos no existieran, como si no tuviéramos un pasado común, como si Helena no hubiera sido víctima de una injusticia ni Marion sufrido una pérdida. Era más fácil así, para los dos y también para Marion, a quien nuestro encuentro había puesto muy nerviosa. Eva me había recomendado mantener la calma pasase lo que pasase: nadie debía sospechar nada.

OceanofPDF.com

El estado de la abuela no mejora y el pronóstico no es favorable. Por fortuna, todavía tiene momentos de lucidez, pero he tenido que precipitar nuestra charla sobre Eva. Mi primer intento le provocó un ataque de cólera; el siguiente, un llanto incontenible. La abuela aseguró que no recordaba a ninguna Eva o la confundió a propósito con la vecina, Eeva, y luego empezó a criticar mis cejas y mi peinado. La cuidadora ya me había advertido de que mis visitas la perturban, pero yo no me rindo.

Hoy probé a ver si la postal podía ser de ayuda. Fui a la mesita de noche de la abuela, abrí la Biblia de la familia y saqué la postal coloreada de una mujer que ella suele guardar entre las páginas. Después se la puse delante de los ojos y le dije que me refería a esa persona. La abuela se sobresaltó y trató de arrebatármela, pero no se lo permití. Después se frotó las sienes, olvidó dónde estábamos y regresó a su infancia. Me pidió que le trenzara mejor el pelo para que su madre no se enfadase.

Esa postal de principios del siglo xx ha estado entre las páginas de la Biblia desde que tengo memoria. Cuando era pequeña, iba a mirarla a escondidas. Una vez me pillaron; me dieron una paliza y tuve que pasar la noche en el cobertizo. En esa época no sabía quién era la retratada, sin embargo, el lugar donde se guardaba, entre las páginas de la Biblia, y la reacción de mi madre me hicieron ver que se trataba de alguien importante. No volví a mencionar a la mujer en la casa de Naakka ni me atreví a preguntarle por ella a nadie más. Solo compartí el secreto con Helena. No obstante, siempre que podía me escabullía e iba a mirarla. Los cabellos de la mujer, de una longitud sobrenatural, hacían que pareciera más una criatura de cuento que una persona real. Más adelante, cuando aprendí a leer, pude entender el nombre y el texto que estaban escritos al dorso, y comprendí que aquella mujer era de nuestra familia. Hasta entonces, nunca había oído hablar de alguien llamado Eva Naakka.

Después de que tú nacieras repasé todos los medicamentos que había tomado, así como mi dieta durante el embarazo. Pensé que quizá había viajado a algún país poco recomendable para una mujer embarazada, que había estado sin saberlo en algún lugar contaminado, había comido setas radioactivas o frecuentado espacios donde aún se utilizaba DDT. Tener una hija cuyo cabello crecía más de un metro al día era tan improbable como que se tratara de un rasgo hereditario latente o una predisposición genética a un crecimiento capilar completamente extraordinario. La imagen de Eva Naakka, sin embargo, apuntaba en esa dirección. Si el torrente de cabello de la foto era auténtico, ella era tan excepcional como tú. Solo me consolaba que, en ese caso, al menos no había sido culpa de una negligencia mía.

Decidí buscar personas como tú en libros y fotografías, y en todas partes aparecía la postal de Eva. Si la foto no había sido trucada, podía explicar la obsesión de mi madre por el pelo. Cuando era pequeña, me hacía trenzas tan apretadas que se me achinaban los ojos. Yo me apresuraba a aflojármelas en cuanto llegaba al colegio, pero Helena volvía a apretármelas antes de irme a casa porque tu abuela no soportaba los mechones sueltos: los consideraba una señal de decadencia moral. Eso tenía que venir de alguna parte. La peculiaridad de Eva podía ser una razón, aunque sospecho que había otras.

Según el matasellos, la postal se había enviado desde Nueva York, pero la fecha era ilegible. Al dorso, un hombre llamado Antero contaba que por puro azar había visto en el escaparate de una tienda de pelucas de Harlem la fotografía de una chica cuya apariencia le resultaba familiar. «¿No es Eva Naakka la que sale en la foto? No me habría fijado si no me hubieran estado limpiando los zapatos delante de la tienda», escribió.

Nosotros no conocíamos personalmente a Antero, pero sí a su madre, Helmi, y el día en que esta murió, con noventa y un años, asistimos al entierro pensando en que quizá Antero se presentaría, lo que no ocurrió. Al día siguiente, sentadas a la mesa tomando café, nos pusimos a conversar sobre la famosa postal, preguntándonos si Antero seguiría vivo y en Estados Unidos. Entonces, las tías de Helena nos contaron que muchos años atrás había habido un incidente que puso de los nervios a la pobre Helmi hasta el punto de dejarla sin dormir durante varias semanas. Al parecer, cuando Karl Emil Berg, recientemente nombrado comandante de la Guardia Blanca, se suicidó debido a la presión en medio del tremendo conflicto político que se desató después de la independencia de Finlandia, los comunistas, que estaban esperando una ocasión así, respondieron exacerbando aún más las cosas. El caso es que Antero se sentía fuertemente atraído por este tipo de asuntos, por lo que Helmi temía que volviera a Finlandia y se metiera en problemas. Al cabo, una postal había confirmado que el chico seguía en Estados Unidos y Helmi se había quitado un enorme peso de encima. Quizá, nos dijeron, era la misma postal que teníamos nosotros.

Después de esa conversación, fue fácil averiguar la fecha ilegible: Karl Emil Berg se había pegado un tiro en 1921. Eva había tenido que ser fotografiada algún tiempo atrás... Quizá en París. Al menos eso me hizo pensar la conversación que tuve con Johansson, el marchante de arte.

Una mañana, mientras limpiábamos la casa, un retrato de mis abuelos cayó al suelo y el marco se rompió, por lo que tuve que llevarlo a arreglar a la tienda de Johansson, el marchante de arte, una especie de bazar donde se arreglaban cosas y se vendían antigüedades. Johansson me pidió que lo esperara un momento mientras arreglaba el marco; para entretenerme, me dio una caja llena de postales antiguas, algunas de las cuales llevaban el sello PC PARIS, ¡que también estaba en la postal de Antero! Intrigada, le pregunté a Johansson qué significaba ese sello y él me explicó que era el nombre de una famosa casa editora de tarjetas postales: las series de postales de PC Paris eran conocidas en todo el mundo. Por eso mismo, siguió diciéndome Johansson, las modelos que aparecían allí no eran cualquier persona. Enseguida me enseñó su colección, compuesta sobre todo de retratos de mujeres. Enseguida vi que, en un concurso de belleza, Eva les habría ganado a todas sin problema. Algunas de las postales estaban en blanco y negro, pero otras habían sido coloreadas como la de Eva. Johansson me contó que en aquellos tiempos los países donde mejor se coloreaban fotografías eran Francia y Bélgica, lo que implicaba que incluso las fotografías de famosas estrellas de Hollywood podían enviarse a colorear allí. «El coloreado era un trabajo de mujeres y se hacía completamente a mano: muchas artesanas se envenenaban a fuerza de humedecer el pincel con la boca», susurró Johansson.

A Helena y a mí nos faltó tiempo para atribuirle a Eva todo tipo de aventuras. Estábamos convencidas de que había participado en concursos de belleza: eso explicaría su mala reputación en la casa de Naakka. Lo único seguro, sin embargo, era que se había ido a recorrer el mundo y se había convertido en una estrella. Ella era la única que había llegado a ser alguien no solo de nuestra familia, sino de nuestro pueblo. ¡Nuestra Eva... en un estudio de París! Eso influyó en mi decisión y en la de Helena: nosotras también nos marcharíamos. No teníamos la belleza de Eva, pero ya veríamos qué hacer. Helena soñaba con ser cantante, yo solo quería ver mundo. Para un viaje a Nueva York o a París no teníamos dinero; en cambio, a Suecia se podía ir incluso haciendo autostop.

Cuando huimos a Gotemburgo y empezamos a trabajar en la fábrica de Volvo, resolver el enigma de Eva se convirtió en un antídoto frente a la sombría rutina diaria, marcada por el ritmo del reloj de fichar. Consultamos libros de arte y de fotografía en la biblioteca e hicimos una excursión a Estocolmo para explorar los anticuarios. Esto último demostró ser una buena idea: en uno, encontramos un par de postales en las que era fácil reconocer a Eva. Una había sido enviada de Opatija a Dinard; la otra, de Brighton a Boston. Uno de los matasellos era de 1922; el otro, de 1924. No había créditos del estudio ni del fotógrafo, pero las fotos eran especialmente bonitas: en una de ellas Eva, pese a su piel clara, representaba a una gitana con una mandolina en las manos; sus rizos se desparramaban sobre los escalones de una fuente. En la otra, aparecía en actitud coqueta, acariciando un perrito que sostenía en el regazo mientras fingía peinarse con un peine que tenía la otra mano; tras ella podía verse un gran espejo ovalado que reflejaba su descomunal cabellera.

Me había fijado en que la mayoría de las postales de los editores franceses de renombre tenían, además del logotipo del editor, un número

que las identificaba. Extrañamente, ese número faltaba en la postal de Antero y también en las que acabábamos de encontrar. Cuando le pregunté al anticuario a qué podía deberse se echó a reír y me dijo que, por una parte, esos números no eran obligatorios, y que, además, los logos de las casas editoras más conocidas aumentaban significativamente el precio de las postales, así que a veces se falsificaban. La explicación me decepcionó: a lo mejor Eva nunca había estado en París. Helena, en cambio, en vez de desanimarse le preguntó al anticuario si tenía más postales donde salieran modelos con el pelo extraordinariamente largo. Este nos guiñó un ojo y nos mostró una caja llena de postales francesas. Su preferida era el retrato de una «adelita», una soldadera de la Revolución mexicana, que solo llevaba encima su melena y sus «dobles cananas». (Aquellas palabras, lo mismo que las postales francesas, eran totalmente nuevas para nosotras). La postal en cuestión resultaba de lo más curiosa no solo porque la modelo tenía el pelo rubio, sino porque llevaba la cara cubierta. Según el anticuario se debía precisamente al evidente erotismo de la foto: la mujer debía de haber querido mantener su identidad en secreto. Sin embargo, su cabello no dejaba lugar a dudas: se reconocía a Eva perfectamente; era el mismo cabello de la chica de la mandolina y de la postal que estaba en la casa de Naakka.

Mucho tiempo después busqué fotos de Eva a través de internet y solo di con un par de postales francesas más. Por el contrario, no faltaban copias de los retratos que ya conocía. De hecho, la gente los había coleccionado durante décadas, no solo impresos en postales, sino en cajas de confitería, botes de perfume, portadas de libros y anuncios publicitarios, aunque sin que el nombre de Eva Naakka se mencionara jamás. Rubia y exótica, Eva sin duda tenía madera para convertirse en una de las estrellas de PC Paris, a la manera de Miss Fernande, pero eso no había sucedido: algo o alguien se había interpuesto en su camino.

Estando en Suecia me atreví a hacer una llamada de larga distancia a nuestra parroquia para pedir cualquier información sobre Eva que pudiera haber en los registros parroquiales. Mi madre se enteró y me guardó rencor durante años. Cuando tú naciste y volví a la casa de Naakka, sentí su odio en la nuca: me acusaba de haberla humillado aposta. Otra vez esa

vergüenza. Para entonces, sin embargo, comprendía a qué se debía: Eva había sido la primera mujer de mi abuelo, Juhani Naakka, y había abandonado a su marido y a sus hijos. Eva era la verdadera madre de tu abuela.

Según los registros, Eva Kuppari y Juhani Naakka habían contraído matrimonio en 1917 y habían tenido dos hijos: mi madre, Elli Naakka, y mi tío Erik, que murió en la Guerra de Invierno. El matrimonio había sido anulado a finales de los años veinte porque hacía años que Eva no vivía con su marido y estaba en paradero desconocido. Al lado de su nombre estaba escrito a lápiz «Estados Unidos» seguido de un signo de interrogación.

Más adelante, Juhani Naakka se había vuelto a casar con Anna Heikkinen y había tenido con ella un montón de hijos. Yo había crecido creyendo que Anna era mi abuela, pues estaba al lado del abuelo Juhani incluso en los retratos familiares que yo misma había llevado a arreglar a la tienda de Johansson. Llamé a algunas de mis tías que seguían con vida, pero ninguna de ellas había oído hablar de Eva ni del anterior matrimonio de su padre, o al menos eso decían. Era comprensible: la decadencia de la casa había comenzado cuando Juhani se dio a la bebida, lo que coincidía, según la nueva información de que disponía, con los inicios de su segundo matrimonio.

Ahora entendía por qué la postal de Eva estaba escondida entre las páginas de la Biblia. Cómo había ido a parar ahí, no lo sabía; sin embargo, podía ser que la abuela se la hubiera robado a Helmi, o quizá Helmi se la dio pensando que era la hija de Eva, y no ella misma, quien debía tenerla.

16/6/2012

Con el paso de los años, mis suposiciones sobre el destino de Eva fueron variando. Los que se marchaban a América eran los más pobres, los asalariados, los hijos menores de los campesinos, aquellos cuyas oportunidades de futuro eran mínimas aquí. Eva mandaba en la casa de Naakka, que en aquella época aún era grande y próspera. Cuando era joven, pensaba que quizá había conocido al amor de su vida fuera del matrimonio y había abandonado a su familia. Eso habría explicado la reacción de mi madre: Eva no era una mujer decente.

Después de tu nacimiento, sin embargo, la decisión de Eva de abandonar a dos hijos que por suerte habían nacido perfectamente sanos me parecía francamente incomprensible. En todo caso, el escándalo que acompañaba a su nombre parecía estar relacionado con el abandono y no con aquel cabello que crecía sin control. Si su secreto no había sido descubierto, ¿por qué había dejado atrás una vida cómoda?

También me preguntaba por qué había aceptado ser modelo fotográfica. En otras épocas, algunas mujeres podían ganarse la vida posando para un artista porque las pinturas y grabados no necesariamente permitían identificar a las modelos. Las fotografías habían cambiado la situación por completo, y ni hablar de las que se imprimían en forma de postal: coleccionarlas era una moda que no dependía de la clase social, ya que, gracias al desarrollo de la tecnología, eran tan baratas que incluso los pobres podían darse el lujo de comprarlas. De pronto, las modelos ocuparon el centro de todas las miradas, sus gestos y expresiones se imitaban. En una entrevista que encontré por ahí, una modelo se quejaba de que unos completos desconocidos le habían tocado el pelo por la calle. Convenientemente, Eva había ocultado su cara en las imágenes eróticas

pero, como he dicho antes, su pelo la hacía perfectamente reconocible y, además, el fotógrafo conocía su identidad y, de quererlo, podría chantajearla. ¿Qué había recibido a cambio? ¿Qué podía justificar que tomara un riesgo semejante?

Pese a que, durante los años de mi infancia y primera juventud, Eva había sido mi heroína: la mujer más guapa y valiente del pueblo, después de tu nacimiento yo sencillamente la odiaba. A esas alturas, comprendía la rabia de mi madre hacia Eva: había sido abandonada por una mujer envuelta en un escándalo y nadie le había explicado nunca por qué; sin embargo, el motivo de mi odio era otro: me había quedado embarazada sin conocer los riesgos, y eso era culpa de Eva. Como he dicho antes, había sido un golpe de suerte que precisamente ella diera a luz a dos niños sanos. Quién sabe si el hecho de que hubiera tan pocos hijos en nuestra familia no estaría relacionado con eso. Por lo que yo sabía, mi madre había sufrido varios abortos, al igual que Margit. La primera vez, Margit y yo lloramos desconsoladamente. Cuando se quedó embarazada por segunda vez, tú ya habías nacido y no pude evitar desear que lo perdiera, lo que al cabo sucedió. A lo largo de los años, Margit lloró mucho esas pérdidas, pero yo solo sentía alivio: nunca dejé de temer que le sucediera lo mismo que a mí.

CUARTA PARTE

OceanofPDF.com

Durante mucho tiempo no quise ni pensar en Eva, luego comprendí que contarte su historia era mi deber: de todo lo que podía legarte, eso era lo único que de verdad te pertenecía, algo con lo que solo tú podías identificarte. Tenías derecho a saber cómo puede ser la vida de una persona como tú y qué riesgos entraña. No debías repetir los errores de Eva.

OceanofPDF.com

En la pared del recibidor del piso de su madre seguían colgados *Ofelia* y *Regina Cordium*, sus cuadros preferidos. Norma los descolgó de la pared y revisó la parte de atrás, pero no había ninguna foto, ni de Eva ni de nadie. Desmontó los marcos. Nada. ¡Pues claro que no! ¡Cómo iba a imaginar su madre que ella olvidaría meter sus cuadros favoritos en el ataúd! Si hubiera puesto fin a sus días de forma consciente y voluntaria, lo que según Norma parecía cada vez más improbable, habría querido llevárselos sin duda.

Su madre siempre estaba investigando sobre mujeres parecidas a Norma, así que su casa estaba forrada de imágenes de rapunzeles y las estanterías se curvaban bajo el peso de los libros dedicados a ellas. Siempre había querido convencer a Norma, a menudo deprimida por culpa de su pelo, de que esas mujeres habían sido admiradas e incluso immortalizadas por su belleza. La casa de su madre parecía un mausoleo de los rizos de oro del pasado, lo que por sí solo probaba que mantener en secreto la existencia de Eva no tenía sentido. Pero su madre continuó sus pesquisas incluso cuando Norma ya se había acostumbrado a su pelo y se negaba a sentarse en el regazo de su madre para «jugar a la peluquería»: seguía queriendo encontrar respuestas, una solución, y luego le comunicaba la información que iba obteniendo, aunque ella no quisiera. No obstante, nunca le había hablado de Eva cara a cara, sino solo a través de un vídeo. ¿Por qué había decidido hacerlo así? ¿Por qué no había colgado fotos de Eva en las paredes? La idea de que hubiera otro secreto en su familia le resultaba insoportable.

Norma dejó caer los cuadros al suelo y los pisoteó. El cristal se rompió, el marco crujió y la mala conciencia por los cuadros que había olvidado meter en el ataúd se transfirió a su pelo. Cogió las tijeras de la estantería de su madre y después de cortárselo, junto con el sentimiento de culpa que emanaba de él, se puso a repasar las biografías de Elizabeth Siddal y otras

musas de Dante Gabriel Rossetti. El corte la había aliviado: se sentía más tranquila y más segura. No se le ocurría un lugar mejor para estar que entre esos libros y esos cuadros. Elizabeth Siddal, la modelo retratada como Ofelia y como Regina Cordium, era la musa preferida de su madre: un ángel prerrafaelita cuyo rostro e impresionante nube de pelo aparecían en postales, carteles, libros de todo el mundo, pero cuyo misterio ha sobrevivido al tiempo: a ella se parecía Norma.

Seis años después de la muerte de Elizabeth por una sobredosis de láudano, su marido, el pintor y poeta Dante Gabriel Rossetti, había abierto su tumba para recuperar la colección de poemas que había enterrado junto con su esposa como gesto romántico de duelo. En ese momento su carrera como artista decaía y estaba convencido de que los versos enterrados eran justamente lo que necesitaba para volver a ascender. Norma encontró fácilmente la hoja de la biografía de Siddal donde se narraba esa anécdota: la esquina estaba plegada, pero la foto no estaba y tampoco había ningún mensaje, ni siquiera alguna frase subrayada. Lo mismo sucedía en los demás libros sobre Siddal: solo había una hoja plegada o un marcapáginas, nada más.

La historia de Elizabeth Siddal terminó de disuadir a Norma de suicidarse: le había hecho comprender que ni los accidentes ni los suicidios eran para las personas como ella, con independencia del nivel de desesperación que pudieran experimentar. Desenterrado el ataúd, Rossetti descubrió que, al contrario que el cuaderno de poemas, los rizos cobrizos de Elizabeth habían resistido el paso del tiempo, que incluso habían seguido creciendo hasta desbordar la caja de madera. Si Norma resultara herida y un desconocido la encontrara, a ella le sucedería lo mismo. Habría titulares escandalosos, paparazis trepando por las ventanas y médicos atónitos, aunque la medicina hubiera resuelto ya el misterio de las mujeres barbudas, llamada hipertrichosis y debida a una anomalía genética. Ella no quería eso: no quería acabar siendo diseccionada en un laboratorio. Por eso siempre llevaba consigo una pequeña nota donde pedía que contactasen inmediatamente con Anita Ross si le sucedía algo, y por eso mantenía su casa siempre en orden, anticipándose a las visitas sorpresa del portero o de

la policía: en su casa no había signos visibles de que allí viviera una mujer extraña, ni siquiera un pelo tirado en el suelo.

Las estanterías de su madre no dieron ningún resultado. Norma empezaba a cansarse, así que decidió continuar más tarde. Que las puntas del pelo se le rizasen podía deberse tanto a la emoción de haber descubierto a un nuevo miembro de la familia como a los albañiles que iban de un lado a otro del edificio. Echó un vistazo al piso, donde todo tenía un aspecto normal, y fue al cuarto de baño a recoger del suelo el pelo que se había cortado. Mientras se calzaba las bailarinas, su mirada se detuvo en la montaña de periódicos. Le llevó un momento darse cuenta de que estaban intactos, sin leer: en la cesta de periódicos leídos había únicamente periódicos de Margit, de las semanas posteriores al entierro. Su madre era extraordinariamente metódica: los objetos de las estanterías, las mesas y los armarios estaban colocados según su tamaño, a menudo simétricamente, y por eso mismo nunca había dejado de leer el periódico del día. Norma había vuelto a buscar en el lugar equivocado: tenía que encontrar errores, no mensajes. Errores como esos periódicos sin leer.

El correo de Anita se componía principalmente de facturas y publicidad. La primera vez que lo revisó no encontró nada, pero convenía hacerlo de nuevo. Y volver a revisar el bolso, pero fríamente, sin sentimentalismos. Cuando llegó a casa, extendió el contenido del bolso en el suelo, leyó los volantes de propaganda, los recibos y las tarjetas de visita de la cartera. Nada le llamó la atención excepto el manojito de llaves: tenía dos argollas. En una estaba la llave de casa, de la otra colgaba un llavero con el retrato de Elizabeth Siddal caracterizada como Ofelia. Ponía «TRASTERO». El número del cuartito que le correspondía a su madre en el trastero de la azotea era el mismo que el de la casa: el 20, pero detrás del retrato de Ofelia se leía «12». Hacía años que Norma no iba al trastero: no había guardado nada allí ni recordaba que su madre lo hubiera hecho alguna vez.

La puerta antiincendios de la azotea era muy pesada. El sol había calentado el lugar y de las vigas metálicas del techo emanaba un calor tremendo. Al principio, Norma creyó que sus náuseas se debían a la temperatura o al aire viciado por el matarratas y el polvo, pero pronto se dio cuenta de que se equivocaba: de las taquillas de los armarios brotaba un olor que le resultaba familiar, y las náuseas se iban volviendo más fuertes a medida que se acercaba al cuartito número 12.

Detrás de un montón de trastos había un par de cajas y el olor inconfundible emergía de una de ellas. Norma deseó estar equivocada, lo deseó tanto que incluso dejó de respirar.

Puso la caja en medio del pasillo.

Estaba llena de cabello suyo guardado en mechones perfectamente limpios y empacados.

OceanofPDF.com

La reunión familiar iba a ser un infierno. Marion rezaba mentalmente para que su nombre no estuviera en la lista. A lo largo de las últimas semanas, Lambert había ido escribiendo en ella los nombres de sus enemigos —potenciales, imaginarios o reales—. Era una lista larga. La llevaba siempre consigo, en un bolsillo de la chaqueta, y crecía constantemente.

—¿Y si estamos mirando en la dirección equivocada? —dijo Lambert—. ¿Y si Anita quería vengarse de mí? ¿Seguro que fue una casualidad que se encontrara contigo en Kuopio, Alvar?

Alvar frunció aún más el ceño. Cogió una fresa del frutero y le arrancó el rabo con furia. En el orden del día estaban la cartografía de la lucha territorial, la fábrica de botellas de agua en Nigeria y los preparativos del viaje a Vietnam, pero Lambert solo hablaba de Anita. Alvar se sirvió café e intentó encauzar la conversación. No podían dejar que Lambert cayera en la paranoia: Anita no era más que un peón; era necesario tener en cuenta el panorama general.

—Anita no habría sido capaz de borrar sus huellas de una manera tan profesional. No ella sola —observó Alla.

—Y tampoco me creo que haya pasado treinta años preparando su venganza, ni siquiera por Helena —continuó Alvar.

—¿Ah, no? ¿Estás seguro de que Anita no quería tomar el testigo de Helena y conseguir lo que esta no pudo? Esa mujer vino arrastrándose hasta aquí con un propósito —dijo Lambert—. ¿De qué podría tratarse si no de venganza?

—Papá —dijo Alvar—. Alguien manipuló a Anita y la obligó a infiltrarse en el clan: tenemos que encontrar a ese alguien.

Lambert volvió a sacar la lista: le había venido a la cabeza el nombre de otra persona que podía guardarle rencor, que podía haberse aliado con Anita o haberle pagado a cambio de información.

—Papá, estamos en guerra, ¿recuerdas?

Alvar puso sobre la mesa su propia lista: contenía los nombres de todos los trabajadores de la empresa. Los interrogaría él mismo, uno a uno. Alguien había filtrado la información. Alguien le había dicho a Anita que valía la pena ir a esa planta cerrada al público de la clínica de Bangkok.

—Pero ¿a quién pudo haberle dado la cámara Anita? —preguntó Alvar.

Marion metió la mano en el bolsillo derecho, donde solía guardar el teléfono de prepago con el que se comunicaba con Anita: el «teléfono del proyecto», pero el bolsillo estaba vacío: se había deshecho del aparato inmediatamente después de la muerte de Anita. Y ahora ya no tenía con quién hablar, a quién pedir consejo.

Marion se concentró en masajear el cuero cabelludo de Ljuba mientras observaba las vetas de la madera de la sauna. Lambert se había dedicado a regañarla por no averiguar nada hasta que Alvar había intervenido para rogarle a su padre que se centrara en las cosas importantes. *Padre*: Alvar utilizaba esa palabra de forma hábil y deliberada. Así obtenía incentivos como la mansión donde vivía. Quizá la contratación de Anita fuera una especie de incentivo, o quizá una compensación por lo sucedido con Albiino. Nadie le había reprochado a Alvar que fuera él quien había llevado a Anita a la peluquería, y tampoco se culpaba a Alla, aunque Ucrania fuera su responsabilidad: parecía que solo Marion metiera la pata, siempre ella, y ahora la obligaban a levantarse de la mesa porque la conversación se centraba en las estrategias de futuro. Ella solo servía para arreglarle el pelo a Ljuba, nada más.

Lambert dio otro puñetazo en la mesa en la planta de arriba, Ljuba se sobresaltó y se llevó la mano a la barriga. A nadie en el vecindario le sorprendía una niñera de habla rusa; sin embargo, muy pronto el embarazo sería evidente y Ljuba tendría que marcharse. El divorcio de los que tendrían que haberse convertido en los padres del niño estaba ya en el juzgado y ninguno de los dos quería quedarse con él. Quizá fuera a dar a un orfanato de San Petersburgo, a menos que Alla le encontrara un comprador.

En cuanto a Ljuba, si estorbaba en algún momento sería fácil deshacerse de ella, igual que de Marion.

—Todo está bien —dijo Marion—, aunque quizá no tanto para nosotras.

Ljuba le respondió con una sonrisa sin comprender una sola palabra. Si tuvieran una lengua en común, Marion intentaría que Ljuba le hablara de las conversaciones entre Alla y Lambert... Como no era así, se limitaba a teñirle el pelo, a ponerle una mascarilla relajante y a indicarle con los dedos el tiempo de espera de cada tratamiento.

* * *

Marion cogió del mueble bar de la sauna un Highland Park de treinta años: la botella más cara de Lambert, regalo de un cliente agradecido con la agencia, y sirvió un vaso para ella y otro para la niñera. Un mapa en la pared permitía visualizar los avances de Lambert y Alla en la conquista del mundo: alfileres plateados para las ventas de cabello al por mayor, de colores para la agencia. Un color diferente para cada año: diez colores. Un solo alfiler rojo: Tailandia. Allí había empezado todo, cuando Lambert se dio cuenta de que el país rebosaba de chicas vietnamitas ilegales. Pobres, fáciles, baratas. Al año siguiente, la actividad se había expandido hasta Vietnam, convertido rápidamente en el hijo predilecto de Lambert, que clavó un alfiler azul en el mapa. El clan tenía buenas relaciones con los productores de cabello locales y una sola de esas firmas era capaz de suministrar entre cincuenta y sesenta toneladas de pelo en bruto a las fábricas chinas. Los magnates del cabello se habían hecho millonarios y había pueblos en los que el ochenta por ciento de la población vivía de la venta de cabello. El único problema era que el cabello crecía más lentamente que la demanda: cada vez había que ir a buscarlo a regiones más lejanas. Rusia y Ucrania —las zonas de Alla— estaban marcadas con alfileres verdes. Luego se habían expandido hacia Georgia, donde el volumen de negocios había sido enorme, y más tarde hacia México, con la idea de recibir clientas estadounidenses que provinieran de estados donde la legislación era complicada o simplemente querían pagar menos. Se habían establecido en Cancún, donde pronto empezaron a atender lo mismo a nórdicas y británicas que a australianas y japonesas.

Todos pensaban que, al término de aquella reunión, quitarían el alfiler clavado en Nigeria: ya habían decidido retirarse del país, pero Anita, con sus extraordinarios mechones de pelo, había venido a desordenarlo todo y Lambert había decidido darle otra oportunidad a esa zona del mundo en que el sector del cabello crecía tan rápidamente. Marion imaginaba los argumentos de Lambert en el piso de arriba: compararía a Nigeria con Tailandia y a Georgia con Ucrania y Rusia. «Cada región tiene sus propias complejidades... Las dificultades están para superarlas... Solo los cobardes aceptan la derrota sin rechistar, un Lambert, nunca».

Marion pensaba que quizá no debería haber tomado una foto del mapa para enseñársela a Anita: primero, la magnitud del negocio la había pillado por sorpresa, pero pasado el susto se había ido volviendo cada vez más descuidada. Solo quedaban dos días para terminar el plazo que le habían dado y la chica aún no había contestado a sus mensajes y llamadas. Pasados esos dos días, el clan utilizaría sus propios métodos.

OceanofPDF.com

Los ojos azules de Eva observaban a Norma mientras esta se levantaba un poco menos mareada gracias a los parches de escopolamina. Los mechones de la caja yacían dispersos en el suelo del cuarto de estar, en vez de enrollados como serpientes en el nido. El aire que entraba a raudales por la ventana abierta había reducido la intensidad del olor. La postal de Eva estaba sobre un mueble. Tenía un porte majestuoso y miraba a Norma con aire acusador, como si tuviera algo que reprocharle. Apretaba los labios como una madre que riñe a su hija malcriada. Norma se llevó la mano al pecho. Su corazón repetía: «Alguien como yo. Tú eres como yo». Eva pareció asentir con la cabeza. Pero lo más importante ahora era aclarar en qué la había metido su madre; Eva podía esperar.

Además de la caja del cabello había otra con un batiburrillo de papeles, entre ellos la postal de Eva vestida de Adelita que su madre había encontrado en Estocolmo. Según comprobó en una fotocopia que estaba en la caja, se había utilizado para la cubierta de un libro titulado *Las confesiones de Rapunzel*.

Hizo una pila con los papeles y se los llevó al vestíbulo. Después cerró la puerta del cuarto de estar para dejar confinado el olor del cabello. Extendió los papeles por la alfombra. Además de fotocopias y fotos de Eva y de otras mujeres de pelo larguísimo, había publicidad del tónico capilar de las hermanas Sutherland y folletos de hoteles en Tíblisi o Cancún. También diversos recortes de periódicos viejos y nuevos. Entre los viejos, le llamó la atención uno sobre una mujer de la época victoriana que resultaba ser la peor asesina en serie de la historia. Lo habían leído a conciencia: tenía anotaciones de dos manos distintas (una de las cuales era la de su madre), impetuosos subrayados y palabras encerradas en círculos. Otro, de 1921, contenía una entrevista con una neoyorquina de la alta sociedad que confesaba que sus tres hijas eran adoptadas. Según contaba, su marido no lo

sabía: se enteraría cuando leyera la entrevista, pero a ella le importaba hacer ver a las mujeres que la adopción era un modo perfectamente razonable para que todas pudieran disfrutar de la maternidad. Entre los recientes, la atrajo uno, escrito en inglés, que hablaba de ciertas «granjas de bebés» organizadas en Nigeria por un tal doctor Conde (lo habían rasgado en dos y vuelto a unir con cinta adhesiva), y otro más, del suplemento mensual del *Helsingin Sanomat*, que trataba de un matrimonio que había contratado un vientre de alquiler en San Petersburgo. Nada de lo que había en esta caja tenía sentido para ella; el cabello de la otra caja, sí.

Norma recordaba perfectamente la víspera de las vacaciones de su madre. Antes de irse a dormir, ya con las maletas hechas, había ido a cortarle el pelo y le había arrancado algunas canas sueltas lamentando su aparición. Nada hacía pensar que estuviera más alterada o preocupada de lo normal; de hecho, estaba de buen humor, con ganas de disfrutar de las vacaciones. Había rellenado el pastillero semanal con los complementos nutricionales de Norma y le había recordado que no se olvidara de tomárselos a diario. La amenaza de la osteoporosis y los problemas vasculares... ya habían hablado de eso. Su madre solo quería lo mejor para ella; Norma se sentía culpable.

Los complementos nutricionales y los minerales habían aparecido en casa después de que su madre empezara a trabajar en Rizos Mágicos. En su opinión, no importaba que aumentaran un poco el ritmo de crecimiento de su pelo: era el precio a pagar para gozar de mejor salud. Norma tendría más energía, las canas desaparecerían completamente y las uñas le crecerían con normalidad. Un día cualquiera, la estantería de las especias había empezado a llenarse de tarros con pastillas de ácido silícico, licopeno, proteína marina y cola de caballo que Norma se tomaba para complacer a su madre. Poco después había encontrado sobre la mesa de la cocina un pastillero semanal lleno de cápsulas de manganeso, cobre, calcio, cinc y ácido fólico. Su cabello había seguido llenándose de canas, pero los padrastros habían desaparecido.

Que Anita trabajara en una peluquería podía explicar el acceso fácil y barato a los nutrientes capilares, pero no que a partir de la primavera

hubieran empezado a aparecer en su mesa succulentos filetes de ternera los miércoles y los fines de semana, cuando antes solamente los comían los días festivos, y eso en el mejor de los casos. Norma recordó que un día había encontrado en la bolsa del supermercado un tíquet de caja por una cantidad completamente desorbitada. Su primera reacción había sido pensar que no era de su madre, sino de otra persona, pero los productos listados se correspondían con el contenido de la nevera y lo que habían cenado a lo largo de la semana. Le había preguntado a su madre, medio en broma medio en serio, si se había ganado la lotería, pero esta simplemente le había contestado que su salario era mejor que en Correos porque las jornadas de trabajo eran más largas; no obstante, habría tenido que ganar muchísimo más para cubrir las vacaciones en Tailandia, el increíble viaje a África a principios del invierno y la escapada a Georgia antes de Semana Santa. ¿Con qué dinero había pagado todo eso? Entonces Norma no le había dado demasiadas vueltas: se había dedicado a parlotear una tarde tras otra sobre sus propias preocupaciones; había lloriqueado por sus canas, que habían empezado a aparecer con las reuniones de negociación, y había masticado el filete con desgana, sin pensar en cuánto costaba la carne de calidad.

Volvió al cuarto de estar, donde había dejado las cajas vacías y los mechones de cabello esparcidos por el suelo. Puso atención al olor y percibió claramente que su madre había obtenido ese pelo hurgando en su basura: el lavado no había eliminado el olor de los posos de café, las pieles de aguacate y de plátano medio descompuestas y otras cosas parecidas. El aroma a champú solo empeoraba el resultado general. Para eliminar aquella peste tendría que ventilar el piso al menos un día. Los mechones estaban envueltos con celofán y después atados con una cinta elástica dorada: parecían regalos de cumpleaños.

La belleza del cabello hablaba por sí sola. Al principio, su madre lo cortaba y juntaba sin ton ni son, pero después había comprendido el valor de la calidad *remy*. El pelo de esa calidad era el mejor y el más caro, y requería que el mechón entero se cortara respetando el sentido del crecimiento. Los mechones del principio no eran *remy*; los más recientes, sí.

Norma recordó el momento en que su madre había empezado a cortarle el pelo de un modo distinto, atándoselo en una cola de caballo. Se justificaba diciendo que eso le facilitaba limpiar después.

OceanofPDF.com

Cuando las campanillas de viento tintinearón, Marion estuvo a punto de dejar caer al suelo la plancha de pelo. Contó mentalmente hasta diez para que no se le notaran tanto la alegría y el alivio y le propuso a la clienta hacer un descanso. Cuando la mujer cogió el abrigo y salió a la zona de fumadores del patio trasero, ella se acercó a la chica y le tendió la mano.

—No nos dio tiempo a hablar durante el entierro —dijo.

La chica se había quedado en el umbral cambiando el peso del cuerpo de un pie a otro. Parecía insegura. Tenía la mano áspera y huesuda, no apretaba al saludar. Las gafas de sol ocultaban sus ojos; arrugaba constantemente la nariz. Puede que tuviera ganas de llorar.

—Tu madre era la mejor peluquera que he conocido.

La chica siguió sin responder. Marion tenía que coger las riendas y encontrar un modo de hablar con ella. En la iglesia, la chica había estado absorta, arrancándose los pelos que se le salían de la coleta uno tras otro al ritmo de los salmos. Marion se había preguntado cómo podía la chica tener un cabello tan espeso si se lo arrancaba de aquella manera cuando estaba angustiada. Los perros guardianes de Lambert no se habían separado de ella ni un segundo desde el entierro, pero no había visto a nadie, ni siquiera a Margit. Nada de hombres, ni siquiera en plan de amistad. Nadie de su edad podía ser tan asocial. Retornaba bolsas enteras de botellas vacías a la tienda, pero a todas luces bebía sola. Alvar sospechaba que el intermediario se había escondido y que Norma trataba de pasar desapercibida. Sin embargo, no había ningún indicio de que Norma estuviera al tanto de los negocios de su madre.

Marion abrió el armario de Anita y se hizo a un lado. La chica se acercó, pero no hizo el ademán de querer coger nada de lo que había dentro. Vista

desde atrás, tenía un aire frágil, con ese turbante enrollado de forma complicada con el pelo. No llevaba el cabello teñido, por lo que probablemente no le entusiasmase la idea de recibir una sesión de tinte gratuita: Marion no podía ofrecerle ni tan solo eso a cambio de hablar y, la verdad, no se le ocurría nada que decirle. A todas luces, la chica no había venido aquí a negociar, ni a preguntar por el destino de su madre, ni a conversar sobre pedidos de cabello. A lo mejor se había creído que había sido un suicidio, pero entonces ¿por qué no le preguntaba sobre el estado mental de Anita en sus últimos días? Eso es lo que Marion habría hecho en su lugar.

De pronto se le ocurrió algo: se acercó a la chica y la abrazó. Algunas clientas venían a la peluquería solo porque deseaban que alguien las tocara o les masajeara la cabeza. Ponían cara de niña desamparada, y esa era justamente la expresión que había visto en el rostro de la chica momentos antes.

—Voy a prepararnos un chocolate caliente con un chorrito de algo más fuerte —dijo Marion.

La chica apoyó la mejilla en el hombro de Marion. Las gafas de sol se le habían caído al suelo. La clienta se asomó a la puerta y, cuando vio la situación, volvió al patio trasero con varias revistas femeninas bajo el brazo. Marion llevó a la chica hasta el sofá para que se sentara.

—¿Qué tal el trabajo? Anita me dijo que estabas en un momento difícil.

—Tan difícil que ya no tengo trabajo.

Había hablado: era un progreso. Marion encendió el hervidor de agua y señaló con la cabeza la silla de peluquero vacía.

—¿Y si vinieras a ayudarme de vez en cuando hasta que encuentres otra cosa? Se acerca la temporada de bodas y francamente estoy agobiada, no tengo tiempo ni de atender las llamadas.

El teléfono sonó como para subrayar lo que acababa de decir.

—Yo no soy peluquera.

—Cualquiera puede ocuparse de contestar al teléfono y apuntar las citas. ¡Tenías que haber visto trabajar a Anita! Le encantaba todo esto. —Cogió una barra de pegamento de queratina—. Con esta varita mágica hacemos los sueños realidad: somos sacerdotisas, comadronas, terapeutas,

médicas, realizamos ritos de paso, envolvemos a las mujeres en papel de aluminio, en toallas, en capas, lavamos la vida pasada y las enviamos hacia una nueva. De nosotras depende que sus vidas cambien. Y está claro que las mujeres están dispuestas a pagar lo que sea por tener un cabello hermoso... —dijo, y la mirada errante de la chica se detuvo por un momento—. En los últimos años el negocio del cabello se ha convertido en una locura, ¿Anita no te lo contó? Y eso que aquí las cosas no son tan salvajes como en Sudamérica: en Colombia, secuestran a las chicas para robarles el pelo, igual que en muchos lugares de Venezuela. Allí se tapan el cabello en los lugares públicos para no incitar a alguien a tratar de quitárselo. —Marion acompañaba sus palabras con un gesto con la navaja de afeitar. La chica se estremeció, pero no respondió a la mirada inquisitiva de la peluquera—. Pregúntale a cualquier peluquera: el volumen de negocio es como el de los plátanos. En Estados Unidos ha habido una oleada de robos en lugares donde se almacena cabello. Una conocida de Atlanta perdió todo su stock de golpe en uno de estos robos. Los ladrones dejaron las televisiones de plasma y el dinero: solo querían el cabello *remy* virgen.

La chica miraba a Marion con un gesto de incredulidad.

—Para no ponerse en peligro hay que tratar solamente con gente de confianza. En fin, piénsatelo con calma: hay excelentes posibilidades de hacer carrera.

Cuando Marion se fue a seguir colocándole las extensiones a su clienta, Norma echó más ron en su taza de chocolate y se buscó en el bolsillo las pastillas para el mareo. El olor de su propio pelo cortado se le había echado encima ya en las escaleras, y había restos de sus rizos por todas partes: detrás de los zócalos de madera de las paredes, en las ruedas del carrito de utensilios, en la caja llena de horquillas. Distinguió los olores de los últimos seis meses de su vida: sus amantes ocasionales, la resaca del Primero de Mayo y las alteraciones en la estructura capilar provocadas por la absorción de los complementos nutricionales. El mal ambiente en su trabajo había perjudicado su cabello, pero a partir de marzo apenas podía percibirse. Su madre había sido hábil. Norma se había convertido en el equivalente a la

mejor gallina Leghorn: los cambios en la alimentación habían conseguido un producto capilar perfecto.

Esperó de pie sobre el frío suelo de azulejo a que las pastillas hicieran efecto; entretanto, añadió otro chorro de ron a su taza. Podía oler el rastro de Lambert por toda la peluquería. Marion no había hablado en absoluto de él, pero Norma habría notado si estuviera esquivando el tema: el olor de esa clase de renuencia se parecía mucho al de la mentira. En el abrazo de Marion había percibido tristeza y añoranza; en su pelo, insomnio, vino y mala alimentación. Tenía toda clase de olores capilares adheridos a la piel y a la ropa, y la mezcla resultaba repugnante, como era de esperar. Su nivel de estrés era elevadísimo, pero de ningún modo hacía pensar en la locura: nada parecía indicar que su inestabilidad fuese del mismo tipo que la de Helena.

El armario de su madre estaba lleno de chismes inútiles: llaves de repuesto de su piso y del de Norma, un cepillo de dientes, pintalabios, un montón de tarjetas de clientes, imperdibles, un espray de pimienta, dos pares de zapatos de trabajo, una bufanda y una chaqueta. El cepillo hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas: la última comida con cordero y *garam masala*, las almendras, los albaricoques... Norma luchó por sacudirse la nostalgia. Los complementos nutricionales que había en el fondo del armario irían a la basura: sus días como cerdito de engorde de su madre habían terminado.

Se resistió a abrir las cajoneras que había al lado del armario: ya sabía lo que encontraría dentro. Con extensiones hechas a partir de esos mechones de su pelo, distintas mujeres viajarían con sus prometidos, subirían al altar, se encontrarían con sus maridos o sus amantes, asistirían con los padres de sus hijos a celebraciones familiares y fiestas varias, tomarían el fresco a la orilla del lago, entre los abedules; darían volumen a sus peinados y pensarían, durante las conversaciones alrededor de la hoguera: «Al menos mi pelo está bien». En las noches de San Juan, muchos caerían bajo el hechizo de sus cabelleras y ellas vivirían momentos mágicos; nacerían nuevos amores y niños concebidos en la noche de San Juan; cuando nadaran bajo el sol de medianoche, su pelo se abriría por la superficie del lago como un abanico. Con los cabellos de Norma, aquellas mujeres obtendrían todo lo que ella no conseguiría jamás. En cualquier

momento habría podido cruzarse con una de esas mujeres, incluso cerca de su propia casa. Puede que ya lo hubiera hecho, pero a la distancia suficiente como para que no pudiera oler su propio cabello en la cabeza de una persona extraña. ¿Por qué su madre había corrido un riesgo semejante?

De pronto, cobró sentido el repentino entusiasmo de su madre por tener un piso nuevo. A Norma le había sorprendido el frenesí con el que, desde febrero, su madre se había puesto a leer los anuncios y a visitar pisos. A ella no le había gustado la idea y, de hecho, cuando su madre se lo dijo tuvieron una pequeña discusión. Ella estaba a gusto en Kallio, un barrio lleno de contrastes donde era posible el anonimato y nadie fisgoneaba por las esquinas. Quizá la peluquería de Marion estuviera allí precisamente por eso. De pronto se dio cuenta de que su madre no tendría comprobantes del origen de las mercancías a menos que los fabricara ella misma.

Al otro extremo de la peluquería, una clienta se miraba en el espejo con gesto de profesional. Cada parte de su cuerpo gritaba *fitness*, dieta estricta y permanente y obsesión con los productos proteicos.

Los paquetes vacíos de Great Lengths estaban tirados encima del carrito de los utensilios.

—¡Para la próxima vez me reservas esos ucranianos!

—Eres la primera en la lista —aseguró Marion.

—Los necesito para las competiciones: he oído que no se enredan nada.

Marion fue a la trastienda a buscar los productos para el tratamiento de la clienta y se topó con Norma.

—Esos ucranianos han hecho que las clientas se vuelvan locas —dijo señalando las cajoneras—. ¿Qué demonios comen en el Este? Las mujeres de los países ricos se estropean el cabello comiendo comida procesada y luego derrochan enormes sumas de dinero en todo tipo de tratamientos, mientras que las campesinas rumanas se lavan la cabeza con jabón y si acaso utilizan algunas hierbas, pero comen tomates directamente de la planta. No es de extrañar que el producto rumano esté en auge. Y aun así, los ucranianos juegan en otra liga.

Alvar le entregó a Marion un teléfono de prepago y una lista de clientas potenciales. Luego se concentró en la pantalla del ordenador de la empresa. Aparentemente, no tenía intenciones de marcharse. Era evidente que desconfiaba de ella: se notaba en el doble control de la contabilidad de la peluquería, en su constante verificación de la agenda, etcétera. Aparentemente, ya no le permitirían llamar a las clientas de la agencia estando sola. Si no había cámaras, era solo porque Marion las había encontrado y arrancado. La culpable había sido Albiino, la técnica de pestañas de la peluquería, y no Marion; sin embargo, ella y su peluquería estaban siendo examinadas con lupa.

—Toma —dijo Alvar y le pasó una lista por encima del monitor—. Es de Lasse.

Marion fingió leerla y luego asintió con la cabeza: era una lista de enfermeras de todas las especialidades. Las listas de clientas potenciales de Kristian, por ejemplo, solían ser un desastre, pero Lasse, a quien Marion estimaba particularmente, era un activista del derecho al matrimonio de las personas del mismo sexo que trabajaba por pura vocación, de modo que facilitaba el trabajo de los demás haciendo él mismo una preselección. Se habían enviado folletos de la agencia a los quince nombres de la lista y siete de ellos habían respondido dejando una solicitud de contacto. Marion se centraría en las finlandesas; dejaría al resto para otra ocasión. Si consiguiera captar a tres, Lambert estaría satisfecho.

—¿Cómo te fue con la Mujer Down? —le preguntó Alvar.

Marion había olvidado completamente a aquella señora.

—Andas muy distraída, ¡llámala ahora mismo!

—¿Y por qué no puede encargarse Alla? Ella estuvo en Leópolis —respondió Marion.

Alla y Marion habían viajado a Leópolis con la clienta a la que llamaban la Mujer Down para conocer a diversas chicas que había seleccionado en un catálogo de candidatas a vientres de alquiler. Antes del encuentro, las vistieron y llevaron a la peluquería para que sus cabellos tuvieran un brillo saludable y un aspecto susceptible de inspirar confianza a una mujer occidental. La especialista en manicura les quitó las uñas rosas artificiales; ya lo había hecho antes de grabar los vídeos de presentación para el catálogo, pero las chicas de Donetsk habían vuelto a ponérselas enseguida.

La visita había ido bien, aunque a juzgar por su expresión, la Mujer Down se había dado cuenta de que la fachada y el interior de la clínica no se correspondían con la imagen que aparecía en la página web y los folletos. Sin embargo, Marion ya había reparado antes en su debilidad por los dulces: por eso había elegido hacer el viaje durante el Festival del Chocolate de Leópolis; por la tarde, la Mujer Down ya se había sumergido en el ambiente de la ciudad, dulce promesa de una nueva vida.

El número, ya marcado, brillaba en la pantalla, pero Marion no se veía capaz de coger el auricular que le entregaba Alvar: estaba aterrorizada. Cuando el primer bebé nació y descubrieron que tenía síndrome de Down, la clienta se había negado a aceptarlo: había bombardeado a la agencia con sus lágrimas, sus insultos; les había amenazado con denunciarlos a las autoridades y llevarlos a la quiebra. Finalmente, Lambert había dado muestras de misericordia prometiéndole una pequeña rebaja en el precio, pero la tía era complicada y parecía tener nuevas exigencias que Marion no se atrevía a transmitirle a Lambert, no en medio de aquella situación.

Alvar dejó el teléfono sobre la mesa y volvió a poner la lista de Lasse en las manos de Marion.

—Muy bien: yo me encargo de la Mujer Down, pero tú llama a las de la lista —le dijo.

Marion bebió agua ruidosamente y marcó el primer número. Lasse había escrito una pequeña descripción debajo del nombre: «Mujer soltera, de treinta y cinco años. De Lahti. Lleva buscando un vientre de alquiler en páginas internacionales desde hace un año. Es la jefa de ventas de una empresa de exportaciones y se ha sometido a varios tratamientos de

fertilidad sin resultado. Sus referencias bancarias son intachables y tiene una vivienda en propiedad. No está en condiciones de adoptar a causa de una condena suspendida por maltrato y difamación».

Cuando la mujer respondió, Marion no consiguió articular una sola palabra. Al tercer «hola», Alvar le quitó el teléfono de las manos y dijo con una seductora voz de vendedor:

—Buenas tardes. Soy Alvar Lambert, de la agencia La Fuente, ¿ha tenido tiempo de leer nuestro folleto?

Marion se quedó mirando fijamente el patio, adonde las chicas del salón de manicura habían ido a tirar la basura; sin clasificar, como siempre. Anita había puesto letreros en los contenedores y había llevado a la peluquería distintos cubos de reciclaje para clasificar la basura. Eso había hecho reír a Lambert, pero su risa se había cortado en seco cuando Anita le hizo notar que era innecesario llamar la atención por una tontería como una basura sin clasificar.

Alvar se despidió de la forma más cálida posible. Le dijo a la mujer que la esperaban en la peluquería y le aseguró que iría guapísima a ese bautizo. Colgó de golpe y se encaró con Marion.

—¿Qué cojones te pasa?

—¡No se lo cuentes a Lambert! —rogó Marion.

—Lo estás poniendo todo en peligro.

—¡Hago lo que puedo!

—Pero eso no es suficiente.

Alvar tenía paciencia con ella porque era su hermana; no sería así con Lambert. Marion podía estar agradecida de que no la hubieran enviado ya a Vietnam, Tailandia, Nigeria o Colombia, donde sufriría un «inesperado» accidente.

—¿Necesitas vacaciones?

Marion negó con la cabeza.

—Has conseguido que la hija de Anita acepte trabajar aquí. Ha sido un buen comienzo, pero nada más.

—Necesito más tiempo.

—El plazo está por terminar.

Marion miró fijamente el nombre Rizos Mágicos escrito en el cristal de la ventana. Esa era la primera peluquería que había conseguido dirigir. Vendrían otras muchas, solo tenía que aguantar, que encontrar una solución. Los primeros días después de la muerte de Anita había esperado que las campanillas de viento volvieran a tintinear como antes, que Anita entrara inundándolo todo con el aroma a limón de su perfume y le indicara el siguiente paso. Ya no la esperaba, aunque de vez en cuando le parecía atisbar una figura familiar al otro lado del escaparate. «Hay que levantarse y seguir adelante»: eso es lo que diría Anita. Hacia delante. Prioridades. Había que continuar, no podía tirar la toalla. Una bici con remolque tripulada por un par de gemelos pasó rauda por delante de la ventana, un jubilado del edificio de enfrente dio un trago a su cerveza, una pareja pasó haciendo *jogging*, un grupo de jóvenes que se había reunido a beber alcohol ruidosamente y un par de clientas entró en el salón de manicura todavía abierto. Marion cogió el auricular y marcó el siguiente número. Las mujeres resultaban más confiables a la hora de promocionar esa clase de productos, por eso Marion hacía la mayor parte de las llamadas nacionales. Su finés era perfecto y estaba acostumbrada a tranquilizar a sus interlocutores. Las clientas confiaban en ella, tanto las de la peluquería como las de la otra empresa.

Tras una llamada de cinco minutos, la pareja de Vantaa se mostró dispuesta a dejar en sus manos su futuro como familia y, por un momento, Marion se sintió alegre. Seguía siendo buena en esto, después de todo. Dos más, Lambert estaría satisfecho y Marion se atrevería a ir a casa de Lasse. Después de la muerte de Anita, tenía mucho cuidado de a dónde iba y con qué frecuencia. Había que extremar precauciones. Le quedaba un día y no creía que fuera suficiente.

Norma caminó desde la peluquería hasta la terraza del Hilpeä Hauki. Pidió un vaso de vino grande. La perorata de Marion sobre el negocio del cabello le parecía casi surrealista. Claro que había notado que el negocio del cabello crecía: para no ir más lejos, solo en su barrio habían aparecido cierto Salón Cabello de Ángel especializado en extensiones a lo afro y, a su lado, una empresa de importación de pelo; eso sin contar Rizos Mágicos. Siempre procuraba desviar la vista al pasar por delante, pero no había podido evitar leer en el escaparate:

VIRGIN HAIR DONORS!
OUR AGENTS FIND THE BEST VIRGIN HAIR
DONORS OF THE WORLD.
ALSO CAUCASIAN DONORS!
BE LIKE BEYONCÉ.

Cuando su madre le había hablado de su nuevo trabajo, Norma se había levantado furiosa y, tras dar un portazo, se había dirigido al mismo bar a pedir el mismo vino: su día a día estaba tan saturado de problemas relacionados con el cabello que la noticia le había parecido atroz. «¿No has tenido suficiente de este infierno?», le había dicho. Mientras miraba por la ventana la oscuridad invernal, había intentado disolver en alcohol la imagen de su madre llegando de la peluquería a diario rodeada de una nube de contaminación. Imaginó mujeres con un miedo enfermizo a quedarse calvas; vio caspa, sarpullidos, dermatitis seborreicas, hongos, tiña; vio la mortalidad humana disimulada con colorantes, queratina y otros muchos tratamientos; percibió en su nariz los aromas de esa vida artificial, y cuando estuvo lo suficientemente borracha le envió un mensaje a su madre suplicándole que se duchara antes de entrar en casa. Ahora tenía que admitir

que quizá había algo de celos en su reacción: hasta entonces, las habilidades de su madre se habían volcado exclusivamente en su pelo.

Aceptar la oferta de Marion era el único modo de aclarar lo que había ocurrido. Tal como había intentado reconstruir los últimos momentos de su madre en la estación del metro, reconstruiría sus últimos meses en la peluquería. Eso tenía que conducirla necesariamente a alguna parte: si no encontraba justificación para lo que había hecho su madre, al menos podría comprender mejor su traición.

Echó un vistazo a su bolso y Eva asintió con la cabeza.

OceanofPDF.com

QUINTA PARTE

OceanofPDF.com

Esta primavera he visto muchísimas muestras de lo que algunos hombres estarían dispuestos a hacer con alguien como tú, y el mundo lleno de gente así. No lo habría soportado de no ser por Eva. Solo con ella he podido hablarlo, con nadie más.

OceanofPDF.com

Norma se fue a trabajar a la misma hora a la que solía hacerlo su madre, fue por el mismo lado de la calle, pasó por delante del mismo Salón Cabello de Ángel, del mismo local de comida callejera, de los mismos bares y centros de masaje. De camino al trabajo, vio los mismos andamios, la misma pandilla brindando y bebiendo en plena calle, los mismos negocios de tatuajes, las mismas sex shops, el mismo centro de apoyo a exconvictos, y al pasar por el mismo restaurante chino distinguió, como lo habría hecho su madre, el letrero RIZOS MÁGICOS escrito con tipografía anticuada en el escaparate de la peluquería. En general, el escaparate no tenía mucha gracia, aunque se integraba bien en su entorno; al fin y al cabo, las luces de Navidad brillaban todo el año en los centros de masaje y los salones de manicura prometían «hacer de ti una estrella». La ricitos de oro dibujada en la esquina superior derecha le recordó un bote de champú de los años ochenta. No era una peluquería a la que su madre hubiera querido ir como clienta; sin embargo, acudía cada mañana con entusiasmo, siempre puntual. Norma intentó emular la energía de su madre al entrar por la puerta. A pesar del cansancio que delataban sus ojeras, Marion la saludó alegremente y le pidió que sacara al patio las sillas Venecia de plástico. Ella tenía que salir, volvería por la tarde.

* * *

Cuando Marion se fue, Norma se sentó un momento al sol y respiró profundamente. No tenía puestos los parches de escopolamina, que la atontaban. Si se encontrara muy mal, se tomaría un par de pastillas. La angustiaba el almacén de pelo auténtico, pese a que los productos químicos ya habían destruido casi todo lo que su cerebro habría podido interpretar, y también la proximidad del mes de julio: en verano hacía más calor y cuanto

más transpirase la gente más notaría ella sus carencias vitamínicas y trastornos hormonales, por no hablar de las nubes negras. Su primer trabajo, como dependienta en una tienda de ropa en el centro comercial Itäkeskus, lo había perdido precisamente en una ola de calor: un buen día había percibido que cierta clienta que estaba en el probador moriría en los próximos seis meses. No había nada que hacer, habría sido inútil ir al médico. Después de meter la cabeza entre las cortinas del probador y comprobar que la mujer era, toda ella, una nube negra, había sido incapaz de reprimir el vómito. No sabía cómo se las apañaría si ese tipo de clientas fueran a la peluquería.

El timbre del teléfono fijo la obligó a volver a entrar. La mujer que balbuceaba en el auricular quería solucionar su problema antes de irse a su cabaña de veraneo, era una situación de emergencia: tenía tantos nudos en el pelo que no podía dormir.

—Anita me dijo que debería probar los ucranianos, ¿qué opinas? ¿Debería cambiar?

Era una clienta de su madre. Marion no le había dado instrucciones sobre cómo responder esa clase de preguntas. Buscó el número del móvil personal de Marion en su propio teléfono; era para situaciones de emergencia, y solo para ella, para las clientas no, bajo ningún concepto. Las mujeres con emergencias capilares llamaban a cualquier hora; muchas no desistían hasta obtener una respuesta, y la mujer del pelo enredado pertenecía justamente a ese grupo. Norma tendría que solucionar el problema sola y demostrarle a Marion que podía hacerlo.

—Hola de nuevo. Creo que se ha cortado la llamada.

—Sí, sí, disculpe —dijo Norma—. Creo que el cabello ucraniano podría ser adecuado para usted. Cabello *remy* virgen de la mejor calidad.

Cuando colgó, se quedó de pie, inmóvil. Las palabras habían brotado de sus labios sin esfuerzo. No sintió ninguna presión bajo el turbante, atado flojamente, ni en los cabellos que asomaban aquí y allá. ¿Se las apañaría igual de bien con la próxima clienta de su madre? ¿Y si alguna empezaba a hacerle preguntas sobre Anita? Entre la clientela habría, sin duda, las típicas aves de mal agüero que se alimentaban de las tragedias ajenas rumiando sus

especulaciones con la misma obsesión con que las personas que quieren bajar de peso intentan masticar más rato los alimentos. Sin embargo, la peluquería era un oasis de sueños, no de angustia. Decidió que si alguien preguntaba diría que Anita se había despedido y se había mudado al extranjero.

OceanofPDF.com

La flor olía como un tulipán, pero no lo era, y la ropa apestaba a sótano húmedo. Marion abrió los ojos. La funda de la almohada estaba empapada en sudor y apestaba como la maleta de Cartagena, como una toalla mojada olvidada en un rincón. Aun así, se durmió de nuevo y volvió al borde de la piscina al lado de Albiino. Esta le quitó una ramita que se le había enredado en el pelo y la animó a relajarse y pedir un margarita. Por la noche lo celebrarían...

Albiino no había sabido entonces que aquel era el último día de su vida, y Marion, ahora mismo, tampoco podía saber si el día que tenía por delante iba a ser fatal para ella: ya había pasado una semana.

Mientras se levantaba de la cama, se repetía que no podían hacerle lo mismo; ni siquiera Lambert podía llegar a ese extremo. Aunque, mientras miraba gotear el café, tuvo que reconocer que Lambert, precisamente, podía. Se tapó los oídos: las ranas de Cartagena no dejaban de croar. Ese sonido ya no se marcharía, la acompañaría siempre.

Marion no valía más que Albiino. Al contrario, era vieja, mientras que Albiino era joven. A ella no se la llevarían de Colombia a Maracaibo, donde los ladrones de cabello ofrecían servicios varios, ni a Cancún, donde la esperaba una flota de médicos. A ella seguramente la tirarían al mar, sin más.

* * *

Cuando Alla y ella regresaron al hotel, los empleados, de impolutos trajes blancos, seguían yendo y viniendo por los pasillos igual que antes, pero delante de la puerta de la habitación de Albiino había un carrito de limpieza. Marion había pasado de largo como si nada, ni siquiera había aminorado el paso; se había apresurado a regresar a su habitación, húmeda y fría como una tumba. El piso de Albiino en Helsinki había sido vaciado

de inmediato y un nuevo inquilino se había mudado un mes después. ¿Pasaría lo mismo con su piso? ¿Quién lo limpiaría? ¿Quién empaquetaría sus cosas? ¿Llamarían a las clientas y cancelarían las citas o simplemente buscarían a alguien que continuase con la peluquería? No tenía ni idea de a quién se había encargado que fuera a casa de Anita a recoger su ropa de trabajo: el clan quería que su presa pudiera verla a través del aparador y no desconfiara, y ella solo llevaba consigo ropa apropiada para el clima de Tailandia. Quizá esa misma persona, probablemente uno de los perros guardianes de Lambert, había dejado en casa de Anita su maleta y también su teléfono móvil, como si ella se lo hubiera olvidado allí. Seguro que Alvar no había sido: costaba imaginar que hubiera querido ser visto por los alrededores de la casa de Anita en esa fase, aunque sí se había encargado de enviarle un mensaje a la chica desde el móvil de su madre, de modo que no se extrañase de que desapareciera justo después del viaje. Pretendía ganar tiempo. Luego se había arrepentido del texto, que no parecía de una mujer que estuviera considerando el suicidio; sin embargo, en el momento en que lo escribió el clan creía que Anita había entrado en razón y había aceptado colaborar. Después, todo había cambiado tan rápido que ni siquiera habían podido inventarse una nota de suicidio. El caso es que con Marion no cometerían el mismo error. En su caso, todo sería más fácil: una referencia a Helena bastaría para que nadie sospechara nada.

Mientras se ponía rímel y se vestía, no dejaba de mirar el teléfono. De vez en cuando echaba un vistazo a la calle, igual que aquella tarde en Cartagena, mientras esperaba ansiosa la llamada de Alvar. Aquella vez, al volver al hotel sin Albiino, le hubiera gustado oír una voz conocida, una voz que le dijera que todo estaba bien, pero Alvar no solo no había llamado, sino que ni siquiera había contestado sus llamadas. Había pasado la noche en vela, entre constantes cortes de luz, escuchando el croar de las ranas, el viento que agitaba las palmeras y el agua que goteaba del aparato del aire acondicionado. Al regresar a Finlandia, Alvar solo había preguntado si les había dado tiempo a ir a Cancún.

Cuando salió al pasillo, aguzó el oído por si escuchaba algo raro. Bajó las escaleras pensando en que alguno de los perros guardianes de Lambert la abordaría en la calle. A Anita la habían sorprendido cuando cruzaba la

puerta de llegadas del aeropuerto, a plena luz del día, y lo mismo podía pasarle a ella justo cuando menos se lo esperase, al salir de una sesión de prueba de peinado acompañada de la feliz novia o en cualquier otro momento parecido. Los Lambert eran puntuales: dentro de una semana exactamente, la obligarían a irse de viaje. A Albiino la habían avisado un mes antes, un mes en que la habían vigilado día tras día. A ella le habían dado solo una semana.

No había nadie en la puerta del edificio. No parecía haber perros guardianes de Lambert en la esquina, ni coches sospechosos en el aparcamiento. De camino a la peluquería, sentía que el asfalto se balanceaba bajo sus pies como si la calle fuese la cubierta de un barco. Tenía las piernas agarrotadas, pero no sucedió nada extraño. Una hora después, Alvar fue a recogerla para una cita que había acordado con una clienta y escogió el camino más largo.

—¿Tenías prisa? —preguntó su hermano delante del hotel Palace.

—No, ninguna —respondió Marion sonriendo.

En el ascensor, volvió a ser ella misma: nadie vendría a arrastrarla a unas vacaciones en medio de una reunión con una clienta. Quizá el castigo de Lambert fuera ese: dejar que se imaginase todo tipo de cosas.

OceanofPDF.com

En el ascensor, Norma empezó a sentir picores en la cabeza, y cuando entró en casa y se arrancó el turbante descubrió que sus cabellos se estaban convirtiendo en sinuosos tentáculos. Dijo que sí en voz alta: sí, se había fijado en ese pelo que había en el felpudo de la puerta. Pertenecía a uno de los obreros que estaban trabajando en la escalera reparando las ventanas, no tenía nada de particular. Necesitaba ayuda con sus problemas reales, no con los imaginarios. Lanzó el pañuelo al cesto de la ropa sucia con todas sus fuerzas. Se oyó gritar y se tapó la boca. Ella no se comportaba así: no les hablaba a sus cabellos. Los nervios la estaban traicionando.

Los rizos se le alisaron mientras bebía un vaso de vino. Se sirvió un segundo esperando a que se aflojaran lo suficiente para poder coger las tijeras. Le pesaba la cabeza. A lo largo del día le habían salido todavía más canas de lo normal, sin duda por culpa de la peluquería.

Su madre se había alarmado cuando le descubrió la primera cana: el color gris llamaría la atención en la cabeza de una joven. De nada serviría teñirlo: las raíces se verían enseguida. Sería imposible ocultar la anomalía. Ella había consolado a su madre: le había dicho que las canas desaparecerían cuando acabaran las negociaciones del acuerdo con el Ministerio y la angustia que implicaban, pero en el fondo las consideraba un signo de envejecimiento prematuro, un problema común entre los fenómenos como ella. Por eso su casa estaba preparada para que ni la policía ni los equipos de emergencia encontraran la menor prueba de su condición. Precavida, había llevado los vídeos de su madre y las cajas de cabello al trastero.

Mientras miraba fijamente la bola de pelos dentro del cubo de la basura, se dio cuenta de que las primeras canas habían aparecido justo cuando su madre había empezado a trabajar en Rizos Mágicos. ¿Y si el motivo no habían sido las negociaciones con el Ministerio, ni su estilo de vida poco

saludable, sino la traición de su madre? ¿Y si sus cabellos habían intentado avisarla? ¿Y si simplemente no querían decorar las cabezas de desconocidos?

Fue al ordenador. Gracias a su madre lo sabía todo sobre cómo teñir los cabellos blancos, pero quiso repasar toda la información que tenía al respecto: las conocidas virtudes del té verde y el ajo para prevenirlas; las del jengibre, que los indios masajeaban sobre el cuero cabelludo; la importancia de una alimentación rica en manganeso, calcio, ácido fólico y cobre.

Leyó aquellos consejos como si fueran un mantra, como si, a fuerza de repetirlos, pudiera tranquilizarse y ver el problema en su justa dimensión. Quizá se le había escapado alguna pista entre líneas, algún truco. Pero el mantra tampoco la tranquilizó. No podría estar mucho tiempo en la peluquería.

Probablemente eso mismo había pensado su madre al ver aparecer las canas y disminuir el flujo de dinero, de ahí su alarma.

OceanofPDF.com

Pese al calor, aquella pareja proveniente de Espoo cogía sus tazas de café entre las manos como si tuvieran los dedos helados. Habían escogido el salón privado del hotel Palace pensando precisamente en esa clase de clientes, gente que se dejaba seducir por la decoración blanquiazul —los colores nacionales de Finlandia—, las vistas al mar y un toque de modernismo finlandés. Sin embargo, aquellos dos no miraban el paisaje, sino la pared blanca. Parecían muy nerviosos y habían llegado mucho antes de la hora acordada. Era común.

—Alvar no tardará —dijo Marion con voz tranquilizadora, aunque dándose cuenta de que tenía los nudillos blancos de tanto apretar los puños. Escondió las manos en el regazo: las clientas tenían tendencia a exagerar a la hora de interpretar las señales y la mera visión de un kleenex podía desencadenar una cascada de lágrimas. Entonces se dio cuenta de que había dejado el bolso abierto y un gran paquete de pañuelos de papel a la vista. Lo empujó disimuladamente al fondo. Esta vez no había motivo para llorar; de hecho, tenía que ser la reunión más fácil de la semana: la inseminación artificial había funcionado a la primera. Al escuchar la noticia, los clientes bromearon diciendo que habían previsto pagar al menos diez inseminaciones antes de tener éxito porque habían oído todo tipo de rumores sobre agencias fraudulentas. Los sorprendía la rapidez con que el asunto se estaba resolviendo, al igual que el precio: treinta mil dólares era poca cosa por cumplir el sueño de su vida. El hombre añadió, entre risas, que su barco era mucho más caro.

Marion había conseguido reunirse con cuatro parejas antes de que venciera el plazo que le había dado el clan. Esta era la quinta. La incertidumbre no había desaparecido por completo, pero los acúfenos en forma de ranas habían disminuido de volumen y ella había recobrado la esperanza. Norma estaba trabajando en la peluquería y poco a poco iban

haciéndose amigas: era un buen comienzo. Mientras observaba a la pareja de Espoo, no pudo evitar pensar que la mujer representaba justamente la clase de clientas que Anita y ella habían deseado para su nueva peluquería. Nunca se retrasaría, no pediría pagos a plazos, jamás descubriría que su tarjeta «había desaparecido» en el momento de pagar. Su cabello, corto y liso, mostraba unos mechones rubios ejecutados por manos expertas, pero era indiscutiblemente suyo, al igual que las pestañas y las uñas. Al principio, le sonaría extraña la idea de las extensiones de cabello, así que Marion tendría que adivinar a qué actriz, cantante o modelo consideraba bella y envidiable. La clienta se sorprendería al escuchar que esa mujer a la que tanto admiraba estaba enganchada a las extensiones. Se negaría a creerlo. Por eso, Marion le ofrecería primero aumentar solo un poco el volumen de su cabello: tendría un aspecto perfectamente natural, nadie notaría que no lo era. Visita tras visita, iría atreviéndose a más. (Por suerte, con las jóvenes todo era coser y cantar: el cabello de Beyoncé, Rihanna o Victoria Beckham, que un día era corto y al siguiente largo, había hecho su trabajo. En Finlandia, *Gran Hermano* había ejercido una enorme influencia: el público miraba todos los días a chicas que se quitaban el pelo al irse a dormir y volvían a ponérselo por la mañana; era lógico pensar que pronto lo haría todo el mundo). Después de algún tiempo, la clienta se cansaría de las extensiones de mala calidad y de los continuos retoques que requerían, y entonces buscaría una solución a largo plazo.

Alvar entró por la puerta a las dos en punto, y los clientes volvieron la cabeza al oírlo entrar. Sonrieron cuando les mostró la ecografía. Marion miró el reloj. Dos minutos después, Alvar abriría el ordenador portátil y les mostraría un vídeo de la clínica a los futuros padres. A continuación, hablarían por videollamada con la embarazada, acompañada de una intérprete, después de lo cual se repasarían las cuestiones legales y el calendario de los viajes. Este tipo de parejas eran las mejores: ellos mismos habían empezado ya a construir la historia del origen de su futuro hijo: les habían contado a sus conocidos que la mujer estaba haciéndose un tratamiento de fertilidad. Las visitas a Georgia pasarían por vacaciones o

viajes de negocios del marido a los que ella lo acompañaría. Seis meses después, un día cualquiera volverían a Finlandia con un hijo nacido casualmente fuera del país. Gracias a la sencilla legislación de Georgia, en la partida de nacimiento del bebé figurarían sus nombres. Pero el clan no solo había escogido aquel país por sus leyes, también porque los finlandeses apenas habían oído hablar de él, así que nadie relacionaría el nacimiento inesperado del hijo de una pareja con problemas de fertilidad y la temporada en Tiflis con el turismo de vientres de alquiler. Olvidada la guerra de Georgia y otros disturbios parecidos en aquellas latitudes, a nadie se le ocurriría que en el país había muchas mujeres solas con dificultades para mantener a sus familias.

La pareja quiso ver el vídeo otra vez. A continuación, Alvar les entregó el último informe sobre el estado de salud de la mujer que estaba gestando a su hijo, una hoja con la dieta que le habían prescrito y el folleto de opciones de alojamiento en Tiflis por si, llegado el momento, los futuros padres preferían alquilar una vivienda familiar en lugar de hospedarse en un hotel. Alvar no era ningún tonto: cuando la señora lo oyó mencionar una «vivienda familiar», una sonrisa de felicidad apareció en su cara.

—Por supuesto, Marion y yo también estaremos allí: nos interesa asegurarnos de que todo sale según lo previsto. Justo la semana pasada, una familia feliz volvió a Suecia. ¡Ni siquiera tuvieron que solicitar un pasaporte para el bebé en la embajada, viajaron solo con la partida de nacimiento!

Les mostró una foto en la que se veía a una pareja con dos niños en brazos: un recién nacido y otro un par de años mayor.

—El mayor se parece mucho a su padre.

—Pues claro: ¡es su hijo biológico! —dijo Alvar.

La mujer puso cara de alivio: muchas temían, sin una base razonable, que sus niños tuvieran rasgos de la madre de alquiler, el color de la piel o del cabello, la forma de los ojos...

El hombre carraspeó.

—Habíamos pensado en tener también una niña —dijo—: al pequeño le vendría bien una hermanita. ¿Qué les parece? ¿Sería posible?

—Todo es posible hoy en día, pero esa clase de cosas son más seguras en Ucrania. Por suerte, podemos transferir los óvulos y los espermatozoides congelados desde Georgia. Podemos empezar ahora mismo si quieren.

Los futuros padres se miraron. Él parecía entusiasmado; ella, algo dudosa.

—Nos encantará tener también una niña —dijo al fin.

Alvar sacó de su cartera el folleto de Ucrania y se lo tendió al hombre.

—Échenle un ojo a eso y piénsenlo tranquilamente, ya nos comunicarán su decisión. ¿Están listos para una videollamada?

La pareja se acomodó delante del ordenador de Alvar mientras Marion empezaba a organizar mentalmente su viaje a Leópolis. Ucrania era uno de los países en los que el clan estaba más firmemente establecido. La frontera con Rusia estaba abierta, lo que permitía que se comerciara con todo tipo de cosas, vientes incluidos; el papeleo se solucionaba rápidamente, la legislación era bastante laxa y, cuando no lo era, podía solucionarse fácilmente. El país, tan desconocido como Georgia, tampoco producía desconfianza, pese al accidente en la central nuclear de Chernóbil. (Por si acaso, en los folletos se destacaba que las embarazadas se alimentaban exclusivamente con comida importada). Pese a la omnipresencia del alfabeto cirílico, Leópolis tenía un aire europeo.

Cuando la pareja se fue, Alvar se quedó sentado a la mesa haciendo girar su móvil.

—Ha ido bastante bien, ¿no? ¿Te sientes mejor?

Marion asintió pese a que había dormido poco. Lo cierto es que la fecha límite había pasado y ella seguía allí. Continuaba al frente de la peluquería e incluso le habían encargado asuntos de la agencia, cosa que era una victoria en sí misma. Quizá Lambert le había dado más tiempo porque su relación con Norma se estrechaba cada vez más. Anita diría que había que continuar: tenía un objetivo y nada debía detenerla. Ese día volvería a Rizos Mágicos a desenredar los cabellos de las clientas de siempre, pero pronto la clientela sería otra. En el nuevo salón no habría clientas que pasasen las vacaciones haciéndose selfies en bikini sobre el capó del Ferrari de un

desconocido, delante de un yate en Marbella o en la puerta de una tienda de Versace; ninguna aspiraría a juntar en una foto su cara y el logo de alguna marca de lujo como si eso significara algo; no creerían que posar delante del club nocturno preferido de una estrella las convertiría a ellas mismas en estrellas, que las acercaría a Hollywood o a una boda de ensueño con un millonario. Las nuevas clientas serían auténticas triunfadoras. No suspirarían por las tarjetas VIP de los bares de moda como si fueran pases directos a mundos mejores, poblados por la clase de hombres que se codean con gente importante; no imaginarían que de ese modo encontrarían a un príncipe azul. Sabrían que así solo terminarían por toparse con algún chulo, un Lambert en potencia que se aprovecharía todo lo que pudiera de ellas y luego arrojaría sus restos a los cuervos.

Mientras tanto, tendría que seguir aguantando las payasadas de aquellas bobas, poner cara de envidia ante sus móviles ostentosos y sus bolsos de imitación. Tocaba ser paciente y seguir asegurándoles que con su pinta podrían ser modelos o actrices de Hollywood, y que para una prueba fotográfica en *Playboy* bastaban un pelo bonito y unas tetas grandes.

OceanofPDF.com

Cuando el flujo de clientas se interrumpió por un momento, Norma pudo dar rienda suelta a su pánico: hubiera tenido que reservar una parte del cabello ucraniano para las mejores, pero la situación se les había ido de las manos. Había convencido de pedir hora a amas de casa que se quejaban de sus extensiones llenas de nudos, a mujeres con problemas de alopecia, a madres lactantes que lloraban porque se les caía el pelo y a blogueras de moda. Había prometido ucranianos a una compañía de baile camino del estrellato y a una fanática del *fitness* que había quemado toda su grasa. Era buena vendedora, aunque no transmitía la seguridad de su madre porque para ella ese cabello era basura. Sin embargo, sentía la ligera embriaguez del éxito y el turbante ya no le apretaba. ¿Habría sido así de fácil también para su madre? Anita no había sido capaz de ayudar a su hija y eso había dado al traste con su autoestima; aquí, en cambio, había podido ayudar a todo el mundo. Sus manos habían hecho magia con estas princesas de pacotilla. Norma empezaba a comprender el buen humor con que su madre volvía después de un día de trabajo. Ella misma lo sentía ahora. Y así, sin darse cuenta, había comprometido todas las existencias de cabello ucraniano del almacén.

Durante el día entero había estado anotando citas en la agenda a continuación de las de su madre y tenía los dedos adoloridos. A esas alturas podía mirar la letra de su madre como si fuese la de una persona cualquiera y había dejado de leer las citas que esta había apuntado como si fueran obituarios. La letra de su madre aparecía después de Navidad; seguramente, a partir de febrero ya circulaban por las calles de Helsinki mujeres que llevaban sus cabellos. No serían distintas de las que ella misma había atendido hoy. Ninguna le había preguntado de dónde sacaban el pelo, solo querían saber el precio y asegurarse de que era ucraniano.

Hasta que había empezado a trabajar en el salón, Norma se había imaginado que las clientas serían como las madrinas de Plan Internacional, que sabían a quienes iba destinado su dinero y esperaban que los niños les enviaran fotos del colegio y cartas contando cómo les iban los estudios. Pero no. Para estas mujeres, el cabello que llevaban pegado a la cabeza no tenía relación con ninguna persona; no querían saber a quién había pertenecido antes que a ellas y mucho menos pensar que ese cabello había sido testigo de los amores, odios, deseos, llantos y sueños de esa persona; como mucho, estaban preocupadas por los piojos o las enfermedades. Sobre este último asunto, Marion le había dado una explicación que la había dejado consternada: el proceso que garantizaba que ni un solo bicho sobreviviera en el cabello era tan tóxico que obligaba a los trabajadores del taller a utilizar máscaras de protección. Sin embargo, esas mismas mujeres se aseguraban, leyendo a fondo las etiquetas, de hacer sus tortillas con huevos de gallinas criadas en libertad. Norma no comprendía la lógica de ese comportamiento y le habían entrado ganas de reprender a la primera clienta que le había planteado su preocupación por la higiene del cabello. Se lo había tomado como una ofensa personal y había tenido que esforzarse hasta tal punto para mantener el control que lo consideraba todo un triunfo. Ahora, sin embargo, se sentía perfectamente capaz de hacer este trabajo y se las arreglaba para explicar con total fluidez, siguiendo las instrucciones de Marion, que Rizos Mágicos solo compraba material a vendedores que tuvieran las más rigurosas certificaciones de higiene.

Norma ya no se sobresaltaba ante las mujeres que miraban absortas el escaparate de la peluquería. (Marion había expuesto varios mechones ucranianos y las chicas los admiraban mientras se imaginaban triunfando en la discoteca o en las redes sociales). Sus miradas ansiosas habían empezado a agradar a Norma, que contaba cuántas mordían el anzuelo diariamente y se sentía decepcionada si las mironas no se convertían en clientas automáticas. Puede que Elizabeth Siddal, la musa de Rossetti, sintiera lo mismo cuando posaba para tantos artistas que competían por ella. Antes de empezar su carrera como modelo, había trabajado en la tienda de sombreros de Mary Totzer. La señora Totzer quería vendedoras que supieran seducir a

las clientas, y eso era lo que mejor se le daba a Elizabeth, con sus bellos rizos color de cobre.

OceanofPDF.com

Sonó el teléfono de Alvar. Su cara permaneció inexpresiva, pero se apresuró a responder. Se levantó y se quedó de pie delante de la ventana del gabinete. Marion continuó empaquetando cosas y procuró escuchar, pero no consiguió entender sus murmullos. Cuando la conversación terminó, Alvar esbozó una amplia sonrisa: parecía un perro que ha olido el rastro de una liebre y espera el permiso del cazador para atrapar la presa.

—Han encontrado algo en casa de Norma —dijo.

Marion volvió a dejar las carpetas sobre la mesa. Los perros guardianes de Lambert ya habían registrado antes la casa de la chica, pero el trabajo había sido en vano, o al menos eso se imaginaba ella: nunca se lo contaban todo y cuando lo hacían era con segundas intenciones. En este caso, o bien al clan le resultaba indiferente que ella fuera o no creíble a ojos de la chica y que fuera o no capaz de mentirle, o bien habían calculado que la noticia del nuevo registro la pondría nerviosa: las personas nerviosas cometían errores.

—La otra vez no me contaste lo que habían encontrado en el piso.

—Nada importante para este follón.

—¿Cómo pretenden que consiga algún resultado si se me ocultan cosas constantemente?

Marion vio el mar meciéndose tras la ventana del gabinete. Estaba perdida: esa impresión se difundió por sus miembros por capilaridad, como el agua que le había salpicado la manga. Levantó el vaso que había caído. Se había puesto una camisa limpia y planchada por la mañana, pero ahora estaba tan sucia como la nieve derretida. Uno de los perros guardianes de Lambert había hallado algo que ella tendría que haber encontrado primero, en vez de dormirse en sus laureles pensando que registrar la casa de Norma resultaría inútil tras fracasar en la de su madre. Ella misma debería haber cogido a escondidas las llaves de la chica en horas de trabajo e ir a registrar

la vivienda. De hecho habría podido, justo después de la muerte de Anita, coger las llaves de repuesto de la casa de la chica que esta tenía entre sus cosas. Había tenido muchas oportunidades de colocarse un paso por delante de los otros, pero el miedo a que la pillaran había pesado más: temía que la chica volviera a su casa por sorpresa o que echara de menos sus llaves a media mañana o bien que alguno de los perros guardianes de Lambert estuviera dentro justo cuando ella intentara entrar sigilosamente. Era estúpidamente medrosa y estaba metida en asuntos que la superaban.

—El piso tiene muy pocos muebles y todo está muy pulcro. Demasiado, de hecho: la han limpiado a fondo. En los armarios hay lejía y poco más, al contrario que en la casa de Anita. Eso sí: entre otros medicamentos, hay una absurda cantidad de cajas de Scopoderm; escopolamina —dijo Alvar, y Marion sintió como si la golpearan en el estómago—. Como pista para resolver esta catástrofe, esos medicamentos no parecen tener demasiada relevancia, aunque sin duda es una selección bastante curiosa. No creo que los consuma por diversión: si fuera una de esas personas a las que les gusta mezclar toda clase de cosas, su arsenal sería mucho más variado.

—¿El Scopoderm se vende sin receta?

—Sí, es un producto para el mareo, no el «aliento del diablo» que los colombianos extraen del árbol borrachero. Por eso no te lo había contado: pensaba en ti.

No habían hablado de Albiino después de las vacaciones en Cartagena; en realidad, desde aquella reunión en la que se había decidido su destino. Alla se había encargado de poner en marcha el plan y Marion había seguido sus instrucciones. Ni siquiera tenía la certeza de que Albar hubiera estado al corriente de los detalles; ahora sabía que sí. En opinión de Lambert, el «aliento del diablo» era una idea brillante: se trataba de la única sustancia que podía convertir a las personas en zombis prestos a obedecer cualquier orden sin que nadie pudiera notarlo. Cuando, en plena reunión, Albiino había abandonado a medias su margarita para irse tras un desconocido, Marion se había quedado de piedra: a sus ojos, Albiino había salido plenamente consciente y por su propia voluntad...

Pero los medicamentos encontrados en casa de Norma no tenían absolutamente nada que ver con Albiino. Tenía que olvidarse de ella: su

falta de carácter y su incapacidad para olvidar habían hecho que Alvar le ocultara cosas. Su hermano había creído que esa extraña coincidencia bastaría para hacerla pensar que él mismo se había vuelto igual que Lambert, una bestia sádica y traicionera.

—Me imagino que esas pastillas también pueden utilizarse para dejar fuera de combate a alguien: casi cualquier cosa en la cantidad adecuada puede dejarte inconsciente. Pero ¿por qué iba Norma a querer dejar inconsciente a alguien? ¿O Anita, para el caso? ¿Por qué no echar mano de alguna sustancia más común? Porque las hay —añadió Alvar—. ¿Se te ocurre una respuesta? —Marion volvió a llenar su vaso de agua y bebió. El agua tenía un sabor extraño; a sangre: se había mordido la lengua.

—No estás concentrada, y tendrías que estarlo. Por ahora, a Lambert le basta con que hayas creado un vínculo con la chica: todas las opciones han de estar abiertas, todas las trampas preparadas, todos los anzuelos flotando en la superficie; la chica no tardará en morder alguno. Por eso todavía tienes tiempo, aunque sea prestado. Además, hemos hecho un pequeño progreso. Adivina lo que han encontrado en los residuos orgánicos de la chica: medio paquete de pelo largo, ucraniano. La longitud y el color coinciden, y también la calidad.

Las ranas croaban tan fuerte en sus oídos que Marion apenas oía la voz de Alvar. La chica conocía el negocio de Anita; la chica sabía de dónde venía el cabello.

SEXTA PARTE

OceanofPDF.com

Conocimos a Reijo y a Lambert en un baile. Helena bajaba del escenario después de cantar y Lambert se le plantó delante. Ella se sonrojó cuando él le dijo que era una estrella. La trató como a una estrella hasta que nació Marion, entonces aquello se terminó, al igual que sus presentaciones.

OceanofPDF.com

2/3/2013

En Suecia no tuvimos la valentía de dejar la fábrica ni la colonia de inmigrantes finlandeses. Tendríamos que haberlo hecho: fue esa misma falta de valentía lo que nos arrojó a los brazos de Reijo y Lambert. Los dos procedían del mismo municipio rural que nosotras, conocían a los padres de Helena y la casa de Naakka, pero en Finlandia jamás nos habíamos fijado en ellos: eran los dos cachorrillos de un pobre borrachuzo del pueblo. En Suecia, sin embargo, se habían convertido en dos atractivos hombres de negocios listos para conquistar el mundo. Markku incluso se había cambiado el nombre por uno más internacional: Max. El universo se abría a sus pies, y lo haría también para nosotras si nos uníamos a ellos.

Nuestras bodas fueron modestas (como era costumbre en aquella época) y no asistió ningún familiar: nuestros padres no aprobaban a nuestros maridos, del mismo modo que no habían aceptado nuestra decisión de irnos a Suecia. No obstante, para Helena y para mí aquello suponía un gran paso, una forma de alejarnos aún más de Naakka. No sabíamos que los negocios de nuestros flamantes maridos se basaban en asuntos turbios: éramos ingenuas y estábamos enamoradas. Cuando finalmente descubrimos el tipo de cosas en las que andaban metidos, Helena ya era madre de un niño pequeño. Preferimos imaginarnos que Reijo y Lambert habían sucumbido a las malas compañías. Culpábamos a sus amigos estafadores y confiábamos en hacerlos volver al buen camino dándoles una familia. Durante algún tiempo pareció que era posible. Pasados unos años, el segundo hijo de Helena venía ya en camino y Lambert empezó a hablar de volver a Finlandia. Decía que quería darle un nuevo rumbo a su vida y Helena le creyó. Durante un tiempo, se comportó como un padre ejemplar; consiguió una casa en el distrito de Laajasalo, en Helsinki, llevó allí a su familia y les prometió que muy pronto se mudaría con ellos. Reijo hizo lo propio: se propuso convencerme de que no podía ser bueno para los niños crecer en un entorno donde los finlandeses tenían tan mala fama y hablar finés era una vergüenza.

Más tarde me di cuenta de que todo aquello fue un engaño: en realidad, solo les preocupaban sus negocios en Suecia, donde les perseguían los acreedores. Los dos amigos querían hacerse cargo de sus asuntos sin oír las quejas de sus mujeres ni los gritos de los niños: nos habíamos convertido en una carga para ellos.

Helena me animó a ir con ella; parecía contenta con su vida en Helsinki. A mí me pareció buena idea vivir en un entorno tranquilo, sin la presencia del sospechoso círculo de amistades de Reijo y Lambert, así que me planteé visitar un par de casas cuando fuera a verla a Laajasalo. Pero entonces, inesperadamente, anunciaste tu llegada.

4/3/2013

Cuando naciste, tuve claro que debía alejarme de Reijo Ross. Llamé a Helena desde el hospital y me inventé una historia sobre una nueva amante de Reijo. Eso fue suficiente. Helena me llevó dinero, nos acompañó a la estación de tren y prometió no revelar nunca nuestro paradero. Yo no tenía otra opción que la casa de los Naakka, a la que volví sin un céntimo, con un fardo bajo el brazo y sin marido. Mi madre nos recibió diciendo: «¡Anda! ¡Ha vuelto la vergüenza de la familia!».

A lo largo de los años me propuse marcharme muchas veces; incluso ahorré dinero con ese fin, pero una y otra vez me echaba atrás: un lugar aislado, en medio del bosque, era lo más conveniente para nosotras; allí podía criarte a plena luz lejos de las miradas de los curiosos y los impertinentes. Tu abuela, además, con la edad había empezado a bajar la guardia.

Hasta que fuiste al instituto no me atreví a plantearme cambios en serio. Entonces ya eras lo bastante fuerte y pensé que sabrías actuar con precaución; esto es: que serías más consciente de los peligros del mundo de lo que yo misma lo era cuando me largué a Suecia. Yo tomé decisiones equivocadas por pura estupidez e inexperiencia, tu padre fue una de ellas; espero que tú no hagas lo mismo.

Reijo murió hace unos diez años en un accidente de barco en Tailandia. Cuando supe la noticia, suspiré de alivio. Aunque a mí me sucediese algo, tú ya no podrías ir a buscar a ese hombre por tu cuenta, lo que habría supuesto tu ruina: Reijo era como el padre de las siete hermanas Sutherland, que no tuvo empacho en hacer negocio con sus hijas. Primero, ideó para ellas un espectáculo musical. Al cabo, sin embargo, aquellas chicas se convirtieron en un fenómeno no por su música, sino por su pelo. Todo el mundo quería verlas, a ellas y a sus rizadas cabelleras, a las que se llegó a comparar con las cataratas del Niágara. Las buscaban teatros, circos y grandes almacenes. Aparecieron en la portada de *Cosmopolitan* y en la primera página de *The New York Times*.

No sé si serías capaz de soportar la fama que alcanzaron las hermanas Sutherland, la repentina riqueza y sus efectos secundarios. Cuando alguna de mis clientas suspira extasiada al verse en el espejo con sus cabellos nuevos, que vienen de ti, siempre pienso en aquellas hermanas. Su infancia me recuerda nuestros años en la casa de Naakka: su madre les masajeaba el cuero cabelludo con un linimento de olor nauseabundo que supuestamente retrasaba el crecimiento del cabello. Las pobres tuvieron que soportar que se burlaran de ellas por culpa del hedor de la sustancia. Es probable que fuera aquel linimento lo que le inspiró al padre el negocio definitivo: se inventó un falso tónico crecepelo, le puso la fotografía de las siete hermanas en la etiqueta y lo lanzó al mercado a un precio altísimo. Hizo saltar la banca. Gracias a las presentaciones, el crecepelo y el champú de las hermanas Sutherland se construyó una mansión con baños de mármol y muebles traídos de Europa.

Mientras estaban de gira, las hermanas evitaban el contacto con los demás, aunque en general escondían bien su anormalidad, salvo por algunos pequeños incidentes. Mary Sutherland, por ejemplo, sufrió varios ataques de locura durante los cuales tenían que internarla en un manicomio, y yo sospecho que la causa última era su pelo. Cuando murió Naomi, las hermanas quisieron conservar su cadáver en casa, lo que llamó la atención de las autoridades, ante las que tuvieron que argumentar que la causa era el retraso en la construcción del mausoleo familiar. Únicamente dos de ellas se casaron, y solo después de haber pasado la edad fértil. Fue una decisión inteligente, pero escogieron unos maridos terribles: unos supuestos empresarios de circo adictos a la morfina que llevaron a las hermanas a la ruina. Las Sutherland pasaron sus últimos años viviendo como ermitañas en su destartada mansión, sumidas en la pobreza y llorando sus penas de amor. Probablemente habrían sido más felices si no hubieran dejado jamás la cabaña de madera en que nacieron. La suerte de Elizabeth Siddal no fue mejor, pese a que los artistas que la consideraban su musa no eran precisamente de la misma calaña que la chusma que rodeaba a las hermanas: la gente como tú no puede confiar en el amor desinteresado.

Para colmo, quienes se enriquecieron con el pelo de las Sutherland, tanto como los que lo hicieron con el de Elizabeth, eran hombres. Por eso me ha causado tal impresión lo que Marion me ha contado sobre el sector del cabello: la evolución de la sociedad no ha hecho progresar en absoluto a las mujeres. Las hermanas Sutherland vivieron en una época en que el papel de la mujer se reducía al hogar: para tener éxito en el mundo del circo y el espectáculo necesitaban tener hombres a su lado. Hoy en día, las mujeres tenemos los mismos derechos y las mismas oportunidades, pero seguimos sin recoger los frutos. La industria de la belleza depende totalmente de nosotras; no solo ponemos la mano de obra y algunas veces incluso las materias primas, sino que, desde hace siglos, le ofrecemos nuestra cara, nuestro cabello, nuestro útero, nuestro pecho; pero los hombres siguen embolsándose los beneficios. Ellos dirigen, poseen o compran enseguida las empresas que tienen un mínimo de éxito. Lambert y Reijo nunca han montado un negocio que no estuviera basado en cosas que puede ofrecer una mujer. En Suecia, buscaban *starlets* para llevarlas al escenario, y más tarde empezaron a hacer lo mismo en Canarias. Vendían viajes a Tailandia a hombres solteros a los que, además, conseguían afrodisíacos. Después del accidente en el que murió Reijo, Lambert se cansó de Tailandia y se trasladó a Rusia, el nuevo mercado emergente, donde encontró a Alla y descubrió el sector de las «gestantes de sueños». No deja de ser irónico que precisamente yo tuviera una hija como tú, y que precisamente a través de Lambert haya acabado trabajando en el negocio del cabello.

6/3/2013

Helena pensó muchas veces en dejar a Lambert y yo la apoyé todo lo que pude, pero cada vez que se decidía, Lambert regresaba a Finlandia, representaba su papel de padre y marido modelo, le juraba que pronto volvería para quedarse y desaparecía otra vez. Cuando Alvar se acercaba a la edad escolar, Lambert vio oportunidades de negocio en Canarias: muchos turistas finlandeses habían empezado a viajar allí y, aunque se iban abriendo algunos bares destinados específicamente a ellos, la oferta seguía siendo escasa. Lambert, que no solía dejar escapar oportunidades así, decidió montar un restaurante. Le dijo a Helena que tendría el mejor escenario de las islas y que estaría reservado para ella, pero era necesario que el niño creciera un poco más. Entonces, Helena podría ir con él y cantar todas las noches.

Helena seguía creyéndole hasta que recibió una llamada de un viejo conocido de sus años en Suecia: había ido de vacaciones a las Canarias y visitado el restaurante de Lambert. Le contó que su marido tenía una nueva estrella cuyo nombre artístico era Ann-Helen y que era bastante obvio el tipo de relación que tenían Lambert y ella. Helena se derrumbó por completo.

OceanofPDF.com

9/3/2013

A menudo, yo hacía desaparecer el cabello cortado quemándolo. Pensaba que era un método inofensivo hasta que una mañana te encontrabas tan mal que la abuela sospechó que habías sufrido una intoxicación por monóxido de carbono. Ella misma se sentía mal y a mí me dolía la cabeza. Como había quemado tu pelo justo la tarde anterior, se me ocurrió que ambas cosas podían estar relacionadas.

Tu cabello se estaba fortaleciendo y había empezado a manifestar voluntad propia. Si estabas enfadada, cortártelo requería mucha fuerza, y luego te despertabas en mitad de la noche por culpa de los sueños más extraños: transcurrían en un lugar llamado Amuli y en escenarios que asociabas con las películas de Chaplin. Una vez me contaste que habías jugado con una mujer que habíamos visto en un documental de televisión sobre Chicago y la Gran Depresión.

En cuanto dejé de quemar tu pelo, esos sueños cesaron inmediatamente. Más adelante, la abuela te sorprendió mientras intentabas prenderle fuego al cabello tú misma. Recibiste una paliza, pero en esa época yo empecé a fumarme una pipa de tu pelo de vez en cuando: la vida en la casa de Naakka era difícil y la abuela, muy estricta con el alcohol. El dependiente de la vinatería, al que ella conocía de siempre, solía informarla cuando yo compraba una botella, así que las pipas eran una solución más fácil. Me tranquilizaban y me daban confianza en mí misma, algo que Helena necesitaba con urgencia después de aquella fatal llamada telefónica. Me enteré del engaño de Lambert por Marion, que me llamó alarmada y me pidió que fuera a verlas. Los vecinos se quejaban tras varias noches de gemidos inconsolables. En cuanto llegué a su casa le preparé una pipa. Se quedó dormida enseguida.

A partir de entonces iba a casa de Helena con toda la frecuencia que podía, aunque organizar las visitas era complicado: no podía dejarte al cuidado de la abuela. Si se hubiera enterado de nuestro secreto, quizá hubieras desaparecido «accidentalmente» en el fondo del pozo: así es como se libraban de las personas diferentes en aquel pueblo. No teníamos dinero para dormir en un hotel y tampoco me atrevía a llevarte a Laajasalo: tenía miedo de que Helena se diera cuenta de que tu pelo era la sustancia que estaba fumándose, de modo que, durante mis visitas, una niñera te llevaba al parque o al zoológico.

Entre una visita y otra le enviaba dosis regularmente. Su alivio era tan evidente que sus hijos evitaron preguntarle sobre su repentina afición de fumar en pipa: les bastaba con que Helena consiguiera dormir y hubiera dejado de llorar de forma desconsolada. Tendría que haber recordado que un vaso de vino era suficiente para tumbar a Helena, pero yo no sabía ayudarla de otra manera, y en aquellos tiempos a nadie se le habría ocurrido acudir a un psicólogo.

Marion me mantenía informada sobre el estado de Helena. Entonces era una adolescente: lo bastante mayor para cuidar de Alvar y llevar la casa más o menos bien. De Lambert ya no había muchas noticias; de vez en cuando enviaba un telegrama a su familia, una postal, algún dinero. Un día, Helena rompió el teléfono y Marion se vio obligada a llamarme desde una cabina. Poco después, Helena comenzó a salir por su cuenta. Un día, la policía la trajo a casa: se había acercado de modo inesperado a un bebé que estaba en su cochecito y, para espanto de su madre, lo había tomado en brazos y se había puesto a canturrearle una nana. Al final Marion acabó hartándose: no quería desperdiciar su juventud cuidando de su familia y, en cuanto pudo, se fue a vivir con su novio, Bergman. Una vez la visité en su nueva casa y di por hecho que pronto habría un bebé gateando sobre la alfombra recién comprada.

Medio año después, la nueva novia de Lambert quiso casarse y él le pidió el divorcio. Entonces, Marion me llamó y me contó que había visitado a su madre y que esta no paraba de hablar sola y de golpear la pipa contra la mesa, que parecía estar siempre buscando algo y que sacudía con rabia las cartas que yo le había enviado. Enseguida comprendí de qué se trataba: era

el síndrome de abstinencia. Organicé una visita a su casa, pero antes le envié una dosis bien grande.

Fue el mayor error de mi vida.

La familia de Helena, que era muy creyente, culpó al diablo por su estado: llevaron predicadores a su casa, incluso a algún exorcista. Revisaron el árbol genealógico entero buscando pruebas de una maldición. Un antepasado se había suicidado ahorcándose, otro se había ahogado en un río, más de uno había muerto a consecuencia del alcoholismo; cada destino infortunado confirmaba sus sospechas.

En el pueblo, la fábrica de rumores se puso en marcha. Corrió la voz de que la locura de Helena era un castigo por ser tan ligera de cascos. Incluso hubo quien aseguró que le constaba que, desde niña, Helena se había ofrecido a los hombres detrás de la tienda de la cooperativa del pueblo. La gente se compadecía de Lambert...

Después de que internaran a Helena en el manicomio, Alvar se fue con sus abuelos, que lo obligaron a dormir en una habitación cerrada por miedo a que hubiera heredado la locura de su madre. No tenía amigos, se metía en peleas con los chicos del pueblo. Fui a verlo varias veces y nunca olvidaré cómo se agarraba a mis piernas mientras me suplicaba una y otra vez que llamara a su padre. Pero yo no era capaz, no a ese hombre. Más adelante, Alvar consiguió escaparse y llegar a Suecia por sus propios medios, solo regresó a Finlandia por los negocios de Lambert.

Cuando me topé con Alvar en Kuopio, me pareció que su angustia había desaparecido y que se había convertido en un joven sensato, lo cual agradecí muchísimo. Hablamos del pasado durante el camino de vuelta a Helsinki y Alvar me contó que Helena, en su época de mayor desesperación, lamía los sobres vacíos de mis cartas, que esperaba el correo noche y día, a veces tumbada debajo del buzón de la puerta. Eso lo había hecho sospechar que se trataba del síndrome de abstinencia, quizá de la marihuana. Me agradeció tras darle la primera calada al «porro» que le ofrecí y enseguida me preguntó de qué variedad se trataba: nunca había probado nada igual.

Al parecer, luego de trasladarse ella también a Estocolmo, a Marion le había dado tiempo de tener un gato, otra relación seria y varios rollos de

una noche. A Finlandia había vuelto cuando Lambert le había puesto su propia peluquería. Parecía que finalmente había encontrado el equilibrio, su lugar en el mundo. Le pregunté a Alvar si Marion había tenido hijos. Me contestó que su hermana se decía dispuesta a soportar cualquier cosa, menos la posibilidad de que su hijo heredara la propensión a la locura. Era un riesgo que no iba a correr.

Eso también es culpa mía: yo empujé a Helena por el borde del precipicio. Todo lo que pasó después es responsabilidad mía.

OceanofPDF.com

10/3/2013

Mucha gente recuerda el asesinato del balcón de Laajasalo, y los diarios de sucesos y páginas web dedicadas al crimen suelen sacarlo a colación cuando repasan casos del pasado. Un día, una clienta de la peluquería que era toda una fan de los asesinatos se puso a hablar de Helena. Enseguida me di cuenta de que Marion se ponía pálida, así que le dije al oído que yo terminaría de aplicar el tinte.

Como tantos adictos al crimen, la mujer creía conocer los hechos mejor que la policía; para colmo, había vivido en el mismo edificio que Helena y conocía a personas que la habían visto salir al balcón por última vez. (El inmueble se había convertido en una atracción para el turismo de asesinatos, lo que había terminado por condicionar su precio. En susurros, la mujer nos confesó que solo había conseguido venderle su piso a una familia de inmigrantes que no había oído hablar del caso). Yo, de haber podido, habría ahorcado a aquella cotorra con mis propias manos. En vez de eso, tuve que escuchar durante más de una hora sus especulaciones sobre la amante, el divorcio, el destino de los hijos... Opinaba que cualquier mujer se volvería loca por menos que aquello y estaba segura de que, en realidad, el verdadero objetivo de Helena había sido Lambert.

Yo, en cambio, siempre he pensado que lo que Helena buscaba en realidad era asegurarse de que su familia no tendría descendencia, y aquel acto era su única forma de garantizarlo. Eva me ha hablado de muchas tragedias similares y su posición es muy clara: no conviene arriesgarse a pasarle la locura a los hijos. Aunque la probabilidad de heredar la esquizofrenia sea únicamente de un diez por ciento, me di cuenta de que a Marion le preocupaba el asunto.

A ti podría ocurrirte lo mismo que a Helena si se descubriese tu secreto o tuvieras hijos parecidos a ti. El peligro que corres no solo está relacionado con que, si te pillan, sin duda serías acosada por una horda de hombres de negocios, inversores, investigadores y médicos, y acabarías cayendo en las garras de la industria de la belleza: la verdadera amenaza es el comportamiento impredecible de tu pelo. Una vez descubierto, podría reaccionar de forma que ya no pudieras anunciar tintes para el cabello, ni aparecer en las portadas de las revistas de moda, ni convertirte en el buque insignia de un nuevo producto capilar como las hermanas Sutherland; no te convertirías en una musa como Elizabeth ni acabarías siendo una estrella maldita como ellas; más bien acabarías en la cárcel, en un psiquiátrico o en otra institución para personas peligrosas. También irían a fotografiar tu casa y tu ventana, y las aves carroñeras volverían a encontrar el camino a la casa de Naakka. Productores de televisión procedentes de todos los rincones del mundo decidirían grabar sus programas sobre *freaks* en un paisaje tradicional finlandés con carreteras flanqueadas de abedules o en el patio de una granja típica. Habría investigadores buscando estudiar el ADN de la familia Naakka. En el pueblo ya solo quedan personas mayores, pero ellos bastarían para dar cuenta de la gente extraña que solía habitar en Naakka y de esa madre sobreprotectora que no dejaba a su hija corretear libremente, ni ir de excursión con el colegio, ni a la escuela luterana. Todos tendrían su propia historia que contar porque nadie podría resistirse a sus quince minutos de fama.

SÉPTIMA PARTE

OceanofPDF.com

Hice que la familia de Helena pasara por cosas terribles, pero la culpa es de Eva: si hubiera sabido el efecto que puede tener tu pelo, Helena no habría enfermado. Como mucho, hubiera tenido un colapso nervioso por culpa de Lambert, pero habría mejorado y empezado una nueva vida. Marion tendría una familia y ahora estaría viviendo sus mejores años, corriendo entre las actividades extraescolares de los niños y el trabajo. Yo no habría sido como una conductora borracha que, después de un atropello, se acerca a ver a la víctima deseando que no la pillen.

OceanofPDF.com

Cuando Norma entró por la mañana en la peluquería, había un desconocido apoyado en el marco de la puerta de la trastienda. Sonreía como si la estuviera esperando precisamente a ella. Norma se quedó paralizada: Marion jamás la había advertido sobre posibles visitas sorpresa.

—Tú debes de ser Norma, la hija de Anita —dijo el hombre levantando una humeante taza de café a modo de saludo.

Norma cerró los ojos un instante y su pelo empezó a agitarse nerviosamente dentro del turbante. Ese hombre alto y delgado era peligroso. Lejos de disminuir y desaparecer, la impresión se hizo cada vez más fuerte. Aunque también podía deberse a las cajas de cabellos que habían regresado misteriosamente al mostrador: se las había llevado a Marion la tarde anterior y la había visto desempacar el contenido, llevarse el cabello a la trastienda y tirar los envoltorios. Alguien había recogido los cartones y el celofán de la basura y había vuelto a empaquetar los cabellos: probablemente había sido ese tipo.

—Tienes un nombre muy bonito, aunque poco común para una finlandesa.

—Cuando... cuando le pidieron matrimonio a mi madre, en la radio sonaba una ópera que se llama así —respondió Norma, y entonces lo comprendió: el hombre debía de ser el hermano de Marion; Alvar, el otro hijo de Helena la Loca. Debía de haber habido pelo suyo en la ropa de su madre o en la de Marion, por eso su olor le resultaba familiar, por eso lo había relacionado automáticamente con Helena. Cuando la gente hablaba de ella, lo hacía en un tono determinado, con una determinada expresión en los ojos: la sensación de peligro venía de ahí. Ahora se sentía mal por compartir esos prejuicios y la vergüenza le impidió añadir algo más. Si Helena fuera su madre, no querría encontrarse con nadie que recordase su

caso, y mucho menos con la persona que provocó su desgracia. No importaba que Alvar no supiera nada: ella sí lo sabía y eso bastaba.

—Te acompaño en el sentimiento. Todos estimábamos a Anita —dijo el hombre haciéndole señas para que se sentara como si fuera una dama a punto de desmayarse a la que es preciso ayudar a sentarse en un banco del jardín o acompañar a la salida de emergencia. De pronto, vio aparecer ante ella un vaso de agua, un café recién hecho y un paquete de pañuelos. La cera para el pelo del hombre era Rockaholic Punk Out, de TIGI, y su *aftershave* era de Burberry, con notas de artemisa y cedro. El hombre había bebido el día anterior, aunque no demasiado; había comido algo asiático (contenía kéfir, jengibre, canela, manzanas...) y había tomado muchas pastillas multivitamínicas. También percibió un rastro de Diazepam, quizá de hacía un par de semanas, pero ningún otro medicamento, ni drogas, ni testosterona. El tipo tenía una perra pastor alemán.

—¿Te ha contado Marion la historia de su nombre? Helena escuchaba a Marion Rung en Suecia cuando sentía morriña. ¿Conoces a esa cantante? Sus mayores éxitos fueron «Tipi-tii» y «El Bimbo» —dijo Alvar—. Pero he olvidado presentarme: soy Alvar, el hermano de Marion. He oído muchas cosas buenas sobre ti. Debiste de marcharte del entierro antes de que pudiera darte el pésame.

La mano culpable y sudorosa de Norma pareció un objeto inerte en el apretón firme de Alvar. En el entierro había tenido la nariz tapada y se había sentido confusa por culpa de las benzodiazepinas y la escopolamina que había tomado pensando en que la ayudarían a sobrellevar la ceremonia. No recordaba haber visto a Alvar, así que, para evitar responder, bebió un sorbo de café.

—Nos gustaría que nos ayudaras un poco con esas cajas. Marion me dijo que hace un par de días encontraste entre el correo de Anita un aviso de recogida y que, al ir al correo por el paquete, te diste cuenta de que nos pertenecía.

Norma sintió aflojarse su turbante, las raíces de su cabello se abrieron y el cuero cabelludo comenzó a hormiguearle. No había reflexionado lo suficiente sobre ese asunto. En cuanto Marion le había puesto una mano encima a la caja, ella había percibido su alivio. Una sonrisa se le había

dibujado en el rostro, pero no había hecho preguntas: había aceptado aquella explicación imprecisa sobre el misterioso paquete postal como si toda explicación sobrara. Norma se había imaginado que tratarían el tema más adelante: Marion tenía un tacto exquisito en los asuntos relativos a su madre. A pesar de ser hija de Helena, objeto de los mismos rumores y miradas de curiosidad, no producía esa sensación de peligro. Nada hizo pensar a Norma que alguien la abordaría justo a la mañana siguiente.

—Si no recuerdo mal, Anita nos contó que la suegra de su hermana, o de su prima, era de Ucrania —dijo Alvar—. ¿Estas cajas vienen de allí?

—Sí.

—Faltan el embalaje original y el albarán del paquete.

—Los tiré a la basura.

—Solo necesitamos los datos de aquella señora.

—Pues no los tengo.

Norma alcanzó a percibir un esbozo de sonrisa en la boca de Alvar.

—Vamos a hacer una cosa: consíguenos esos datos y, a cambio, a partir de ahora recibirás un porcentaje de las ventas.

Alvar cogió un mechón de la caja y a ella le dio un vuelco el estómago. Algunos cabellos que se le habían escapado del turbante se rizaron de repente. Sintió los dedos de Alvar recorriendo los cabellos que había sacado de la caja y peinándolos a lo largo como si aquella mano le acariciara la cabeza. Cuando Alvar se enrolló el mechón alrededor de la muñeca, fue como si su mano hubiese descendido por la nuca de Norma y tocara la piel de su cuello. Era una ilusión provocada por el nerviosismo, pero no resultaba asfixiante, más bien recordaba a una caricia.

—Veinte por ciento. Por Anita.

Norma se apoyó contra la pared exterior, cuyo revoco le acariciaba tranquilizadamente la espalda, y logró sacar los cigarrillos del bolsillo del vestido. Alvar le ofreció fuego: era uno de esos hombres que abrían la puerta, se levantaban para ofrecer la silla, invitaban a bebidas y prestaban su abrigo a las chicas; pero la sensación de peligro no desapareció. No tenía el olor de los criminales ni de los locos, sus niveles de dopamina no eran los

de alguien propenso a la violencia, no se comportaba de un modo sospechoso ni parecía que fuera a sacar un hacha de debajo del abrigo... De nuevo: puede que presintiera peligro en él simplemente porque la noche anterior se había enterado del asunto de las pipas preparadas con su cabello: de su parte de responsabilidad en el estado de Helena. De no haber sido por su pelo, Helena no se habría precipitado por el barranco, sino que se habría recuperado del divorcio y puede que, poco a poco, hubiera conseguido poner orden en su vida. Habría podido conservar a sus hijos y estos habrían podido conservar a su madre. Marion tendría una familia. Las palabras de Anita en el vídeo cobraron ahora un nuevo sentido para Norma: si su madre había ido a ver a Helena todos esos años no solo era por amistad, sino porque se sentía culpable, y había vivido décadas con esa culpabilidad.

El hombre se acercó y volvió a disculparse por estar molestándola con estos asuntos en medio de su duelo. Norma intentó sostenerle la mirada, pero no fue capaz: la cara le ardía; toda su sangre parecía haberse agolpado en su cuero cabelludo y su nariz. Estaba segura de que Alvar se daría cuenta de que estaba pensando en que él era hijo de Helena la Loca (debía de ser un experto en ese campo, igual que ella misma lo era en el del cabello). Sus ojos vagaban por el cielo, por los balcones y las escaleras de incendios del edificio de enfrente, y de vuelta al suelo, a la puerta que daba al salón. No había preparado suficientemente bien sus mentiras.

—¿Te ocurre algo? Pareces un venado sorprendido por los faros de un coche. —Alvar chasqueó los dedos y Norma se sobresaltó—. Podemos ayudarte a buscar esos datos, ¿Anita tenía más móviles?

La voz de Alvar, tranquila e inteligente, tuvo el efecto de una fuente en un día de calor y le aclaró las ideas a Norma. Su mirada errante se detuvo en un chicle pegado en el asfalto. Alvar sospechaba que su madre pudiera haber tenido más de un teléfono. ¿Tenía razón? ¿Lo habría escondido en alguna parte, igual que había ocultado los vídeos y le había dejado la llave a la florista? Norma no entendía la lógica de ese comportamiento: los datos de contacto de los ucranianos no podían ser tan importantes como para que Lambert la siguiera y Alvar merodeara por la peluquería, a no ser que hubieran averiguado la verdad sobre el asunto, y eso no era posible.

—Todo se arreglará cuando tengamos esos datos de contacto. Hablemos de nuevo mañana. Vendré por la tarde —dijo Alvar echando un vistazo a su reloj. Luego la acompañó dentro cogiéndola delicadamente por el codo y Norma se dio cuenta de que estaba acostumbrado a manipular a las personas del mismo modo que una peluquera manipula el cabello.

OceanofPDF.com

La voz femenina del GPS daba indicaciones mientras las noticias, los pronósticos del tiempo, la publicidad y música se alternaban en la radio al tiempo que Lambert giraba el dial, un ruido de fondo que ponía nerviosa a Marion. No conseguía dormir y el viaje a Helsinki duraría toda la noche. Hubiera preferido que Lambert, en lugar de saltar de una emisora a otra, se concentrara en conducir.

—Alvar cree que ha conseguido ganarse la confianza de la chica —dijo Lambert—. A veces tiene ese poder mágico.

—Norma no ha robado nada: no es necesario tratarla como si fuera una ladrona.

—¿Como a Albiino, quieres decir? Dejemos de una vez ese tema. Lo digo por el bien de tus nervios.

Marion se concentró en una abeja muerta que había en el salpicadero. Lambert aparcó. Los perros guardianes les habían dejado en Hämeenlinna un coche de recambio con el que continuaron el viaje. Por lo general, Lambert encargaba a sus hombres el trabajo sucio, pero esta vez quería ser él mismo quien resolviera el asunto y le había pedido a Marion que lo acompañara. («Ven con ganas de aprender», le había dicho). Una de sus ideas más arraigadas era que un buen líder debe coger de vez en cuando la pala para no olvidar el precio y el valor del éxito.

—Cuando lleguemos, prepararemos algo de café para que te espabiles un poco —prometió Lambert y empezó a canturrear. Estaba de buen humor. De demasiado buen humor.

Era la semana de San Juan y mucha gente se había ido a celebrarlo fuera de la ciudad: la urbanización parecía deshabitada. Entre las casas construidas en el auge del crecimiento económico, había solares donde nadie construiría

nunca. En uno de los edificios más antiguos había una tienda cerrada desde la época en que los hipermercados habían empezado a acabar con las tiendas de barrio. En esos años, Marion encendía el secador por la noche para camuflar los gritos de las peleas y, de paso, como no había dinero para ir a la peluquería, practicaba cortándoles el pelo a Helena y a Alvar.

Lambert detuvo el coche detrás de un kiosco cerrado. Tenía las ventanas cubiertas con hojas de contrachapado. El aparcamiento estaba repleto de adelfas. Marion se bajó para estirar las piernas y aguzó el oído. El silencio era absoluto. Miró a su alrededor y procuró convencerse de que nadie los vería. Se disimularían en la penumbra del verano como un pez en el agua.

—Una vez más Lasse hizo un buen trabajo. Recibí listas nuevas —dijo Lambert.

Cogió un atajo entre los matorrales de un solar. Luego se detuvo para mirar el jardín de Kristian, arrancó una ramita de cebollino y se la llevó a la boca. Algo se había enganchado en la valla de rejilla; quizá un pájaro, o incluso un erizo. Marion miró hacia donde podía verse una piscina hinchable y una cama elástica. No recordaba que hubiera esa clase de cosas en los patios de las viviendas unifamiliares cuando ellos eran pequeños: no habían tenido amigos que jugaran en un pequeño parque infantil construido por sus padres en el jardín. Marion se levantó el vestido para verse los tobillos rasguñados por las ortigas. Le faltaba la arrogante confianza en sí mismo que tenía Lambert y observaba una y otra vez las ventanas de las casas vecinas, pero no se veía movimiento.

—Prueba estas fresas. —Lambert se pasó el pañuelo por la comisura de los labios—. Son muy delicadas, no aguantan el transporte; de lo contrario, nos podríamos llevar algunas. ¿Qué me dices? ¿Le damos a Lasse una pequeña gratificación por San Juan?

Lambert empujó la puerta trasera. Estaba abierta. Negó con la cabeza; tenía ganas de reír.

Kristian se había quedado dormido delante de la televisión. Sobre la mesa auxiliar había una salchicha a medio comer y una botella de cerveza vacía. Mientras Lambert lo despertaba, Marion fue a comprobar los dormitorios,

aunque sabía que la mujer y los niños estaban en casa de la abuela: los perros guardianes habían vigilado todos los movimientos de la familia. Oyó un estruendo procedente del cuarto de estar: una botella cayó al suelo, chirriaron las patas del sillón, pero Kristian no emitió sonido alguno. Marion echó un vistazo desde detrás de la puerta doble. Lambert había encendido las luces y corrido las cortinas.

—Prepara algo de cenar, anda —pidió suspirando.

Marion fue a la cocina y puso a funcionar la cafetera; mientras el café estaba listo, se untó en los tobillos una crema de cortisona que encontró al lado de una radio. La nevera, en cuya puerta estaba pegado un papel con el menú de la semana, estaba llena de raciones guardadas en prácticos recipientes de plástico: ensalada de patata, albóndigas, tiras de carne de cerdo. Sobre la encimera se amontonaban paquetes de salchichas vacíos y una fila de botellas de cerveza que Kristian seguramente había pensado en hacer desaparecer antes de que su mujer y sus hijos volvieran de casa de la abuela. Detrás de la cocina había un cuarto de lavado. Marion empezó a sentir lástima por la familia mientras miraba la lavadora y el armario de secado, los calcetines de fútbol de los niños... pero el tren ya había partido y ella no podría cambiar el curso de los acontecimientos. Kristian trabajaba para el clan porque tenía deudas con Lambert. No era un voluntario como Lasse, se había metido en problemas. Marion encendió la radio y se tapó los oídos.

De camino a casa, Lambert sonreía.

—¿Te has acordado de coger algo de comer?

—He hecho bocadillos.

—Muy bien, ¿y café?

—Está en el termo.

—No he conseguido sacarle nada nuevo a Kristian. Anita le ha pagado bien.

Marion no entendía nada: ella había creído que el viaje a casa de Kristian se debía a que este había querido dejarlo.

—Alvar le ha enseñado una foto de Anita a los trabajadores de la agencia y Kristian a todas luces la reconoció, aunque enseguida intentó negarlo. Anita y él no deberían haber estado en contacto.

—¿Por qué nadie me lo había contado?

—Por tus nervios.

Miró a Lambert de soslayo, pero su expresión no le dijo nada. Si Anita había actuado en solitario en lo referente a Kristian, ¿no habría intentado engatusar también a otros trabajadores? Quizá incluso a clientes descontentos con la agencia. Teniendo dinero para pagar sobornos, habría podido conseguir toda una lista de madres de alquiler, donantes y trabajadores de la empresa. Marion debía ir a casa de Lasse lo antes posible y asegurarse de que todo estaba en orden; aunque, mientras nadie sospechase de él, la caja de metal estaría a salvo allí.

—¿Cómo consiguió Anita dar con la casa de Kristian? ¿Quién le ha hablado de las actividades de la agencia y por qué?

—¿Has conseguido descubrir algo más?

Marion canturreaba una de las canciones favoritas de Helena. Su voz sonaba temblorosa, pero Lambert no parecía darse cuenta de nada. Iban sentados en el asiento de atrás del Volvo. De tanto en tanto, Alvar limpiaba el vaho de las ventanillas. Marion se acordaba de los bocadillos de salami envueltos en film de plástico, de las peleas, de las canciones...

—Kristian no tenía ni idea de para quién trabajaba Anita. Vamos a ver qué pasa, si es que pasa algo. Puede que el mensaje llegue a su destino.

Marion apretó los párpados, haciéndose la dormida. Dos muertos eran un mensaje suficientemente poderoso para cualquiera. (No podía quitarse la canción de la cabeza). El caso de Kristian parecería un suicidio, una sobredosis o ambas cosas. Cuando Lambert se declaró listo para marcharse, Marion lo siguió por la sala de estar, pero desvió la vista: sabía mirar a otro lado cuando era necesario. Tampoco había visto el cadáver de Bergman aquella noche, con el cuchillo clavado en el pecho. Solo recordaba el olor de la sangre, la sensación de que un diente iba a caérsele, la puerta abierta del balcón, las cortinas blancas ondeando al viento, la desazón; ni un solo ruido. Recordaba las manos de Helena, que buscaban a tientas la pipa, y su boca, que se movía como si estuviera hablando, seguramente con las

mismas personas ausentes de siempre: el doctor Jackson, Alma, el niño al que había dejado esperando en algún sitio, esperando eternamente. El día en que Alvar había empujado a Helena hacia la puerta de la calle, Lambert no había hecho nada por impedirlo; al contrario: se había quedado quieto como una estatua vestido con su traje de lino. Luego le había dado la chaqueta a Marion, no sin antes coger su petaca del bolsillo. La leche le había traspasado la blusa. Los intermitentes emitían destellos azules y rojos. El túnel de la noche había engullido el resto del mundo como un agujero en el hielo que se ensanchaba cada vez más.

Más adelante, Marion había ido a visitar a Alvar a casa de sus abuelos y este había intentado evitar que se fuera escondiéndole las botas. La gente del pueblo se había sorprendido al ver a la hija de Helena la Loca atravesando el pueblo con los zapatos de domingo de su abuela. Un chaval le había tarareado la dichosa canción, otro la había adelantado con la bici y le había gritado: «¡Loca!». Ese día, Marion había decidido que nunca le entregaría su corazón a nadie: no permitiría que nadie heredase la enfermedad de su madre ni la maldad de su padre. Si de ella dependía, no habría otra generación de su familia.

Norma no sabía qué significaban los papeles que había sobre la mesa, pero sospechó que estaban relacionados con ese asunto terrible del que Lambert había querido hablarle en el cementerio. Reconoció la letra y la firma de Anita. Al lado ponía «Max Lambert»: Norma había heredado deudas de su madre.

—¿Has pensado en alguna forma de pagarnos? —le preguntó Alvar.

—Mi madre no le pedía ni azúcar a los vecinos, ¿para qué iba a querer semejante cantidad?

—Para comprarle un riñón a tu abuela.

Norma se tapó la boca con la mano. Su risa era tan incontrolable como inapropiada para la situación. Los ceros no dejaban de saltar ante sus ojos. Alvar le puso un vaso de vino tinto en la mano y le ofreció fuego (ella había olvidado encender su cigarrillo). Como tenía que actuar como alguien que no tenía nada que esconder, no se había negado cuando Alvar se había autoinvitado a ir a su casa, aunque hubiera preferido quedar con él en un lugar público. Ahora entendía por qué la insistencia en encontrarse en el piso: Alvar había imaginado que el asunto la perturbaría; ese tipo de noticias era mejor darlas lejos de las miradas ajenas. El turbante le apretaba la cabeza como si fuera una venda.

—Al parecer había poco tiempo, Anita quería acelerar las cosas.

—¿Y dónde lo iba a conseguir tan rápidamente?

—Anita estuvo comprando pelo con Alla en Rumanía. Puede que de allí: viendo la facilidad con que las chicas pobres venden su cabello, se le ocurriría que también se les pueden comprar otras cosas.

—Pero eso es ilegal.

—Las emergencias no conocen de leyes. ¿Piensas continuar con la operación?

—¿La compra del riñón? ¡Por supuesto que no!

—¿Ni siquiera por tu querida abuela?

Alvarladeó la cabeza y Norma dio un paso atrás instintivamente. Se topó con el alféizar de la ventana. Anita le había mentido a Lambert también en eso: la abuela no tenía ninguna enfermedad en los riñones y, en cualquier caso, su madre nunca habría hecho nada parecido por ella. Como constataban los vídeos, cada vez que hablaba de Elli Naakka fruncía el entrecejo y su voz se llenaba de amargura. Solo habría pedido un préstamo tan absurdo por Norma o por Helena, por nadie más.

—Como puedes ver en los papeles, el primer pagaré vence en julio —dijo Alvar.

El viento que entraba por la ventana abierta no le despejó la cabeza a Norma, mucho menos los ventiladores que había colocado en lugares estratégicos antes de la visita. El vino y el tabaco no ayudaban. No había solución: no le quedaba tiempo suficiente para conseguir el dinero. Los muebles de su madre no valían nada y la fianza del piso era ridícula. Solo podía aspirar a un microcrédito, completamente insuficiente, porque ningún banco accedería a hacerle un préstamo. Era su culpa, consecuencia de unos años en los que se había comportado como una imprudente por considerar que se lo merecía todo como compensación de su anomalía. Prefería no recordar aquellos tiempos, pero ahora le pasaban factura. Con toda seguridad, Lambert ya estaba al tanto de su situación financiera. ¿De dónde sacaban dinero las personas desesperadas? Pues de personas como Lambert.

—¿Por qué tengo la impresión de que no me estás escuchando? —dijo Alvar.

Norma encendió otro cigarrillo. Según él, Anita recibía cien euros por cada mechón y solía entregar cuarenta cada dos semanas: ocho mil euros al mes, libres de impuestos, de los cuales les correspondería un porcentaje a los supuestos familiares ucranianos. Era mucho, pero no lo suficiente, al parecer, puesto que había aceptado las condiciones y los plazos de pago totalmente arbitrarios de aquel préstamo.

—Dudo que un riñón pueda costar cien mil, pero esa fue la cantidad que le solicitó a Lambert. A lo mejor también quería ayudar a los parientes de Ucrania... De hecho, tengo entendido que empezó a conseguirnos cabello

de Ucrania precisamente para ayudarlos. Según ella, aquella gente recorría los pueblos recopilando trenzas.

—No me había hablado de ningún préstamo.

—Pues deberías averiguar.

Alvar se estaba acercando mucho, demasiado. La risa nerviosa de Norma se desvaneció de repente. La ceniza del cigarrillo cayó en la alfombra y él se agachó para limpiarla con un pañuelo que se sacó del bolsillo. No estaba mintiendo: decía la verdad. Norma sintió miedo y las raíces de su pelo empezaron a retorcerse como culebras sobre el asfalto caliente.

—Si Anita no ha utilizado todo el dinero, debería quedar suficiente para una emergencia como esta. ¿Sabes en qué banco lo guardaba?

—La cuenta de mi madre estaba vacía.

—Lambert se conformará con los datos de contacto de los ucranianos —dijo Alvar—. Eso lo resolvería todo y tú seguirías cobrando tu veinte por ciento. Es un trato muy favorable por afecto a Anita. Hazme caso y no trates de escapar en el siguiente vuelo: sé que estás considerando esa posibilidad. Y tampoco valdrá llorar o proponerme que nos vayamos a la cama.

Anita se sonrojó.

—Y que esta sea la última vez que intentas engañarnos —añadió Alvar—: hemos detectado movimientos en nuestras cuentas de redes sociales y no es probable que Anita haya entrado desde el más allá. ¿Qué intentabas? ¿Estabas buscando el dinero o poniendo sobre aviso a tus familiares ucranianos? Sabes dónde encontrarlos, ¿verdad?

Norma estaba atrapada: había husmeado en el correo electrónico de su madre, en Messenger, en Skype, en la página de Facebook de la peluquería. Había entrado y salido tan rápido como había podido, pero a pesar de eso la habían pillado. No se iba a escapar de estos hombres: sabían lo que hacían, ella no. Se llevó la mano al nudo del turbante. Seguía estando apretado.

—No sé nada de los ucranianos, lo único que sé es la contraseña del ordenador de mi madre —dijo Norma intentando tomar aire—. Mi madre no dejó una nota, nada: tenía que comprobar si había algo en su ordenador.

Alvar sonrió con suficiencia. Tenía los colmillos afilados, barba de un día, el verano en los poros de la piel. Respiraban el mismo aire, al mismo ritmo; Norma oyó latir su propio corazón.

—Buen intento —dijo Alvar limpiando una gota de sudor de la nariz de Norma, que inspiró profundamente y dio un paso atrás. El momento había pasado. Había estado a punto de confesar, ¿cómo se le ocurría?!

Alvar se sacó una tarjeta de visita del bolsillo.

—Lláname si sucede algo.

—¿Algo como qué?

—Lo que sea. O si cambias de opinión.

* * *

Cuando Alvar se fue, sentía que faltaba el aire en el piso, que las paredes se cerraban sobre ella. Tenía que salir. Las manicuristas vietnamitas del salón de la planta baja estaban a punto de terminar su jornada. Nunca se saludaban entre ellas, preferían mirar el suelo. No la oirían resoplar y, aunque lo hicieran, no reaccionarían de ninguna manera. Apoyó la frente contra la barandilla de la escalera, fresca gracias a la sombra del patio trasero, se llevó la mano la boca y procuró calmarse. Esos salones de manicura atendidos por vietnamitas habían empezado a proliferar en el paisaje urbano al mismo tiempo que los de extensiones de pelo. Era fácil reconocer a las trabajadoras y percibir el miedo que le tenían a su supervisora. Norma tenía miedo de sus acreedores: estaban en el mismo barco. Nadie las ayudaría.

Ya habían vaciado los cubos de basura: los complementos nutricionales que Norma había tirado habían desaparecido. Compraría más en la farmacia, todos los que pudiera. Se había comprometido con Alvar a entregarle cabellos al mismo ritmo que su madre.

Según Alvar, eso alcanzaría para pagar los intereses, pero nada más: la única forma de perdonarlo todo era con los datos de contacto de los ucranianos.

Lambert se limpió un poco de mermelada de frambuesa de la comisura de la boca. Antes de la circunvalación había tenido el antojo de comerse un donut recién hecho y estaba cumpliendo su deseo en una estación de servicio. Era una mañana tranquila. Dejó caer la servilleta arrugada en el plato y sonrió. Se le habían quedado semillas de frambuesa entre los dientes.

—Trabajar da hambre, ¿de verdad no quieres uno?

Marion hizo girar su taza de café y negó con la cabeza. Cuando llegase a casa, volvería a comprobar el saldo. La idea la tranquilizó: conseguiría escapar, empezar de nuevo. Una buena peluquera siempre encontraba trabajo, aunque sin los ucranianos no podía esperar tener un sueldo tan bueno como el que merecía. Por eso aguantaba: aún abrigaba esperanzas de descubrir al importador antes que Lambert, aunque le podía salir el tiro por la culata.

Lambert empezó a recoger sus cosas, pero de pronto pareció recordar algo. Cogió el móvil del bolsillo interior de la chaqueta y revisó los mensajes.

—Esto lo han enviado desde la clínica de Bangkok.

Marion no se atrevió a mirar la pantalla del móvil, pero Lambert se la puso delante de los ojos. ¿Significaba algo esa insistencia? Tal vez no; tal vez atribuía significado a gestos sin importancia. El caso es que últimamente los mensajes de la clínica de Bangkok solo habían supuesto malas noticias para ella. Continuaba sin entender cómo había conseguido Anita entrar en la zona restringida y por qué se había quitado las gafas de sol y el sombrero, exponiéndose así ante la cámara de seguridad. Puede que hubiera querido enseñar su cara a la chica a la que había interrogado para inspirarle confianza.

—Mira, por Dios —insistió Lambert—. No tiene nada que ver con el vídeo de Anita.

Marion cogió el teléfono. En la pantalla había una copia de un pasaporte japonés.

—¿Qué te parece? Shiguto, el empresario japonés, quiere un hijo blanco... Bueno, en realidad quiere varios. Unno, su secretaria, nos ha enviado una solicitud.

—En caso de duda, no se acepta.

—Ya ha ido a Bangkok a donar esperma.

—¿Y entonces?

—Ya está pagado.

—¿Y cuál es el problema?

—Ninguno todavía. Solo que es muy joven: veintidós años. ¿Cuántos clientes de esa edad tenemos? Alvar siempre nos recuerda a aquel pedófilo estadounidense.

—Pero no fue a nuestras clínicas.

—No, y nadie le habría prestado atención si su hermana no hubiese llamado a medio mundo para advertir de sus antecedentes.

Marion recordaba el caso: la hermana del tipo, harta de la indiferencia de las autoridades y las clínicas, se había puesto en contacto con algunos periodistas. El caso había despertado las sospechas de la prensa. Un periodista sueco había conseguido infiltrarse como cliente en una «granja de niños» nigeriana y lo había documentado todo con una cámara que llevaba escondida en la mochila. El artículo había causado un gran revuelo en Suecia, pero solo era cuestión de tiempo que alguien volviera a intentar lo mismo, por eso los colaboradores de Lambert informaban minuciosamente a la mínima sospecha... y por eso habían pillado a Anita. Todo habría ido bien si la clínica de Bangkok no hubiera enviado a Lambert la grabación de la cámara de seguridad. Todo habría ido bien si no le hubieran vendido a Anita un mapa viejo con la localización de las cámaras de seguridad: la habían engañado.

—Hazle una foto a la chica, pero sin el turbante: intenta que parezca presentable —dijo Lambert. Le quitó el teléfono de las manos y se levantó. Todavía tenía rastros de mermelada en el labio inferior.

—¿Para qué?

—No tenemos ninguna foto suya.

Marion no conseguía tragar el café que estaba bebiendo a sorbos. Lambert estaba buscando un comprador adecuado para Norma y quería que Marion lo supiera.

OceanofPDF.com

La chica aceptó que le hiciera el tratamiento de pestañas, pero no quitarse el turbante. Marion estuvo a punto de perder los nervios. No podía permitírselo: se había ido ganando su confianza poco a poco. Tenía que seguir en ese tenor, aunque quedara poco tiempo. Era la primera tarde que ambas se quedaban solas, sin clientas merodeando por allí, sin constantes timbrazos del teléfono. Casi todos los días, Marion le proponía que fueran a tomar una copa después del trabajo, pero siempre contestaba que tenía prisa.

—¿Has pensado en hacer la formación como técnica de pestañas? —dijo Marion, poniendo pegamento en una piedra de jade—. Solo dura un día y soy instructora certificada. Si te haces cargo de las pestañas, a mí me quedará más tiempo para las clientas del cabello.

Norma respiraba algo agitadamente. Era muy diferente de Albiino: no parecía motivada por la rapidez del curso, ni porque la teoría consistiera en apenas media docena de fotocopias, ni siquiera por la oportunidad de recibir un tratamiento de pestañas gratuito. Solo había aceptado ponerse las extensiones de pestañas cuando Marion le había presumido las suyas y había insistido en que convenía que el personal de la peluquería luciera los mejores productos.

—Incluso en épocas en que los empleos escasean, muchas mujeres bien preparadas encuentran trabajo arreglando pelo, uñas, pestañas... Este negocio florece aún en las épocas de crisis —continuó Marion—. Alvar me ha contado que vas a retomar las entregas de pelo de tu madre. Me parece fantástico: las clientas no paran de preguntar.

No obtuvo respuesta, apenas un parpadeo. De vez en cuando levantaba la mano para tocarse el turbante.

—Aquí utilizamos extensiones de pestañas de fibra artificial o de pelo natural, pero nunca de visón. Recuérдалo: las activistas por los derechos de

los animales podrían preguntarte sobre eso.

—¿Y si preguntan por el origen del pelo?

—No te entiendo.

—¿Qué les digo al respecto?

—Nadie va a preguntarte por eso —respondió Marion—. Y si lo hacen les cuentas algo sobre las princesas hindúes.

Las pocas clientas que mostraban cierta curiosidad por la procedencia del pelo habían visto algún documental o leído algún artículo de revista sobre el templo de Tirupati, por eso estaban dispuestas a pagar las extensiones Great Lengths a precio de oro, pues se imaginaban que al mismo tiempo estaban haciendo una buena obra o algo así. La empresa justificaba esos precios tan elevados porque el pelo procedía exclusivamente de las peregrinas que lo ofrecían de forma voluntaria al dios Visnú. Todo parecía muy romántico: un país exótico, una ofrenda sagrada; la empresa, por su parte, hacía gala de su ética y hasta de su compromiso social. Por supuesto, no se hablaba de cuánto tenían que pagar las peregrinas a quienes les cortaban el cabello, ni lo que hacía el templo de Tirupati con sus pingües ingresos; gracias al cabello gratuito, los ingresos del templo hacía tiempo que habían superado los del Vaticano y sus dirigentes no paraban de meter mano a la bolsa: no existía un camino al cielo más corrupto que aquel.

Norma pestañeaba y examinaba el resultado en el espejo, Marion aprovechó para hacerle una serie de fotos.

—Tienes la misma expresión que tu madre: a ella también le costaba entender que a las clientas no les intrigue saber de dónde proviene el cabello —dijo Marion.

Anita procuraba despertar la curiosidad de las clientas y solo cerraba la venta cuando se había asegurado de que no habría más preguntas inconvenientes: puede que la chica pensase del mismo modo. Era hora de ir directa al grano.

—Lambert está dispuesto a pagarte bien por los datos de contacto de los ucranianos. Podrías dejar de trabajar, irte de viaje, lo que quieras.

—Ya me he comprometido con Alvar a entregarle puntualmente cierta cantidad de mechones.

—Eso no bastará: Anita solicitó un préstamo muy grande.

—¿Y por qué...?

Norma ahogó sus palabras en el acto. Marion ni siquiera estaba segura de si había hablado de verdad o habían sido imaginaciones suyas. ¿Será que Norma no se creía que el préstamo era para la mafia ucraniana? ¿Tendría otros datos? A lo mejor solamente se lo había imaginado. Buscó la mirada de la chica, pero ella la rehuyó. ¿Por qué no se conformaba con el dinero? ¿Acaso Alvar y Lambert tenían pinta de ser la clase de hombres con los que merecía la pena estar en deuda? ¿Alguien le pagaba por su silencio? ¿Estaba entregándole el cabello a otra persona? Su ropa era bastante corriente, comprada en una cadena de tiendas de moda sueca. Parecía una persona con pocos recursos, pero el dinero no la tentaba. Marion decidió abrir la botella de vino espumoso que tenía por allí.

—Hablemos en serio —dijo mientras le tendía un vaso a Norma—: la belleza ha sido siempre un sector de mujeres. Las empresas se fundan en casa, sin apenas capital inicial; sin embargo, en cuanto se vuelven rentables, los hombres entran al quite. Las mujeres y las personas de color tenemos mucho en común en este sentido: nos conformamos con tener algún dinero para gastar, no buscamos bienes ni estamos ávidas de enriquecernos. El caso es que, al final, las multinacionales, que están en manos de los hombres blancos, lo devoran todo: Unilever, L'Oréal... tienen a África en sus manos, y China e India son las siguientes en la lista. A Anita esa realidad le parecía intolerable.

Norma agarró el vaso: de pronto escuchaba con más atención.

—Hablas como mi madre.

—Es por eso por lo que Anita se resistía a la idea de que Lambert se llevara los beneficios.

—Nunca entendí por qué mi madre aceptó trabajar para él.

—Una mujer de mediana edad tiene pocas opciones, y sin dinero es difícil hacer nada. Se suponía que esto sería temporal. Teníamos planes para el futuro.

Norma estaba decididamente interesada; volvió a sorber por la nariz. Por un instante Marion consideró proponerle que fuera su nueva socia. ¿Estaría interesada? ¿Sería como ella, que había necesitado una amiga como Anita para dar un nuevo rumbo a su vida, para ver el mundo con otros ojos? Quizá. Pero ¿soportaría la presión? Marion decidió correr el mínimo riesgo posible: le contaría una parte, nada más.

—Íbamos a abrir nuestro propio salón de peluquería: por eso pidió el préstamo. Con los ucranianos habríamos podido despegar.

La chica agitó sus pestañas nuevas como si algo se le hubiera metido en el ojo.

—¿Y dónde está ese dinero?

—En Londres: Anita dio la paga y señal de un local y el resto lo ingresó en un banco. Por supuesto, a espaldas de Lambert: él no permite que la gente se vaya tan fácilmente.

Marion cogió su teléfono y le mostró en la pantalla una foto del local de Bond Street donde pensaban abrir su salón. A la dueña no se le había ocurrido preguntar por el origen de esa cantidad de dinero en efectivo: estaba claro que no entendía de cosas prácticas. Marion suspiró.

—Podríamos abrirlo juntas, tú y yo.

—Tengo que pagarle el préstamo a Lambert.

—Lo resolveremos cuando hayamos abierto el salón.

—El primer plazo...

—No te preocupes, ya se me ocurrirá algo. —Marion le cogió la mano y se la apretó—. Anita nunca le habría revelado los datos de ucranianos a Lambert, jamás. Y tú tampoco deberías hacerlo. Estás haciendo lo correcto. Prométeme que no le hablarás de esto o...

—¿O qué?

—O yo correré la misma suerte que Anita.

Norma apoyó la frente en los azulejos fríos del cuarto de baño. Le pesaba la cabeza: hacía más de cuatro horas del último corte. Se le veía un bucle en la sien. Sacó las tijeras y se desató el turbante. El olor agrio que impregnaba la tela indicaba que algo iba mal. Marion había hablado de su madre con la

ternura que se reserva a los amigos: ella tampoco creía que se hubiera suicidado. Quizá conocía al asesino y le tenía miedo. Había dicho la verdad sobre el negocio, pero había mentido sobre Bond Street, aunque Norma no conseguía adivinar por qué. Puede que el dinero de verdad estuviese en Londres, puede que no. Quizá Marion no tenía ni idea de dónde estaba, quizá quería quedárselo.

Norma hizo correr el agua para camuflar el sonido de los tijeretazos, después cogió los mechones y los ató con gomas. Lo de abrir un negocio no tenía sentido: su madre sabía lo de sus canas; aunque ciertamente explicaba la necesidad de pedir prestado el dinero. Quizá le había mentido también a Marion sobre el motivo del préstamo.

Después de enrollar los mechones y meterlos en una caja, Norma estuvo lista para continuar con las pesquisas y salió del cuarto de baño. Pero Marion ya no estaba sentada en el sofá bebiendo sorbitos de vino espumoso, sino rebuscando entre los envoltorios de celofán que contenían los mechones de Star Locks, Glamour y Dream Hair, Hair Gl'Amour, Simply Natural, Long Beyond y Delightful Hair que les habían entregado ese día. Al parecer, una de las clientas tenía una emergencia, así que tenía que marcharse.

—Seguiremos mañana.

La voz de Marion era diferente; un sudor frío corría por sus sienes. No tenía miedo de Norma, por supuesto, sino del jefe del clan, que la esperaba al otro lado del escaparate.

Cuando el coche hubo desaparecido, Norma cogió el cepillo de pelo que se le había caído del bolso a Marion y se lo llevó a la nariz. Anita no mostraba miedo en sus últimos días, y tampoco recordaba aquel olor en los cabellos de Marion que había encontrado en su casa, solo estrés. ¿Habría descubierto Lambert recientemente que Marion y su madre planeaban abrir su propio salón y vender allí los ucranianos? ¿Estaría dispuesto a tomar medidas extremas solo porque alguien quería marcharse y hacer otra cosa? Las

cámaras de seguridad del metro mostraban claramente que su madre había saltado a la vía por sí misma.

OceanofPDF.com

Lambert hacía girar entre dos dedos las tarjetas de crédito. Para evadir su mirada, Marion dirigió la vista hacia la taza de café, con sus ornamentos dorados: la porcelana rusa de Alla. Se había creído que la emergencia estaba relacionada con una cliente de la agencia.

—¿Alguna vez viste a estas mujeres con Anita? ¿Son clientas de la peluquería?

Alvar le enseñó a Marion las fotos de dos mujeres.

—¿Acaso estas fulanas tienen pinta de clientas?

Lambert le dio un capirotazo en la frente y el café se le derramó en el regazo. Se limpió la falda con el mantel deseando que los demás creyeran que su palidez se debía a la bronca de Lambert.

—Hoy no es un buen día para hacerse la lista. Mira las fotos.

Las retratadas tenían la misma edad que Anita y eran rubias como ella. Marion las había visto por primera vez tiempo atrás, cuando en las calles del barrio de Kallio todavía se toleraba el comercio carnal, pero hacía poco Anita y ella habían coincidido con ellas en un bar, después de lo cual se encontraban cada tanto. Finalmente habían desaparecido, y Marion había intuido que Anita les había pedido que hicieran de testaferros para ocultar el dinero del préstamo.

Había sido una decisión precipitada: Lambert se había demorado tanto en decidirse a darle el dinero a Anita que habían estado a punto de perder las oportunidades que les había brindado el viaje a Laos. Cuando finalmente se lo entregó, Anita había tenido que reaccionar a toda prisa, de modo que solo se le ocurrió pedirles a aquellas chicas que abrieran sendas cuentas donde depositó el préstamo a cambio de una pequeña cantidad.

—¿Tienen algo que ver con Anita? —preguntó Marion—. No las había visto nunca.

—En el bolsillo de Anita había dos tarjetas de visita con los nombres de estas mujeres. Ellas la reconocieron —respondió Alla.

—¿Y por qué no me habíais dicho nada antes?

Lambert sonrió.

—No creo que tuvieran otra función que prestar su nombre. Dejamos que se fueran —dijo Alvar—. En las cuentas quedaba algo de dinero, probablemente nuestro.

—¿Y eso reduce la deuda de la chica? —le preguntó Marion.

Alla dejó entonces de limarse las uñas y se echó a reír con ganas.

Después de la muerte de Anita, Marion había visto a una de esas mujeres caminando por la zona de Linjat. Había corrido a decirle que Anita había muerto y que era un buen momento para desaparecer. Luego le había dado los billetes que tenía en su bolso de mano a cambio de las claves de la cuenta. Apenas le había dado tiempo a transferir la mayor parte del dinero a las cuentas de otros testaferros, esta vez elegidos por ella misma, pero después de hacerlo se había quedado más tranquila, pensando que todo estaba en orden. Se suponía que el clan no podría encontrar a esas mujeres puesto que entre sus negocios no estaba la prostitución, pero de todas formas habían dado con ellas en Copenhague gracias a uno de los perros guardianes. La buena suerte de Marion se estaba acabando y ella caminaba sobre una fina capa de hielo.

Delante de la carnicería halal había un grupo de jóvenes inmigrantes. Aunque Marion no había reconocido a ninguno a primera vista, fingió detenerse a buscar algo en su bolso de mano mientras escudriñaba sus caras una a una. Desde la muerte de Anita se sobresaltaba cada vez que veía un grupo de jóvenes de piel oscura, aunque estaba casi segura de que nadie la relacionaría con los chicos de la emboscada y el bate de béisbol y, de hecho, le parecía improbable que los perros guardianes de Lambert fueran capaces de describir más allá del color de la piel de quienes habían atacado el coche de Anita, ni siquiera el que estaba dentro, vigilándola, cuando el bate había hecho añicos el parabrisas.

Folake estaba alisándole el cabello a una niña; no había más clientas. El hidróxido de sodio hacía que la chiquilla arrugase la nariz de tanto en tanto, pero no dejaba de sonreír y saludó a Marion con la mano. Ahora tendría un pelo bonito y sería muy guapa. Estaba orgullosa. Según dijo, faltaba poco para que cumpliera seis años. Cuando le hubieran quemado el cuero cabelludo suficientes veces, ella también podría ser clienta de Marion. Esta le dio una caja con mechones de cabello a Folake e indagó como de pasada si alguien había ido a preguntar por ella y por los chicos.

Folake ladeó la cabeza.

—*Are you in trouble? You need help?*

Marion negó con la cabeza y, después de hacerle un gesto de despedida a la niña, se marchó. Ya en la calle, se palpó mecánicamente el bolsillo izquierdo de los pantalones: se había acostumbrado a llamar a Anita siempre que la situación empezaba a ponerla nerviosa o si había surgido algo sobre las actividades del clan que pudiera interesarle. A Anita siempre se le ocurría una solución, Anita siempre estaba presta a decidir. Ahora, ella tenía que decidirlo todo sola: había organizado la emboscada, había llamado a Folake y le había preguntado si conocía a chicos adecuados para un

trabajito, había programado la operación y había conseguido liberar a Anita en la que al cabo resultó su última mañana. Después de que el bate de béisbol golpeará el parabrisas por primera vez, el perro guardián de Lambert que vigilaba a Anita había saltado fuera del coche; al tercer golpe, Anita había huido y conseguido camuflarse entre la corriente humana que se dirigía a la estación de metro antes de que los perros guardianes que la estaban vigilando desde lejos se lanzaran a perseguirla.

Cuando, una vez que pillaron a Anita, sonó en el móvil del proyecto el timbre que indicaba que había entrado un SMS, Marion se había imaginado que el mensaje no lo había enviado ella, sino Lambert, que intentaba engañar a los cómplices de Anita para que se delataran. Marion había respondido como si no sospechase nada y había sugerido que se encontraran delante de la peluquería. Lambert, nuevamente desde el móvil de Anita, había enviado otro mensaje pidiendo que se vieran en un lugar distinto. «No, es mejor no cambiar las rutinas», había contestado Marion. Al parecer, Lambert seguía teniendo ese móvil; hasta donde sabía, no lo habían devuelto a casa de Anita junto con su otro móvil. Si ella quisiese, todavía podía jugar: hacerse pasar por la jefa de Anita, puede que incluso extorsionar al clan, proponer un trueque e intentar conseguir más dinero. La idea resultaba tentadora, pero el plan era más importante. No correría riesgos. Ya no.

Poco después, presionaron a Marion para que dijera lo que había visto a través del escaparate de la peluquería: cuatro chicos morenos y un bate de béisbol. O quizá tres. No, no sería capaz de reconocer a ninguno: nunca los había visto antes, o al menos eso le parecía; todo había sucedido muy rápidamente. Claro que había visto el coche que se detuvo frente a la puerta de la peluquería: Anita iba dentro. Había visto que uno de los chicos golpeaba el parabrisas con el bate. No, Anita no acostumbraba a quedar con nadie en la peluquería. No, no tenía ni la menor idea de a quién tenía que ver Anita por la mañana. Estaba tan sorprendida como todos los demás por el giro de los acontecimientos. Por supuesto que no sabía cómo el jefe de

Anita, quienquiera que fuese, había averiguado que esta había sido descubierta.

Marion había escondido el bate de béisbol y el dinero para Anita en el armario de la trastienda: había supuesto que ella se apresuraría a entrar a la peluquería después de que los chicos del bate atacaran el coche. Se había preparado para entretener a los perros guardianes de Lambert y ayudarla a escapar de la peluquería por la puerta trasera. Anita habría podido coger un taxi, ir rápidamente hacia el puerto, marcharse a Estocolmo o a Tallin, adonde quiera que pudiese ir sin pasaporte. Luego Marion habría ido tras ella, pero no: había preferido correr a la estación de metro, quién sabe por qué. A no ser que Anita hubiera querido protegerla hasta el final.

OceanofPDF.com

OCTAVA PARTE

OceanofPDF.com

Después de que Eva me contó su historia, pensé en qué haría si recibiera una llamada diciéndome que te habían pillado. Las sirenas, la policía, los flashes de los paparazis... Todo el circo. ¡Ay, Dios; no podría soportarlo! No podría ir a verte a una institución como a Helena. Solo imaginar que puedas acabar en un sitio así me hace sufrir.

OceanofPDF.com

14/3/2013

Fui de visita a Laajasalo un par de semanas antes de la tragedia de Helena. Se acercaba la Semana Santa y como ella no había hecho preparativos para celebrar la Pascua decidí prepararle un pastel de queso a Alvar. Cuando me disponía a rallar la cáscara de limón, Helena me agarró del brazo y me preguntó dónde estaba el azúcar: quería ayudarme. Hablaba en voz más alta que de costumbre y con una entonación diferente: le brillaban los ojos. Dijo que en Nueva York echaba de menos los abedules y el horizonte: era Eva, que me hablaba a través de Helena.

Al principio creí que Helena alucinaba: en una época habíamos hablado tanto de Eva que no me hubiera extrañado que ella y su mundo se mezclaran en la mente de Helena con las demás voces. Pero lo cierto es que se comportaba como si fuera otra persona. No solo utilizaba expresiones distintas al hablar, sino que toda su gestualidad era otra: se atusaba el pelo igual que tú y aseguraba que había venido a visitarnos al hospital después de tu nacimiento para dar la bienvenida a una recién nacida que era como ella. Yo había creído que el olor a limón y bergamota que había en el aire cuando naciste procedía de alguna de las personas que me habían visitado, ¡pero era Eva! ¡Ella había dejado la habitación oliendo a Shalimar! Había empezado a utilizar ese perfume en Estados Unidos, cuando había necesitado una inyección de confianza en el futuro: en Finlandia, el aroma a limón de la tienda de ultramarinos era el olor de la esperanza y las oportunidades, de las riquezas que esperaban al otro lado del océano. Pero en Nueva York los mismos aromas olían distinto y la nueva vida no cumplía con sus expectativas. Ni el Shalimar, creado precisamente como antídoto para la Gran Depresión, le había dado a Eva la alegría que necesitaba.

Después de que internaran a Helena, cogí a hurtadillas la foto de Eva que estaba guardada entre las páginas de la Biblia, encargué una copia y se la llevé al hospital junto con una pipa con una carga muy pequeña de tu pelo. No lo hice a la ligera: era imposible que la tragedia se repitiese porque estaba muy vigilada; además, hubiera parado de no observar ninguna mejoría en ella. Pero funcionó, y su estado de ánimo mejoró enseguida. Antes de empezar a fumar de nuevo, Helena decía solo incoherencias; solo después de algunas pipas sus palabras empezaron a cobrar sentido, la mezcla de voces adquirió forma y Eva, a través de Helena, pudo contármelo todo.

Desde que Helena tiene permisos para salir durante el día, Alvar y yo la llevamos hasta Kuopio, donde paseamos por la plaza y hacemos gestiones en el banco. El objetivo es que Helena se acostumbre a la vida fuera del hospital. Tengo esperanzas. Creo que va a salir pronto, puede que poco después de que volvamos de Bangkok. Eva espera el momento con impaciencia. A veces tengo la sensación de que aprecia más a Helena que a mí.

Eva no le hablaba a Norma, únicamente a su madre, y eso solo podía significar una cosa: a lo largo de la primavera, a Anita se le había ido

completamente la cabeza. Norma se sentía avergonzada, no se había dado cuenta ni del engaño de su madre ni de su locura creciente. Puede que ambas cosas estuvieran relacionadas. Al tiempo que reflexionaba, Norma toqueteaba la foto de Eva que estaba al lado del ordenador. De pronto, esta cayó cara abajo sobre la mesa; Norma dio un tremendo respingo y se puso la mano sobre el pecho palpitante como si intentase detener una hemorragia. Tras el susto, comprendió que en esos vídeos no obtendría ayuda para resolver sus problemas económicos, ni información sobre dónde estaba el dinero del préstamo, ni una explicación al miedo de Marion ni al extraño comportamiento de Lambert, solo un continuo descenso a la locura.

La mitad de los vídeos habían sido grabados en la casa de su madre y la otra mitad en habitaciones de hotel que podrían estar en cualquier lugar del mundo. En uno de estos últimos se veían revolotear unos visillos bajo unas cortinas de color azul oscuro; en otro, giraba un ventilador de techo. A veces parecía ser por la mañana temprano: la cama estaba deshecha y su madre se ponía crema en la cara; a veces era suficientemente tarde como para que al personal le hubiera dado tiempo de hacer la cama, colocar bombones en la almohada y una botella de agua en la mesilla de noche. En algunos, su madre parecía sonreír a alguien, aunque seguramente estaba sola en la habitación, y ella misma parecía otra persona, pero nunca se comportaba de un modo realmente errático: nada, más allá de las conversaciones con Eva, apuntaba a un desequilibrio mental. Sin embargo, cada frase de su madre hacía aumentar su angustia, cada explicación emocionada hacía crecer su desesperación. El cambio que su madre había experimentado a principios de la primavera era evidente: su voz se había vuelto más firme y no quedaba en ella el menor rastro de la amargura. Parecía tener una misión y esa misión se reflejaba en su voz y en su mirada. Eso sí, no decía ni una palabra del dinero.

15/3/2013

El invierno pasado, Eva me pidió que fuera al hospital psiquiátrico de Niuvanniemi a llevarle una dosis de pelo para su pipa. Mi visita tenía que coincidir con la de Alvar. Al principio no entendí lo que me pedía y, cuando me contó todo el plan, no creí que fuera a salir bien. No obstante, Eva entendía los negocios de Lambert mejor que yo, había intuido que Alvar estaba implicado y creía saber cómo beneficiarse de ello. Alvar acabó ayudándonos involuntariamente simplemente porque se fue de Niuvanniemi habiendo visto una gran mejoría en Helena, que incluso le dio un beso, lo que lo conmovió hasta el punto de que fue a preguntar a los médicos si le habían cambiado la medicación. Por supuesto, había sido cosa de las pipas... y de Eva.

Como Helena parecía estar cada día mejor, Alvar empezó a confiar cada vez más en ella. Incluso le contó que había tenido una novia peluquera a la que habían despedido después de descubrirla robando y que se sentía triste y enfadado. Esa confianza creciente terminó de convencer a Eva de que, pese a los riesgos, su plan podía tener éxito: teníamos que aprovechar la ocasión. Si Helena se lo pedía, Alvar cogería gustosamente a alguien de confianza para la peluquería, a una vieja amiga, una persona discreta. Yo dudaba de mi capacidad como peluquera y tenía miedo del trato con Alvar: no sabía en quién se había convertido. Sin embargo, Eva me aseguró que él y su hermana serían amables conmigo. La red del clan me proporcionaría lo que tú necesitabas y así evitaríamos los errores que Eva había cometido en su vida.

Ella se había relacionado con ese tipo de redes anteriormente: eso no suponía nada nuevo para ella, pero sí para mí. Para disipar mis dudas, Eva me contó la historia de su hijo.

Eva había nacido en Amuri, un barrio obrero de la ciudad de Tampere. Era hija de una trabajadora que, al verla recién nacida, se asustó de sus características hasta tal punto que le rogó a la partera que se la llevara a un orfanato. Al contrario que la madre, la partera no creía que la niña fuese una maldición, sino todo lo contrario. Fue una suerte para Eva porque Kaisu —ese era su nombre— se convirtió en una excelente madre adoptiva, capaz de valorarla. Al morir Kaisu, sin embargo, volvió a quedarse completamente sola. No estaba preparada para continuar con el oficio de partera sin la ayuda de Kaisu, no soportaba la sauna y las espaldas sudadas de los clientes, y el trabajo en la fábrica no solo habría requerido jornadas de trabajo demasiado largas para alguien con sus características, sino socializar con los compañeros.

En un momento de desesperación entró en una iglesia y ahí se encontró con Juhani, el patrón de la casa de Naakka. Aquel hombre olía a casa rica, a nuez moscada y cáscara de limón, a azúcar de caña y tienda de ultramarinos, y Eva decidió emplear todas sus armas para ganarse su afecto. Le salió bien: Juhani la llevó al altar a pesar de las objeciones de su familia, que pensaba que una chica nacida en un nido de rojos y criada por una simple partera no era precisamente un buen partido. Pero a Juhani no le importaba nada de eso, solo Eva y la posibilidad de tener un heredero. Por desgracia, Eva no pensaba igual: los fenómenos de la naturaleza no debían

reproducirse, así que controlaba su ciclo menstrual tal como le había enseñado la partera. Y su reloj biológico avanzaba.

La solución a su problema llegó de forma inesperada: tras la guerra civil, recibió una carta llena de desesperación de una mujer llamada Alma que aseguraba ser su hermana. En Amuri la gente se moría de hambre, y la noticia de que ella se había casado con un rico había llegado hasta allí. Eva le rogó a Juhani, entre llantos, que la dejara ir a Tampere, y este terminó accediendo. Lo que no le contó es que su hermana, que se había quedado viuda durante la guerra, le había escrito en la carta que estaba esperando un hijo.

Eva no se sorprendió cuando su hermana y su madre la reconocieron en cuanto entró en la casa. Tras ellas, la cocina apestaba a raíces de diente de león: la enfermedad parecía haberse infiltrado en la misma estructura de la vivienda. Les quedaba poco tiempo. Había que hacer todo lo posible para que Alma se mantuviera con vida hasta el nacimiento del niño, pero su estado era tan malo que no estaba segura de conseguirlo. Necesitaba un plan B.

Fue a buscar un coche cuyo conductor, a cambio de una generosa propina, la llevó con un hombre que introducía alimentos de contrabando; luego visitó a una partera conocida de su madre que, además de ayudar a las embarazadas a parir, con frecuencia «colocaba» a los niños con familias más adecuadas. Acordó un precio con ella y le dejó sobre la mesa azúcar, harina y tocino: regalos de la casa de Naakka para sus familiares enfermos. Así pues, Juhani tendría un heredero aunque el hijo de Alma muriese, aunque fuese una niña o un monstruo.

Durante los meses siguientes, Eva alimentó a Alma con gachas cocinadas a fuego lento; la cuidó y atendió lo mejor que pudo. Sus esfuerzos tuvieron recompensa: Alma dio a luz a una niña sana y normal, tu abuela. Por desgracia, la hermana de Eva y su madre sobrevivieron muy pocos días. Casi al tiempo de su muerte, la partera apareció con otro recién nacido: un niño.

Eva organizó los entierros de su madre y de su hermana y le escribió a Juhani pidiéndole que enviara a un mozo a recogerla y dándole una noticia sorprendente: era padre de unos mellizos. Habían nacido prematuros, seguramente debido al estrés que le provocaba aquel nido de rojos.

Norma cerró el ordenador y fue a buscar la caja de cartón de su madre. Había guardado el pelo y los vídeos en el cuartito número 12 del trastero; la caja, en casa. Su contenido no le había parecido importante, a excepción de las fotos de Eva, pero quería revisarlo de nuevo con otros ojos. Quizá habría más pruebas de la pérdida de razón de su madre. Sospechaba que había vuelto a fumar pelo: eso le había costado la cordura a Helena.

Los papeles de la caja tenían algo en común: todos estaban relacionados con la procreación, tema al que Anita también se había referido en los vídeos. A Norma nunca le había parecido que su madre tuviera deseos de serlo nuevamente, pero, de haber querido tener más hijos, ¿se lo habría contado? ¿Y si su madre solo había renunciado a ser madre de nuevo a causa de ella misma, de Norma, y de su problema?

La cantidad de mujeres que hacían tratamientos de fertilidad había aumentado en los últimos diez años, al igual que la edad de las madres. En la peluquería, Norma había percibido el olor del clomifeno y de las hormonas inyectadas en distintas mujeres que se quejaban de que se les caía el pelo. Una de ellas le había contado que había hecho todo su tratamiento en Estonia, donde la relación calidad-precio era mejor y no le pedían tantas explicaciones de por qué quería tener un hijo sola; otras habían preferido países con precios aún más bajos. Norma abrió su portátil y echó un vistazo a los límites de edad para el tratamiento en Finlandia. Su madre era demasiado mayor: debía de haber tenido que ir al extranjero.

O puede que su madre hubiera querido que ella, Norma, tuviese un hijo con ayuda médica. Al principio, la idea le pareció absurda. A esas alturas, había asumido que las parejas estables y los hijos no formaban parte de su futuro. Pero ¿y si su madre hubiera querido otra cosa? Puede que Eva le hubiera metido en la cabeza que Norma podía quedarse embarazada con los óvulos de otra mujer. En los vídeos, su madre repetía una y otra vez que estaba haciendo planes para que la vida de Norma mejorara definitivamente.

Una vez, había probado a sostener una relación más formal con un chico que le gustaba, pero él había terminado cansándose de su «insomnio», que no era otra cosa que el tiempo que ella necesitaba para cortarse el pelo durante la noche. Su madre había lamentado aquella ruptura más que ella misma, al igual que cada trabajo perdido.

Llamar a aquel número era un error, Norma lo sabía desde el primer momento, cuando se puso a buscar la tarjeta de visita. Sin embargo, no le quedaba otra: no había dirección debajo del nombre. Había buscado más información sobre el propietario del número, pero no existía: se trataba de un número confidencial o quizá de un móvil de prepago.

El silencio en el coche de Alvar apestaba a incomodidad y a aislamiento. Norma no sabía por dónde empezar, pese a que había pensado las preguntas de antemano. Del SUV que estaba aparcado al lado les llegaba el barullo de unos niños que se negaban a compartir sus Happy Meals con un golden retriever. El punto de encuentro había sido una propuesta de Norma, que había querido quedar en un lugar público sin demasiada gente alrededor, pero a esas alturas estaba arrepentida.

Los niños del SUV se habían puesto a jugar con los muñequitos que venían con la comida. El de la niña parecía una princesa de rizos dorados.

—¿Tu infancia fue así? —preguntó Alvar señalando a la familia con la cabeza.

—No.

—Nosotros no teníamos coche y a Helena tampoco le gustaban los autobuses, así que siempre caminábamos, sin importar cuán lejos estaba el sitio adonde íbamos y el tiempo que hiciera. Cuando empezó a oír voces, tiró la radio y después la televisión. Lambert fue a visitarnos y se enfadó al darse cuenta de que faltaban ambos aparatos. Se me ocurrió decirle que nos los habían robado y me llevé una tunda. En fin, ¿no querías saber más sobre Helena? Por lo general, la gente no se atreve a hablar de ella: lo considera un tema delicado. ¿Anita no te contó nada?

—Muy poco.

—De niño, creía que podía ayudarla a controlar sus voces... Lo deseaba con todas mis fuerzas, pero por supuesto no lo logré jamás. Para ella, yo era una más de las muchas personas que le hablaban. Si me confundía con Juhani, a veces quería conversar conmigo, pero si lo hacía con el doctor Jackson lo mejor era esfumarse. Cuando pensaba que yo era Alma, me hablaba de Amuri y de cómo perseguían a los rojos, o bien de la guerra civil, lo cual era bastante pedagógico. Muchas veces tenía un acento

completamente distinto: podría haber llegado a ser mejor actriz que cantante.

Anita solía culpar a Lambert de que los conciertos de Helena hubieran terminado, pero al parecer se equivocaba. Según Alvar, a partir de cierto momento se negó a cantar por temor a que el micrófono no proyectara su voz, sino la de otra persona. Eso implicaba que sus problemas mentales habían empezado desde Suecia, y no a causa del pelo en pipa.

—¿Y a mi madre también la confundía?

—No, Anita siempre era Anita. A ella, Helena la reconocía siempre, al contrario que a mí. Por lo que a mí respecta, a partir de cierto momento me concentré en lograr que me confundiera con alguien que no la perturbara: si lograba que me confundiera con Alma, usualmente me daba algo de comer. Recuerdo que en aquella época no conservábamos la comida en la nevera, sino en el alféizar de la ventana, por lo que la casa estaba llena de moscas. Fue por entonces que un día Helena se imaginó que el doctor Jackson estaba durmiendo en mi cama e intentó apuñalarme con el cuchillo del pan.

Norma parpadeó (sentía las nuevas pestañas como pesados limpiaparabrisas) y, cuando se dio cuenta de que Alvar le mostraba un antebrazo, apretó los párpados y prefirió imaginarse las cicatrices. No hacían falta más preguntas: Alvar había crecido en medio de la locura de su madre, por eso no tenía miedo a las cosas que los otros temen. Era eso lo que su nariz había interpretado de forma errónea como peligro.

—¿Quieres saber algo más? —preguntó Alvar.

—¿Sabes si alguna vez mi madre se comportó de la misma forma que Helena?

Alvar bajó el brazo.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Es que durante los últimos seis meses...

—¿Estás pensando que Helena lanzó al bebé por el balcón porque una voz se lo ordenó y que algo parecido puede haber movido a Anita a arrojarlo a las vías del metro? —Miró al techo y lanzó un suspiro—. Mira, Helena fue tan rápida que no hubo nada que hacer. Tenía en los brazos al bebé de Marion y parecía arrullarlo de un modo completamente normal. ¿Noté algo raro? Quizá, pero Helena siempre era rara. ¿Habría podido

impedirlo? No lo creo, o puede que sí, si hubiera sido más observador. Pero ¿habría cambiado algo? ¿Marion tendría una familia, unos hijos a los que llevaría al hockey? Quizá Helena lo habría intentado de nuevo, quizá hubiese matado a otra persona o se hubiese suicidado... Puede que yo sea el culpable de lo que pasó, o incluso Marion; puede que Anita se matase porque ya no soportaba su propia culpa, ¿qué opinas? Quizá no le gustaba eso en lo que nos habíamos convertido Marion y yo, quizá le parecíamos unos monstruos y se sentía responsable.

—Basta, por Dios.

—Es inútil que pienses en esas cosas. Pensarlo no cambia nada. ¿Quieres café?

Alvar bajó del coche sin esperar respuesta y se dirigió al McDonald's. Norma se tapó la boca: había estado a punto de decirle que le daría los datos de contacto de los ucranianos, lo que fuera, si le decía que el suicidio de su madre había sido un acto completamente lógico, que su madre había actuado en un momento de lucidez, al comprender la gravedad de su estado, para detener el avance de la locura antes de acabar como Helena. Quería oír que su madre había perdido el juicio. Las numerosas tarjetas con teléfonos de la esperanza que llevaba en el bolso eran para estos momentos de desesperación. Le habían parecido una estupidez cuando la despidieron, pero ya no. Sin embargo, de todas las tarjetas había escogido la de Alvar, pese a que era precisamente con él con quien menos le convenía hablar del deterioro mental de su madre y de las maneras extrañas en que se había comportado: Alvar era la última persona a quien debía mostrar su fragilidad.

Abrió la guantera buscando un pañuelo de papel y sintió un cepillo de pelo. Lo habían utilizado dos mujeres; ambas vietnamitas, jóvenes, embarazadas. ¿Acompañantes de Alvar? No, de ser así Norma las habría oído antes en la ropa de él.

Alvar salió del McDonald's con dos tazas de café. Norma dejó el cepillo en la guantera y palpó otra vez por si encontraba algo más. Nada. Buscó en el suelo, entre la puerta y el asiento y encontró una horquilla. Se la metió en el bolsillo justo cuando Alvar abrió la puerta del coche y le ofrecía el café.

—¿Crees que mi madre se estaba volviendo loca? —le preguntó.

—¿Te resultaría más fácil vivir si te dijera que Anita se había vuelto tan loca que prefería morirse? ¿Crees que así te dolería menos? —preguntó Alvar.

—¿A ti te duele menos?

—No.

Alvar cogió a Norma por la barbilla y la hizo volver la cabeza. No estaba mintiendo, estaba segura. Sus instintos la habían engañado muchas veces, pero estaba completamente segura.

—Tu madre no se había vuelto loca; no era como Helena. Ni siquiera estaba senil. Se relacionaba con personas complicadas, por eso se tiró a las vías, no porque se lo ordenara una voz. Seguramente creía que estaba protegiéndote, pero ya ves: lo único que hizo fue dejar sobre tus hombros el peso de todo este embrollo.

Alvar dijo que tenía que irse a una reunión y Norma se quedó de pie en el aparcamiento. Sacó del bolsillo la horquilla que había encontrado entre el asiento del coche. También había pertenecido a una chica joven y embarazada. Puede que rusa. Su nivel de estrés era mayor de lo habitual. Algo iba mal, pero ¿qué? ¿Esperaba gemelos? ¿Trillizos? ¿Qué podría haber sido?

OceanofPDF.com

Norma estaba tratando de alcanzar una lata de atún del estante superior de la cocina de su madre cuando alguien llamó a la puerta. Dio un respingo, el taburete en el que estaba subida se tambaleó... Volvieron a llamar. Dejó la lata sobre la encimera y fue hasta la puerta. El pasillo estaba oscuro y no consiguió ver nada por la mirilla. Acercó el oído y escuchó la respiración de una persona al otro lado. Las puntas del pelo se le curvaron.

Abrió la puerta de golpe y alcanzó a distinguir en la oscuridad el brillo de unos ojos y la imagen fugaz de una desconocida que salió corriendo escaleras abajo. Consiguió agarrarla de la camiseta, pero ella se volvió, la cogió del pelo y estiró con todas sus fuerzas. El dolor hizo que a Norma se le nublara la vista por un instante, pero no la soltó. Treinta años, un par de hijos, pasta, pan de centeno y queso Edam, un estilo de vida sano, olor a hospital.

—¿Dónde está Anita? —preguntó la mujer.

—Depende de quién pregunte.

—No es asunto tuyo.

—Ahora sí lo es.

La mujer le clavó los dientes en el brazo y se soltó, pero el pelo de Norma también se había soltado; se enroscó en los tobillos de la desconocida y la hizo caer. Luego la mantuvo inmóvil hasta que Norma consiguió ponerse a horcajadas sobre ella. En el piso de arriba, alguien abrió una puerta. Era obvio que la mujer no quería llamar la atención, porque procuró no hacer ruido, incluso intentó no respirar.

—Yo me ocupo ahora del trabajo de Anita —susurró Norma.

—Entonces dame más dinero.

—¿Y por qué debería hacerlo?

—Porque Kristian está muerto y seguro que ahora vendrán a por mí.

¿Dónde está Anita?

—De camino a casa. ¿Qué tal si entramos y charlamos un poco mientras la esperamos?

La mujer sentada en el sofá de Anita no tenía nada de especial: clase media, estatura media, ni muy joven ni muy mayor... Para Norma, sin embargo, resultaba muy especial: era una persona real, no una voz producida por la mente delirante de su madre. Temblaba como un flan y la miraba recelosa. Solo acertó a decir que Anita le había prometido ayuda si surgían problemas. Era enfermera y necesitaba ese trabajo; era tan buena como Kristian, o incluso mejor, y estaba dispuesta a viajar a donde fuera.

—¿Enfermera?

—Especializada: estuve veinte años en Felicitas, Anita debería saberlo.

Norma hizo como que sabía de qué estaba hablando, aunque el nombre de Felicitas no le decía nada. Cuando fue a poner a hervir el agua del té, buscó la página en su teléfono: era una clínica de fertilidad.

—Kristian le dio información a Anita y ella le pagó bien. ¿Cuándo llegará? ¿Sabe lo que le ha pasado a Kristian? ¿Qué haces tú aquí?

—Así que quieres un trabajo... —la interrumpió entonces Norma.

—Aprendí un montón de cosas en Felicitas, que como sabes tiene los más altos porcentajes de éxito; y ahora, en las clínicas de la agencia, he atendido infinidad de embarazos múltiples. Soy muy confiable, Anita lo sabe.

—No sé si necesita algo.

—Tengo esto. —La mujer agitó un fajo de papeles—. Kristian siempre ha sido muy negligente con las listas de pacientes, yo no: los he clasificado y sé que esto es lo que queréis. Y también tengo esto. —Agitó un móvil—. Kristian quería mostrarle este vídeo a Anita, pero ya no tuvo noticias de ella.

Puso en marcha el vídeo y le tendió el móvil a Norma.

En la pantalla se veía una habitación de hospital con un biombo, tres camas herrumbrosas, botellas de suero. La pintura de las paredes estaba desconchada y, en general, todo se veía en mal estado. En las camas había tres chicas, las tres embarazadas. Una de ellas parecía estar sufriendo: se

llevaba las manos a la cara una y otra vez y luego se masajeaba la barriga. Las otras dos, sentadas en el lecho con una bandeja en las rodillas, la miraban con indiferencia: se limitaban a seguir comiendo. Una mujer rubia vestida con ropa ajustada observaba la escena con desgana mientras fumaba un cigarrillo. De pie a su lado había un hombre de piel oscura que se acercó a la chica que lloraba. En una esquina de la grabación había un letrero en cirílico: aquello debía de haber sucedido en Rusia o en Ucrania.

Norma se disculpó y fue a la cocina a poner a hervir agua para el té. No entendía nada.

—Anita no me ha hablado de ti, ¿cuál es tu función? —preguntó al volver.

—¿Ah, no? Yo soy la coordinadora de maternidad subrogada de la agencia. Ya sabes, tengo que viajar aquí y allá en busca de las chicas adecuadas. Últimamente he ido sobre todo a Rumanía y a Bulgaria, donde las chicas son baratísimas: a veces basta con que les consigamos los papeles para irse a otro país. Eso sí, las clínicas de la agencia son muy decentes: las chicas son voluntarias y las tratamos bien.

La voz de la mujer había adquirido un tono de justificación, como si intentase convencer a alguien de la honradez de sus acciones. La tetera silbó y Norma volvió a levantarse. Volvió con una taza de agua caliente y una bolsita de té.

La mujer cogió la taza, pero enseguida la miró a los ojos, nerviosa.

—No tenías ni idea de nada de lo que te he dicho y mostrado, ¿verdad? ¿Tú también trabajas para Lambert? —Su voz iba subiendo de tono—. ¡¿Dónde está Anita?! —gritó al fin.

Norma apenas tuvo tiempo de esquivar el agua caliente. La mujer corrió a la puerta derribando en su camino un velador con el florero que tenía encima y las macetas de esparragueras, que por fortuna ya estaban prácticamente secas. Norma intentó alcanzarla, pero resbaló con los trozos del florero y las macetas. Se limitó a preguntarle a gritos qué había sucedido, cómo había muerto Kristian, si había sido un suicidio, si Anita le había pagado en efectivo, pero la mujer ya había desaparecido.

Ahora lo comprendía: esas personas tenían una fábrica de niños y Anita había querido comprar un bebé para ella misma o para Norma. ¿De verdad

no había encontrado otra solución? ¿Esas personas eran las únicas que no habían hecho preguntas? La maternidad subrogada era ilegal en Finlandia. Norma recordó los cabellos que había encontrado en el coche de Alvar, pero no supo qué pensar. Puede que su madre de verdad estuviera perdiendo la cabeza, a lo mejor temía los análisis de sangre y demás pruebas que pudieran detectar las pipas de pelo. O quizá no estuviera pensando en sí misma, sino en Norma. Se tratase de lo que se tratase, había deseado un niño tan intensamente que había estado dispuesta a meterse en asuntos ilegales. Si el niño era para Norma, habría corrido el riesgo para evitárselo a ella. Quizá por eso le había contado cómo Eva había conseguido a sus dos hijos ilegalmente y cómo le había mentado a su marido: había querido recordarle que la gente como ella no tenía otra opción.

OceanofPDF.com

Cuando Norma volvió de comer, vio a una pastor alemán sentada en los escalones de la peluquería. La perra había detectado su olor ya de lejos, por supuesto, y la observaba fijamente mientras ella se acercaba caminando cada vez más lento. Alvar abrió la puerta antes de que ella tuviera tiempo de dar la vuelta al edificio y entrar por la puerta trasera. No le quedó más remedio que detenerse y dejar que la perra le husmeara minuciosamente los tobillos antes de entrar.

En cuanto cruzó la puerta, percibió el olor de su propio pelo y se mareó. Marion estaba peinando a una rubia que llevaba mechones de pelo de Norma entremezclados con su propio cabello. Norma la reconoció: era la rubia del vídeo de la enfermera. El mareo se intensificó y ya no fue capaz de quedarse allí; le dio un empujón a Alvar, salió corriendo y cruzó la calle sin preocuparse por los cláxones de los coches ni por los chirridos de los frenos; siguió a trompicones hasta el parque y vomitó bajo unos árboles. Era la misma persona que aquella enfermera le había mostrado en la pantalla del teléfono: era la misma rubia, y llevaba su pelo.

Después de vomitar, fue a sentarse en un banco a la sombra, sacó del bolsillo los parches de escopolamina y se los puso detrás de las orejas, por debajo del turbante. Poco después oyó los pasos de la perra en la gravilla y Alvar le puso en la mano una botella de agua.

—El calor a veces no me sienta bien —dijo Norma—. ¿Quién es esa rubia?

—Alla, la mujer de Lambert. ¿Por?

Norma se sentía mejor poco a poco. Había reaccionado demasiado rápido: no tendría que haber preguntado nada sobre la mujer. Seguía teniendo en la nariz el olor de su pelo mezclado con el de ella, con la grasa de su cuero cabelludo, el vino espumoso del día anterior, la dieta baja en calorías. En la cabeza de esa mujer, sus cabellos no reaccionaban a su

presencia: no la reconocían. Se habían integrado en la vida de esa mujer rubia y, a pesar de revelar un nivel de estrés más alto de lo normal, también emanaban pasión. La rubia era feliz con Lambert. Recorría el mundo de su mano, repartiendo felicidad a unos y tristeza a otros; cigüeñas a la derecha, guadañas a la izquierda. A pesar de todo, Norma no comprendía para qué querría su madre el vídeo de Alla con aquellas chicas embarazadas. ¿Por qué su madre no se había limitado a conseguir un niño? ¿Por qué le interesaba aquella grabación?

Alvar chasqueó los dedos delante de ella.

—¿Quieres que pida ayuda?

Norma abrió los ojos.

—¿Ha venido a exigir el dinero?

—Ha venido a la peluquería. ¿Tienes problemas con las personas que te proveen de cabello? ¿Te han mostrado una foto de Alla?

—No.

—¿Una foto mía o de Marion? ¿O de Lambert? ¿De algún niño?

—¿Y por qué iban a hacerlo?

—Reconociste a Alla y ahora lo niegas.

—Puede que me haya encontrado con ella por la calle, si es que viene aquí a menudo.

—¿Y vomitas siempre que la ves?

Norma se dio cuenta de que estaba acariciando a la perra sin darse cuenta, aunque los animales siempre desconfiaban de ella: percibían que era diferente a las otras personas; la olfateaban e inspeccionaban más que a los demás.

—¿Para quién trabajaba Anita? ¿Quién era su jefe?

—No sé de otro jefe aparte de Marion.

—No entiendo qué pretendes, pero se te está acabando el tiempo. Al igual que el jefe de Anita, Alla está ahora mismo calculando tu precio, y si crees que merece la pena tenerle más miedo a él que a la rubia que está en la peluquería, estás equivocada.

Alvar se levantó para marcharse y le ordenó a la perra que lo siguiera.

—Llámame —le dijo a Norma.

Norma no podía volver a Rizos Mágicos, no ahora. Se iría a casa y seguiría viendo los vídeos. Alguna lógica tendrían. Se había propuesto reconstruir los últimos momentos de la vida de su madre para aclarar qué había pasado realmente, y eso implicaba buscar un hilo conductor en la locura de Anita.

OceanofPDF.com

La propuesta de un encuentro en el restaurante Hilpeä Hauki llegó totalmente por sorpresa, mediante un mensaje escueto: el tipo de mensaje que sugiere un auténtico deseo de llegar a un acuerdo. La chica quería que hablaran enseguida. Cuando Marion llegó, Norma ya estaba esperándola. El sobre que había sobre la mesa alentó sus esperanzas.

—¿De qué solía hablar mi madre en sus últimos días? —preguntó Norma.

—De nuestro futuro negocio: estaba entusiasmada —respondió Marion—. Era nuestro sueño.

—Entonces, ¿por qué se arrojó a las vías del metro?

Marion no conseguía sostenerle la mirada a Norma, pero estaba segura de que ese era el momento oportuno para hablar. Cogió la jarra y se sirvió agua con hielos; los hizo tintinear para tapar el croar de las ranas. Finalmente sacó uno y lo apretó en el puño.

—Lambert se debió de enterar de nuestros planes y quiso deshacerse de Anita. Creo que pensó que no podía permitir que nos fuéramos y mucho menos que nos lleváramos con nosotras la exclusividad del cabello ucraniano, como planeaba tu madre.

—Pero fue mi madre quien saltó a las vías.

—Lambert es un maestro en ese tipo de cosas.

Norma frunció el ceño, se frotó los ojos, arrugó la nariz. Marion acababa de revelar algo importante y esperaba un aluvión de preguntas. Pero estas no llegaron. El croar de las ranas se intensificó, el hielo se le derritió en la mano y formó un charco sobre la mesa. Le hubiera gustado contarle todo para que la chica entendiera por fin su situación, pero no podía, no era capaz; ni siquiera se lo había contado a Anita, aunque hubiera podido omitir solamente la parte que confirmaba su participación. Sin embargo, Anita habría leído entre líneas, habría comprendido que le estaba

ofreciendo una verdad a medias. No habría sido capaz de mirar a Anita a los ojos si esta hubiera sabido cómo le había mentido a Albiino en Cartagena, cómo le había hecho creer que estaban en Colombia en un viaje de negocios, dado el auge del sector del cabello en ese país. Terminada la guerra contra el narcotráfico, Colombia quería ser como Venezuela: una fábrica infinita de reinas de belleza; había magníficas oportunidades y aquel viaje significaba un ascenso. Y Albiino le había creído. A Anita, en cambio, le había contado que Albiino se había ido de viaje con su nuevo amor dejando a Alvar con el corazón roto.

—Lambert asesinó a Anita —dijo Marion pesadamente—, estoy segura de ello: así es como Lambert trata a la gente que no paga sus deudas.

Marion repitió sus palabras para asegurarse de que la chica había entendido lo que decía. Nadie dejaría pasar la oportunidad de vengarse del asesino de su madre y Norma podría hacerlo fácilmente dándole a ella los ucranianos. Norma permaneció callada.

—Podemos irnos cualquier día y dejar todo atrás —continuó Marion.

—¿Y si Lambert nos persigue? ¿Y el préstamo?

La chica había abierto la boca. Era un comienzo.

—Es una cuestión de organización: tengo mis medios para mantener a Lambert a raya.

—Podrías haberlos utilizado cuando mi madre estaba viva.

—No nos dio tiempo. El dinero está esperando en Londres. Después de abrir el salón, podremos pagarle sin problemas. Para tener éxito solo necesitamos el cabello ucraniano —dijo Marion—. Si no me crees, puedo conseguirte una copia de los papeles del banco, incluso un extracto de la cuenta bancaria. Las dos queremos una nueva vida y juntas podemos conseguirla. Solo tienes que confiar en mí.

Norma frunció los labios y puso el sobre entre los vasos. Marion estaba segura de que la había convencido.

—Cuando empaquetaba las cosas de mi madre encontré esto. Pensé que quedarían bien en las paredes de la peluquería.

Marion dejó caer el sobre en la mesa después de abrirlo. La decepción apareció en su cara. Se masajeó los brazos como si tuviera frío. Norma sacó de pronto las fotos del sobre.

—Mi madre había apuntado en su agenda que tenía que llevarle unas fotos antiguas a Johannes. ¿Te dice algo el nombre? Yo no conozco a ningún Johannes.

Marion cogió bruscamente su bolso y se levantó de la silla, pero volvió a sentarse tan deprisa como se había levantado, volcando su vaso de agua. El bolso cayó al suelo, pero ella no reaccionó; se puso a secar la mesa con un par de servilletas. Luego se levantó y fue a la barra a traer más servilletas. Finalmente, metió los cubitos de hielo en el vaso, todo esto sin decir una palabra. Su reacción sorprendió a Norma: cuando culpaba a Lambert de asesinato, las palabras de Marion habían sonado seguras y firmes, pero ahora se comportaba de un modo absurdo. ¿Realmente había pensado que le creería tan fácilmente?

—Puede que Anita planeara llevárselas a Helena a Niuvanniemi: Johannes era una de las voces.

Marion no miraba a Norma, sino que le hacía señas al camarero para que trajera todavía más papel.

—Explícamelo.

—No hay nada que explicar... Lambert no es un buen hombre, pero Helena lo quería. Cuando recibió la solicitud de divorcio, el impacto emocional fue tal que abortó. Porque Helena estaba embarazada en aquella época. A partir de aquel momento, nunca volvió a ser la misma —contó Marion—. Pero escucha, tienes que olvidar esas cosas: ya no tienen ninguna importancia. En lugar de eso, tenemos que hablar de cómo alejarnos de este caos y de Lambert.

—Antes quiero que me cuentes de Johannes.

Marion cogió una servilleta y empezó a hacerla pedazos.

—Ayúdame a entender por qué mi madre tenía que llevarle estas fotografías a Helena.

—Quizá simplemente quería alegrarla: Helena tenía una obsesión por las fotografías antiguas y por el fantasma de un fotógrafo ambulante que, según ella repetía en su delirio, había sido su amante y le había propuesto

llevarla con él a Estados Unidos, o algo así —dijo Marion, quien, después de terminar de desgarrar una servilleta, había seguido con otra—. Cuando Helena encontraba fotografías antiguas en una revista, las recortaba para guardarlas, convencida de que las había tomado Johannes. En casa, esos recortes estaban por todas partes. No invitábamos a nadie porque Helena se dedicaba a contarles cómo Johannes estaba reuniendo el dinero para el viaje fotografiando a prostitutas en poses al gusto de sus clientes, entre los que había personas importantes que también les ayudarían a conseguir pasaportes con nombres distintos, un acta de matrimonio, etcétera. Johannes lo organizaría todo, tan solo tenían que tener cuidado de que no se descubriera su romance.

A Norma le dio la impresión de que Helena debía de contar esa historia tan disparatada simplemente porque Lambert la había maltratado: parecía un mecanismo de defensa.

Marion, por su parte, se había preguntado muchas veces de dónde habría sacado su madre determinados detalles de su supuesta historia con Johannes, sobre todo las reiteradas referencias a cierta masacre acontecida en un lugar llamado Calumet, que efectivamente estaba en Estados Unidos. Alvar había comprobado que, tal como decía su madre, en aquella ciudad había habido, en las primeras décadas del siglo xx, una huelga de mineros en la que tuvieron un gran protagonismo los inmigrantes finlandeses y que terminó con un baño de sangre. De hecho, se decía que, después de aquello, se convirtieron en el blanco principal de las autoridades de inmigración. Alvar había intentado encontrarle una explicación. Helena no sabía sueco cuando se mudó a Gotemburgo, puede que hubiera leído sobre la tragedia y se identificara con los inmigrantes finlandeses en Norteamérica: el fiscal de Calumet había exigido que los testigos oculares respondieran en inglés y, como ninguno lo hablaba, habían llamado a testificar a personas que no habían visto nada, pero que sabían el idioma.

Cuando terminó de destrozar la tercera y la cuarta servilleta, Marion dijo que tenía que irse y se marchó. Norma se metió las fotografías en el bolso. Por lo visto, Marion no quería saber nada de ellas.

2/4/2013

Johannes se presentó un día con su cámara en la casa de Naakka y dijo que quería fotografiar las vacas lecheras que habían sido premiadas. Eva había abierto la puerta y ella misma se las enseñó, pero Johannes se dedicó a sacarle fotos a aquella mujer tan hermosa e ignoró completamente a las vacas. Buscó pretextos para seguir viéndola y terminaron por enamorarse. Estaba a punto de marcharse a Norteamérica, el país de las oportunidades, y empezó a insistirle a Eva para que se fuera con él. Ella dudaba, desde luego, pero sus cabellos se doblaban hacia Johannes como si fueran de azúcar de cebada y ondeaban como si estuvieran preparados para hacer un viaje por mar.

La posición de Eva en la casa de Naakka no era fácil: los dos niños que correteaban por el jardín no habían bastado para granjearle el afecto de su suegra, que la vigilaba constantemente y sin duda terminaría por descubrir el verdadero origen de sus hijos o bien su propia condición de fenómeno. Además, su marido insistía en que le diera más hijos y, pese a que solía beber a escondidas té de ortigas y bayas de enebro, nada le garantizaba que no se quedaría embarazada. El nacimiento de un hijo con su sangre y su misma anomalía daría al traste con su vida. Era mejor marcharse antes de que eso sucediera.

La realidad de Estados Unidos resultó ser muy diferente a como Eva se la había imaginado, sobre todo porque Johannes solo encontró alojamiento en una pensión de Harlem. Eran prácticamente los únicos blancos en el barrio y aquella Rapunzel llamaba mucho la atención. Muchos se paraban a mirarla; los niños intentaban tocarle el pelo a escondidas. Eva temía todo el tiempo escuchar el sonido de unas tijeras detrás de la oreja: que la esquilasen como a una oveja. En Harlem, el aire apestaba a pelo quemado:

en los hornos de la peluquería se calentaban día y noche las planchas para alisar el cabello y las mujeres llevaban pelucas hechas con pelo de mujeres blancas. Al cabo de una semana, presencié el primer robo de una peluca en medio de la calle; el ladrón huyó, pero poco después la policía lo encontró y arrestó: tenía la peluca escondida en el colchón.

La mala fama de los inmigrantes finlandeses, entre los cuales había muchos comunistas, le dio un motivo para temer también a las autoridades de inmigración. Quienes pensaban que la independencia de Finlandia mejoraría la situación tuvieron que esperar mucho tiempo aún, aunque sin duda era una satisfacción que a los finlandeses no se les registrara como rusos ni como rusos-finlandeses. Para Eva, sin embargo, esos progresos significaban poco. En Harlem llamaban demasiado la atención: tenían que irse a una zona donde pasaran desapercibidos. Pero el poco dinero que tenían se lo habían gastado en el viaje.

Una solución simple habría consistido en vender su pelo: la moda de las melenas bob iba dejando paso, en esos años, a una novedad francesa, unos postizos a un tiempo voluminosos y ligeros que ofrecían la posibilidad de llevar el pelo corto durante el día y un peinado de bucles largos en las salidas de noche; pero no lo hizo por miedo a ser descubierta. Más tarde, sin embargo, comprendió que aquello había sido un error. Tenía el éxito asegurado, pero no supo aprovechar su anomalía cuando hubiera tenido que hacerlo. Como no quería que te sucediera lo mismo, me propuso un plan.

Como nos imaginamos que te opondrías a la idea de vender tu pelo, consideramos que era mejor no contártelo. Mis primeros estudios del sector me hicieron dudar del plan de Eva, que se basaba en la competitividad insuperable de tu pelo, que resultaría irresistible: las fábricas chinas producían veinte mil kilos de pelo de calidad Remy a la semana; las rusas, treinta mil kilos de cabello de calidad Remy al mes. Yo no entendía por qué el clan de Lambert enloquecería con tu pelo si había tal oferta de pelo natural. Eva se reía de mis dudas: según ella, yo solo tenía que confiar en que tu pelo hiciera su magia.

Algunos vídeos de su madre no eran más que una voz en off sobre una imagen de césped o flores, pero en otros se veía a su madre y a Helena sentadas en el jardín de manzanos de Niuvanniemi. El edificio de administración se perfilaba al fondo y la simetría clásica de su fachada contrastaba con el desequilibrio interior que se manifestaba en los extraños ángulos de las tomas y las interrupciones de la grabación a mitad de una frase. En algún vídeo, Helena y su madre aparecían sentadas en el columpio del patio y tras el rechinar del columpio podían oírse los gritos del personal sanitario a algún enfermo. Detalles como ese hacían recordar que, pese a lo que el entorno pudiera hacer pensar, no estaban en un museo ni en una mansión abierta al turismo, sino en un manicomio.

En uno de los primeros vídeos, grabado en el verano, los manzanos se veían cargados de manzanas verdes; en un vídeo del otoño, su madre pasaba por delante de los mismos árboles y cogía las frutas maduras. Sus palabras se mezclaban con el ruido de los mordiscos. En invierno, el césped de la zona de árboles estaba cubierto de nieve. Su madre se levantaba el cuello del abrigo y lo acariciaba como si fuera un gato mientras elogiaba una vez más el efecto beneficioso que las pipas de pelo tenían en Helena. En esa época le había dado a Norma la buena noticia de su nuevo puesto de trabajo.

En una de las grabaciones, detrás de Helena aparecía la plaza de Kuopio. Cuando la dejaban salir, se ponía tan elegante que nadie habría imaginado que era una residente de Niuvanniemi. Se la veía concentrada recordando el día en que ella y Johannes habían partido del puerto de Hanko para Estados Unidos. Explicaba que el dormitorio comunitario del hotel de inmigrantes era un horror; se acariciaba el pelo y encendía la pipa. Cuando Helena era Eva, parecía mucho más concentrada y lúcida, su acento

cambiaba y dejaba escapar palabras en inglés. En esos momentos, Anita siempre le decía «Eva».

Quizá el propósito de esa grabación en particular fuera convencer a Norma de que Eva realmente hablaba a través de Helena. Una parte de la historia de Eva podría ser verdad, como que había nacido en Amuri y la habían abandonado en manos de una partera, o que se había casado con un hombre rico. Sin embargo, también podía ser que todo fuera un invento de su madre: esta sabía cómo funcionaba su pelo y podía haber urdido historias que resultasen creíbles para ella. No era imposible que luego se las hubiera contado a la pobre Helena, y que incluso le hubiera susurrado el secreto de su pelo segura de que, en caso de que se lo revelara a alguien más, no la creerían. A lo sumo, aumentarían su medicación.

Pero Norma no se lo había contado todo a su madre: no le había revelado que también era capaz de leer en los cabellos la muerte, los tumores, las enfermedades... Había percibido algo así por primera vez cuando era niña, en una tienda: la cajera tenía un tumor y moriría. Ya entonces había comprendido que esa facultad suya de prever la muerte se convertiría en una carga demasiado pesada para su madre si se la revelaba, que no podría pasar de largo ante esas personas como si nada, sin intentar llevarlas al médico y salvarlas. ¿Cómo era posible, entonces, que su madre y Helena hablaran de ello en un vídeo?

Marion volvió a meter el teléfono en el bolso de Norma. Nunca se había encontrado con un móvil tan vacío, no en una persona de esa edad, y al fin y al cabo atendía a jóvenes todos los días. Había esperado encontrar intercambios de mensajes o de correos sobre lo que le había dicho en el restaurante Hilpeä Hauki acerca de Lambert y el asesinato de su madre, pero al parecer Norma no había contactado con nadie desde entonces. Quizá solo era un golpe de suerte: si la chica se hubiera apresurado a ir a casa de Lambert a acusarlo de asesino, él sin duda habría conseguido sonsacarle quién se lo había dicho y Marion no estaría aquí sentada ni habría podido pasar la mañana esperando el momento en que la chica dejase su teléfono sobre la mesa, ni estaría ahora revisando su bolso, cuyo contenido era tan inútil para ella como el propio teléfono: un par de bolsitas de nueces y pipas, unas tijeras y un montón de tarjetas con teléfonos de apoyo psicológico.

No era la primera vez que Marion revisaba ese móvil. También lo había hecho buscando pistas sobre los ucranianos, pero en vano: solo había encontrado mensajes sobre los preparativos del entierro de Anita, textos estúpidos de compañeros de trabajo y coqueteos con un hombre. Los mensajes antiguos de Anita estaban relacionados con la gestión de asuntos cotidianos y los últimos eran los típicos saludos neutros de alguien que está de vacaciones. Las aplicaciones de las redes sociales brillaban por su ausencia y no había más que un par de fotos en la cámara, una de una noche con los colegas de su antiguo trabajo y la otra de Anita. Todo el mundo tenía al menos una foto suya en el teléfono; Norma no: su teléfono era el de una persona que tiene algo que esconder, el teléfono de un criminal, aunque un criminal habría preferido un móvil desechable.

Norma tenía que continuar poniendo extensiones en la peluquería. Marion se palpó instintivamente el bolsillo del pantalón donde solía llevar

su móvil del proyecto como si pretendiera llamar a Anita y preguntarle por qué Norma no había reaccionado ante el candidato a asesino que ella le había servido en bandeja. Por la mañana, la chica había llegado a su hora habitual y había empezado enseguida a preparar los mechones para la primera clienta. Tenía el mismo aspecto de siempre, incluyendo la misma mirada huidiza. Tal vez seguía conmocionada por la pérdida de su madre: eso explicaría las preguntas extrañas sobre las voces de Helena. Era obvio que no había comprendido la gravedad del asunto.

En el teléfono, Marion solo había encontrado una cosa interesante, aunque también inesperada: Norma le había enviado un mensaje a Alvar proponiéndole un encuentro el día antes de su cita en el restaurante Hilpeä Hauki. ¿Sería que Alvar había sido más rápido que ella? ¿Le habría prometido a la chica pruebas de que no se trataba de un asesinato, sino de un suicidio? ¿Creía Alvar que así conseguiría los datos de los ucranianos y cualquier otra información que Norma pudiera tener? Alvar no le había mencionado nada al respecto.

NOVENA PARTE

OceanofPDF.com

Los Lambert tenían delirios de grandeza: querían conquistar el mundo entero y habían elegido las áreas de negocio adecuadas para su cruzada. Se dice que quien controla los sueños, controla el mundo, pues yo digo que quien controla el cabello, controla a las mujeres, y quien controla su capacidad de reproducción, controla también a los hombres. Quien mantiene a las mujeres satisfechas, satisface también a los hombres, y quien les da a las personas obsesionadas con su pelo y con los bebés lo que quieren es su rey.

OceanofPDF.com

No era la primera vez que Marion esperaba a Alvar frente al portón de Villa Helena. Había ido tras darse cuenta de que su hermano, nuevamente, no se lo había contado todo. Odiaba tener que hacer siempre lo mismo: ir allí, sentarse y esperarlo sentada en un banco instalado sobre la tapa del pozo cegado. Había ido a buscar a Albiino y a otras a las que preferiría no recordar y, el día en que Lambert había interceptado a Anita en el aeropuerto, había ido por Anita, rezando por encontrarla allí. Esta vez no iba a buscar a nadie; quizá tan solo a sí misma. Pero una vez más deseaba que sus sospechas fueran infundadas. Sin embargo, a medida que Alvar se acercaba lentamente al portón, intuyó que había motivos para estar preocupada.

—¿Hay alguna noticia? —le preguntó.

Alvar no respondió, se limitó a encender un cigarrillo.

—Pase lo que pase, Norma se irá de vacaciones, ¿no es cierto? — Marion no distinguió su expresión en la penumbra, pero notó cómo se concentraba en la perra para evitar responder. Estaba claro que no le contaría lo que había pasado en su encuentro con la chica—. Aunque entregase los datos de los ucranianos —continuó Marion—, aunque firmase el contrato, aunque encontrase el dinero del préstamo de Anita...

Marion se calló. Después de que Norma reconociera a Alla en la peluquería, esta le había preguntado por la vida privada de la chica, si tenía un novio, exnovios que pudieran preocuparse si desaparecía de repente o moría accidentalmente. Lo cierto es que no solo no tenía novios o exnovios, sino ni siquiera amigos, ni apenas familia, salvo aquella tía que se había tragado el supuesto accidente de Anita sin chistar y una abuela completamente ida. En todo caso, nadie que pudiera investigar y encontrar la verdad. Quizá ni siquiera la echarían de menos. Una venganza sobre la hija por la traición de su madre: un modo tan bueno como cualquier otro de

cobrar las deudas. La chica era una tonta si creía haber llegado a algún acuerdo con Alvar, eso no cambiaría nada. De pronto, Marion sintió un escalofrío: quizá, en virtud de ese acuerdo, Norma le contaría a su hermano lo que ella había dicho sobre Lambert.

—Vete a casa a dormir —le ordenó Alvar.

—No tengo sueño.

—Muy bien. Lambert tiene una nueva clienta que quiere óvulos de una mujer que se parezca a Angelina Jolie: ya tienes una tarea para esta noche.

—¿Norma está en la lista de Lambert? ¿Y quién más?

—Lasse no —dijo Alvar.

Marion abrazó a Alvar, que no se esperaba en absoluto esa reacción de su hermana; sintió vergüenza y también cierta melancolía. Marion lo soltó. No sospechaban de Lasse, eso era fundamental. Mientras tecleaba el código del portón, Alvar le dijo:

—Nadie duda de la lealtad de Lasse, créeme.

—¿Y de la mía?

La pregunta se le escapó. Quedó flotando en el aire como una ramita de heno seca. El portón se cerró. Le había dado la impresión de que Alvar decía la verdad. A pesar de todo, recogería la caja de metal de la casa de Lasse: por si acaso. Había utilizado su última arma: acusar a Lambert de asesinato. Tenía que pasar a la siguiente etapa. Llevaría su plan hasta el final.

Todo había empezado cuando ella y Anita, tras un largo día de trabajo, habían abierto una botella de vino blanco y se habían sentado a hojear revistas del sector y a charlar sobre cómo sería la peluquería de sus sueños. Era fundamental que las clientas apreciaran su talento y jamás preguntaran el precio. Los letreros del escaparate tendrían tipografías modernas, habría una máquina de café expreso y un ayudante que sacaría a pasear los perros de las clientas mientras Anita les ponía los rulos calientes. Estaría en Lafayette Avenue, en Brooklyn, en Bond Street o Covent Garden.

Después de que Anita le trajese la primera tanda de «ucranianos» y ella se los llevara a Folake, Marion sintió por primera vez que aquel sueño

podría hacerse realidad. Folake y las otras nigerianas notaron que los ucranianos se entrelazaban con el cabello afro mucho mejor que los mechones rusos que solían utilizar. Incluso el estilo Nicki Minaj pasó de moda (relativamente, puesto que las mujeres negras siempre querrán algo que está vedado a sus cabellos afro: una melena que ondee al viento), las chicas continuaron trabajando con los ucranianos y constataron que se adaptaban a la perfección a cualquier cabeza. Folake, por su parte, los había enviado a Nigeria y poco después los pedidos de extensiones habían empezado a llegar en masa. Alla estaba entusiasmada, y ni qué decir de Lambert.

El mercado del cabello en Nigeria había crecido al ritmo acelerado de la clase media: cuatro de cada cinco mujeres llevaban extensiones. Una madre y su hija podían gastarse hasta catorce mil dólares en su cabello, pero eso sí: exigiendo una gran calidad. El cabello peruano y el chino eran demasiado pesados, y al indio le faltaba la anhelada elasticidad, pero el ucraniano ondeaba y se adaptaba, e incluso se rizaba de forma natural desde la raíz. Cuando Folake les habló de la novia a la que había sorprendido la lluvia y cuyo peinado, pese a todo, se había mantenido en condiciones para la ceremonia, Marion entendió que aquellos cabellos eran mágicos: su pasaporte a la libertad. Cuando estaban mojados, los ucranianos ganaban volumen desde la raíz de forma perfectamente natural y las puntas conservaban una sedosa ondulación.

Lambert no se pudo resistir a semejante ecuación. Ya tenía una «fábrica de bebés» en Nigeria, bajo la tapadera de una planta embotelladora de agua (las chicas y los bebés eran muy baratos en Nigeria), pero el cabello podía ser un gran negocio en sí mismo además de una tapadera perfecta, un motivo completamente creíble para viajar al país, conocer mujeres, ir a su casa, investigar su situación económica, convencerlas de hacer algo por sí mismas y por otras mujeres... europeas.

Lambert quería que alguien fuera a explorar el terreno y pensó en Marion. Al fin y al cabo, los demás andaban ocupados. Tenía que viajar sola pero se apresuró a llamar a Anita para que la acompañara: esa sería su oportunidad, allí empezaría la cuenta atrás de Lambert.

El plan consistía en combinar la investigación del posible mercado para una serie de salones de belleza con la recogida de testimonios y de pruebas sobre las «fábricas de bebés» de Lambert. Marion y Anita cogieron vuelos diferentes, se alojaron en hoteles diferentes y no se vieron hasta que subieron al coche que las llevaría a la supuesta planta embotelladora. Anita se presentó a la encargada, una enfermera a la que todo el mundo llamaba Mama, como una enviada de Lambert y le pidió que la dejara hablar con algunas de las chicas. Mama dudó, pero la suerte jugó en favor de Marion y Anita.

La planta había sido allanada apenas tres semanas antes por la policía, así que nadie esperaba un nuevo registro, al menos no enseguida. Sin embargo sucedió, y sucedió justo cuando estaban hablando con Mama. Todo fue muy caótico: mujeres que gritaban, lactantes que lloraban, cunas por el suelo y, en medio de todo, la tranquilidad estoica de Mama, su certeza de que el dinero siempre lo resolvía todo.

En cuanto empezó el bullicio, Marion y Anita se escabulleron y fueron detrás de una chica que parecía estar al final de su embarazo e intentaba salir al patio trasero. La alcanzaron en la puerta de la cerca que rodeaba a la planta y que milagrosamente estaba abierta. Un policía la resguardaba, pero el dinero que llevaban Anita y Marion en sus bolsos bastó para aplacarlo.

Le ofrecieron a la chica llevarla a un hospital, cogieron un taxi y, ya durante el trayecto, se ocuparon de convencerla de que aceptara contar su historia delante de la cámara de vídeo que Marion había comprado para la ocasión. Lo hizo en la misma sala de espera. En la grabación, la chica contó, entre llantos, que la habían llevado a la planta tras visitar a una partera para que la ayudara a abortar. En vez de practicarle el aborto, la partera la había entregado a la gente de Lambert, que la había tenido encerrada desde entonces. En la planta había conocido a chicas que, al contrario que ella, podían entrar y salir: habían parido quién sabe cuántos niños y, como pago por cada uno, habían recibido un teléfono móvil nuevo.

Marion se entusiasmó ante la posibilidad de dar a conocer este testimonio, pero Anita se mostró decepcionada: no tenían pruebas sólidas contra Lambert, aparte de una «fábrica de niños» que seguro estaría a nombre de otras personas; la chica jamás había oído hablar de Lambert, ni

siquiera de la agencia La Fuente, no tenía ni idea de quiénes eran las clientas ni a dónde llevaban a los niños. Para colmo, la policía parecía tener más interés en que la fábrica siguiera abierta que en cerrarla.

Decidieron que Marion se dedicaría al encargo de Lambert y Anita, haciéndose pasar por una sueca deseosa de tener un bebé, intentaría encontrar pruebas contra Lambert. En su interior, sabía que no sería fácil y que acabaría teniendo que visitar todos los países donde el clan había tejido sus redes.

El clan quedó satisfecho con el informe de Marion sobre Nigeria. Le dieron más viajes de trabajo de responsabilidad y permiso para hacerlos sola: nadie sospechaba que Anita la acompañaba. Y como salían airoas una vez tras otra, Anita se volvió cada vez más temeraria. Solo mientras preparaba su último viaje a Tailandia sintió por primera vez que ya había visto suficiente.

OceanofPDF.com

4/5/2013

Lambert tardó dos meses en comunicarme su decisión sobre el préstamo y, cuando finalmente me mandó llamar, saboreó el momento: me dejó un rato de pie en medio del despacho mientras fingía leer unos papeles como si no hubiese notado que estaba allí; a continuación, «se percató» de mi presencia y se puso a hablar del tiempo. Yo ya estaba segura de que no me daría el dinero, pero en ese momento Lambert dio un manotazo en la mesa y dijo que cómo no le iba a conceder un préstamo a una amiga en apuros. Luego le ordenó a Alvar que trajera el portafolio: ahí estaba la cantidad que yo le había pedido.

Después de eso, ya no había vuelta atrás: estaba en deuda con Lambert. Desde entonces, el clan me lo recuerda continuamente mediante pequeñas insinuaciones disfrazadas de gestos amigables. Alla, por su parte, me ha propuesto varias veces acompañarme a Ucrania para conocer a mis supuestos parientes vendedores de cabello y ayudarme a resolver los problemas con los que puede encontrarse una persona como yo, sin experiencia, con las autoridades fiscales del país. En cada ocasión me ha asegurado que pondrá a mi disposición todos sus recursos. Hasta hace poco pude seguir pretextando las cosas más variadas para que no fuera conmigo, pero en la última ocasión tuve que prometerle que iríamos en otoño.

Decir que tus cabellos provenían de Ucrania y de un familiar no fue premeditado: acababa de empezar a trabajar en Rizos Mágicos y me pareció que ese origen resultaba verosímil y justificaba lo elevado del precio. ¡Cómo iba a saber entonces que Lambert tenía negocios allí! Estoy segura de que Alla ha estado haciendo preguntas sobre el cabello y que cree que muy pronto estará susurrándole al oído a Lambert que ese género increíble está finalmente en su poder. Ni siquiera me sugirieron que, como pago por el préstamo, les diera los datos de contacto de los ucranianos, como yo había temido. Difícilmente habría podido negarme, dado que supuestamente me urgía el dinero para conseguirle el riñón a tu abuela. Pero Lambert se conformó con que yo dependiera de él para poder manipularme. En realidad, sabía perfectamente que no tenía modo de pagarle y que muy pronto podría obligarme a hacer cualquier cosa.

OceanofPDF.com

10/5/2013

Al principio, Marion consideraba que nuestro sueño era inalcanzable, luego comprendió que era posible, siempre que el clan no se interpusiera en nuestro camino. Yo tan solo tenía que alimentar su rencor, recordarle cómo los Lambert la habían menospreciado, alentar sus sueños. Usé con ella los métodos del clan y le dibujé un panorama donde ella misma elegía el cabello para Ursula Stephen o Rihanna. Con el tiempo, el peluquero de Paris Hilton se convertiría en nuestro cliente: se nos abrirían todas las puertas. Nuestras clientas aparecerían en las portadas *Vogue*, *Harper's Bazaar*, *Elle*, *Cosmopolitan*... Y serían *nuestras* clientas, ni de Alla ni de Lambert. Éramos como Thelma y Louise.

Pero primero tendríamos que librarnos del clan, y Marion sabía cómo hacerlo: todos a la cárcel. Lo llamábamos el *big bang*.

OceanofPDF.com

11/5/2013

Hace veinte años que me arrepiento cada día de haber enviado aquella pipa a Helena y probablemente durante los próximos veinte años me arrepentiré diariamente de haber destrozado los sueños de Marion, de haberla engatusado con el propósito de traicionarla, de haber sido precisamente yo quien se aprovechara de ella mucho más de lo que Lambert se ha aprovechado nunca.

Sin embargo, ha sido inevitable: necesitaba dinero y contactos con personas del sector y sin Marion no habría conseguido ninguna de las dos cosas. Sin ella no habría podido reunir las pruebas para el *big bang* y jamás saldaría mis deudas. Para hacer realidad mi sueño, necesitaba dinero que no tuviera que devolver. Si no hubiese alentado la ambición de Marion, nunca habría conseguido que fuera mi aliada.

Ella no se imagina nada, no sospecha de nada, se limita a imaginar nuestro maravilloso futuro. Verlo resulta muy duro para mí: no quedará ni rastro del dinero y Marion no tendrá su maravilloso salón. No voy a seguir vendiéndole tu cabello. Todo esto terminará cuando tú y yo nos instalemos en Bangkok y empecemos una nueva vida.

OceanofPDF.com

Norma se dedicó a mirar en internet los vuelos que salían del aeropuerto de Helsinki-Vantaa mientras intentaba asimilar las palabras de su madre. Todavía no tenía información sobre dónde estaba el dinero, pero sabía que su madre había pedido un préstamo que no pensaba devolver, algo que solo parecía posible recurriendo al chantaje, y la información y los vídeos de Kristian eran perfectos para ese propósito. Si su madre ya se había puesto en marcha, eso le habría dado al clan un motivo para deshacerse de ella, lo cual explicaba las acusaciones de asesinato de Marion. Sin embargo, había algo que no cuadraba: en cuanto Marion había empezado a hablar de Lambert en el restaurante Hilpeä Hauki, la temperatura de su cuero cabelludo había aumentado como si estuviera mintiendo. Aunque quizá esa mentira tuviera una explicación: si Marion se había enterado de la traición de su madre, se habría puesto furiosa y tendría un motivo para asesinarla. Puede que hubiera querido echarle la culpa a otra persona, y Lambert era una opción creíble. Quizá Lambert no era el único que conocía esos métodos que Marion había mencionado para conseguir que un asesinato pareciera un suicidio.

Buscó el número de Alvar en su teléfono, pero no llamó. El día de vencimiento del préstamo se acercaba, la venían a ver personas implicadas en el tráfico de niños y su madre, además de morir en extrañas circunstancias, había traicionado a más gente, aparte de a ella. Su desesperación se desbordó como la leche hirviendo. Tenía que marcharse ya mismo, huir a Estados Unidos como Eva. Esta sería su última oportunidad para hacerlo.

DÉCIMA PARTE

OceanofPDF.com

¿Recuerdas que, además de aquellos sueños locos que te despertaban de niña, a veces también tenías pesadillas? Los detalles variaban, pero había algo que se repetía: eras descubierta y te atrapaban. Ya de más mayor soñaste que sufrías un accidente y te quedabas en coma durante un mes; al despertar, estabas encerrada en un instituto de investigación. Tenías sueños en los que te quedabas tirada en medio del desierto por culpa de una avería en el coche o de un accidente, y mientras esperabas a la patrulla de rescate tenías que arrancarte el pelo porque habías olvidado las tijeras en casa.

OceanofPDF.com

19/4/2013

El sector de las postales tradicionales había entrado en crisis después de la guerra. Por una parte, las tarifas de correos habían aumentado; por otra, ya nadie enviaba postales al frente. Los escasos ingresos de Johannes procedían de vender postales con paisajes de su patria a los inmigrantes finlandeses. Por eso, cuando descubrió la concentración de arte y contrabandistas de la Cuarta Avenida, decidió volver a su antigua profesión de fotógrafo. Su selección de postales de chicas era floja debido a la ley sobre la obscenidad, y por descontado no tenía la calidad de las francesas. Sabía que él mismo podía hacerlo mejor. Falsificaría los sellos de estudios famosos. La modelo exótica la tenía en casa. Ya la había fotografiado antes Eva, aunque sin fines comerciales, ahora tocaba convencerla. Primero le tomó algunos retratos coquetos, pero inofensivos (uno de los cuales tu abuela guardaba en la Biblia), después le propuso tomas más atrevidas. Ella dudó, pero terminó por acceder, aunque posando con la cara cubierta.

Las postales de Johannes se hicieron populares. El misterio de la modelo excitaba a los hombres y, veces, él les enviaba a sus clientes pequeños mechones de pelo de Eva para excitarlos aún más. El éxito supuso un cambio de vida radical: Johannes y Eva se mudaron a la mejor zona de Manhattan; para cenar, un cocinero les preparaba chuletas de cordero o pollos rellenos. La bañera estaba llena de whisky de contrabando.

Cuando las tinturas de angélica y romero silvestre que había traído de Finlandia se terminaron, Eva procuró tomar todas las precauciones posibles, pero pronto empezó a sentir náuseas matinales y tuvo que rendirse a la evidencia: estaba embarazada. Alguien le recomendó unas pastillas francesas que vendían en la farmacia y le garantizó que con ellas recuperaría su ciclo menstrual, pero resultaron ser un timo y, para colmo, las náuseas aumentaron. Johannes, ignorante de la verdadera causa, se preocupó, pero ella las atribuyó a algo que había comido y le prohibió llamar al médico. Por la mañana, mandó a Betty, la criada, a buscar más pastillas y aceite de tanaceto. Trajo lo que le habían pedido, pero para asegurarse de que Eva comprendía el peligro que corría le habló de una amiga suya que había tomado algo parecido y había terminado muriendo de una hemorragia. Ella tenía una propuesta mejor.

20/4/2013

El efecto del éter pasó y Eva se despertó. Apenas podía moverse y no comprendía lo que había pasado. Lo último que recordaba era que Betty le cogía la mano para calmarla. Ahora no la veía por ningún lado; en la habitación no parecía haber nadie, solo pelo por todas partes. El susto de haber sido descubierta se redobló en cuanto descubrió al médico y la enfermera: yacían en el suelo y miraban fijamente el techo con ojos inertes. Alrededor del cuello tenían cabello entrelazado; el médico todavía sostenía unas tijeras en la mano. Eva no solo había sido descubierta, sino que iba camino de la silla eléctrica.

La recepcionista llamó a la puerta... esperó... golpeó de nuevo, llamó en voz alta al médico, después a la enfermera. Eva contuvo la respiración e intentó conservar la calma. Procuró levantarse, se apresuró a colocar una silla bajo el pomo de la puerta y empezó a buscar su ropa. Bajo un biombo que se había caído, encontró su bolso, sus zapatos, su vestido y su abrigo. El sombrero estaba aplastado bajo otro mueble. Encontró los guantes, pero no el collar. Cogió el maletín del médico, lo vació y enseguida se puso a meter allí todo el cabello que pudo recoger del suelo, las sillas, las palanganas... Se maldijo por haber buscado los servicios de una clínica abortiva en vez de resolver las cosas ella misma. Había creído que trescientos dólares bastarían para resolver su problema, que sería más fácil y más seguro. Ahora esa decisión podía significar la pena de muerte. Maldijo a Betty: por su culpa había dado su verdadero número de teléfono. Ella había dado un nombre falso a la recepcionista, pero Betty se había apresurado a decirle el número verdadero pese a que ella la había tirado de la manga y le había lanzado una mirada asesina. Eso había sido un error. Ahora tenía que apresurarse para llegar a casa antes que la policía y hacer desaparecer todas las fotos y negativos en los que aparecía su cara.

La recepcionista volvió a golpear la puerta, giró el pomo e intentó abrir, pero la silla se lo impidió. Se oía el tictac del reloj de pared. Miro la ventana: aquello era Nueva York, allí debería de haber una escalera de incendios. ¿Habría salido Betty por allí o por la puerta? Seguro que por la escalera. Betty era negra: sabía que no era sensato por su parte permitir que la atraparan. ¿Si culpaba a Betty conseguiría salirse con la suya? ¿A quién creerían antes, a una mujer de color o a una comunista finlandesa? La matanza de Calumet, la mala fama de los finlandeses... Eva no tenía mejores perspectivas que una criada negra, las dos estaban al mismo nivel.

La recepcionista había vuelto a la puerta y empujaba. La silla había empezado a ceder.

Pero en ese momento Eva ya había saltado por la ventana. Estaba en la escalera de incendios. Fuera.

Norma acarició las puntas de su pelo. Su madre afirmaba que podían matar. Puede que solo quisiera atemorizarla; al fin y al cabo eso es lo que

había procurado hacer siempre. Mientras las demás madres advertían a sus hijas sobre las faldas demasiado cortas y los callejones oscuros, a Norma le contaban auténticas historias de terror sobre los bichos raros y sus destinos desgraciados. Si se olvidaba de la hora del corte de pelo, su madre le soltaba una perorata sobre fenómenos que habían acabado exhibiéndose por dinero, siendo utilizados en los experimentos de Mengele o en manos de algún coleccionista, y luego le preguntaba retóricamente a Norma si quería semejante futuro para ella.

Hizo una búsqueda rápida con las palabras «asesinatos con cabello». Los resultados mostraban, básicamente, accidentes con tintes tóxicos. ¿Sería cierto que sus cabellos serían capaces de matar?

21/4/2013

Eva había pasado muchas veces por delante de aquel local: en el escaparate había un salón con su máquina de permanentes, tan parecida a las máquinas de ordeñar; en la trastienda, una mesa de póker, apuestas, botellas de whisky, novias de gánsteres y ropa interior que se vendía a tres dólares aunque la etiqueta con el precio marcara diez. La heroína corría de mano en mano en papelinas de color marrón. Eva fue a la puerta trasera y vendió su cabello por primera vez. Luego cogió el dinero y huyó.

La policía dio con la casa de Eva. Allí encontraron a Johannes, pero este no les dijo nada: al fin y al cabo tenía un negocio ilícito. Además, ni siquiera sabía que su esposa estaba embarazada. No tenían nada contra él, así que terminaron por soltarlo. La recepcionista de la clínica clandestina había sido detenida. Recordaba el pelo extraordinariamente espeso y rubio de Eva. Un policía, por pura intuición, probó a mostrarle una postal obtenida en una redada y ella inmediatamente reconoció el pelo de la mujer sin rostro de la foto: sin duda era la misma que había acudido a abortar. Las revistas empezaron a hablar de «la hermosa mujer sin rostro» que había asesinado a un médico abortista y a su enfermera, pero no hicieron mayor énfasis en su melena: en aquel tiempo solo resultaba escandaloso llevar el pelo corto, testimonio de una vida licenciosa. Sobre los mechones de pelo que se encontraron aquí y allá en el cuarto hubo toda clase de hipótesis, pero ninguna concluyente. Incluso hubo quien especuló que estaban

relacionados con algún tipo de ceremonia de magia capilar con la cual la asesina había intentado exorcizar a los malos espíritus de semejante lugar.

7/5/2013

Eva acabó en Chicago por casualidad. Durante varios meses siguió pensando en que debería abortar, pero no se atrevió a hacerlo ella misma: temía que su propio cabello se volviera en su contra si intentaba deshacerse del bebé, cuyo pelo sentía crecer en su vientre y moverse de un modo parecido al suyo.

Al cabo, tras muchas pesquisas, sobre todo entre prostitutas, dio con un médico, el doctor Jackson, que atendía este tipo de casos en la clandestinidad. A esas alturas, el feto estaba tan desarrollado que perfectamente podía nacer, pero Eva cerró los ojos a ese hecho: solo quería dejar de sufrir y que su hijo tampoco sufriera. Para evitar que su pelo agrediera al doctor, se rapó, con grandes dificultades, antes de salir hacia la clínica clandestina.

Tras la operación, Jackson le aseguró que el bebé había muerto, pero desde el primer momento ella supo que mentía. Prefirió engañarse y se fue de ahí. Solo tiempo después investigó y se enteró del verdadero negocio de Jackson, que entregaba a los niños vivos a las mafias para que hicieran lo que quisieran con ellos. En el caso de un fenómeno, como seguramente sería su hijo, su destino más probable era acabar alimentando el morbo del público. Desde entonces examinaba a conciencia los anuncios de los circos y escuchaba con atención cualquier cosa que la gente dijera sobre los monstruos a los que exhibían. La torturaba la incertidumbre y se despertaba por las noches imaginando que su hijo la llamaba, que la buscaba y la llamaba, esperándola.

Norma se sorprendió: quizá en algún lugar del mundo hubiera alguien más como ella. No era imposible que el hijo o hija de Eva hubiera sobrevivido y que, incluso en un circo, viviendo una vida desgraciada, hubiera tenido descendencia.

Si ella quisiera, podría encontrar fácilmente a ese familiar o familiares. Sería suficiente con hacer exactamente lo contrario que su madre le había enseñado: grabarse y luego colgar ese vídeo en la red. Ni siquiera tendría que advertir que estaba buscando a gente como ella: su pariente la contactaría sin duda. Cuando era más joven se habría atrevido. En esa época solía reírse de las precauciones de su madre, a veces solo por llevarle la contraria, y había afirmado a menudo que el mundo nunca había estado más preparado para que una nueva comunidad saliera del armario. Su madre la había considerado una ingenua y había observado con preocupación cómo la telerrealidad conquistaba el mundo y renacían los circos de *freaks*, ahora transformados en programas de televisión. Anita los veía todos, desde *Body*

Shock a *My Shocking Body*, además de otros programas disfrazados de documentales, y la evolución del género la había horrorizado. Norma la tranquilizaba entre risas: las series de más éxito hablaban de minorías sexuales, personas poco comunes y hasta vampiros y zombis: todos los *freaks* habían salido ya del armario. Ella también podría hacerlo, ella también podía vivir como los demás. Quizá no hubiera otros exactamente como ella, ¿y qué?

Si hoy saliera a la luz, es posible que mañana mismo pudiese hablar con alguien como ella. Ya no estarían sola, ni ella ni la otra persona. Podrían demostrar juntas que todas las sospechas de su madre estaban equivocadas. Norma siempre había soñado encontrar a alguien con quien compartiera los mismos problemas y su sueño se habría cumplido.

Giró el ventilador y se lo apuntó a la cara. La nuca y las sienes se le habían humedecido y el cuello de su camisa estaba mojado: era como si su pelo estuviera llorando.

OceanofPDF.com

18/5/2013

Nos pasamos tu infancia acudiendo a médicos especialistas, a curanderos y a toda clase de vendedores de humo. Yo les hablaba vagamente del crecimiento desmesurado de tu pelo deseando que un milagro, maldición, exorcismo u homeopatía, lo que fuera, funcionase. Quería encontrar a alguien en cuyas palabras pudiera intuir que existían más personas como tú y soñaba que algún día nos cruzaríamos en una sala de espera con una pareja como nosotras, madre e hija, y que tú las reconocerías si yo no era capaz.

Al final, fue el azar el que me condujo a la persona adecuada. Conocí a Grigori en un viaje de trabajo a Estocolmo y, para mi sorpresa, en algún momento nuestra conversación derivó hacia la hipertrichosis hereditaria. Me contó que se había especializado en tratar el hirsutismo y había investigado la mutación genética que causaba la hipertrichosis. Solo hay cincuenta casos conocidos y la rareza de la enfermedad le resultaba interesante: antiguamente, se encerraba a las personas que la padecían porque se creía que tenían poderes sobrenaturales.

Grigori ha conseguido curar a una mujer que sufría hipertrichosis. Yo misma la he conocido. Ahora su pelo es normal y su hijo nació sano.

Curarte no será barato, pero es posible y, cuando te vuelvas normal, podrás tener una familia, una vida corriente, todo lo que siempre he querido para ti. El dinero que le he quitado a Lambert servirá para ese fin.

Acordé la fecha del *big bang* con Marion solo cuando me hube asegurado de que Grigori era nuestro hombre.

Norma, cariño, hay muchas cosas de las que habríamos tenido que hablar. Perdóname si he callado durante tanto tiempo. He intentado contarte en estos vídeos todo lo que debes saber. Si algo sale mal, Eva te ayudará a

encontrar estas cintas; luego, tendrás que marcharte a toda prisa: vete al aeropuerto de Helsinki-Vantaa, coge el primer vuelo a donde sea y de ahí busca cómo continuar hasta Bangkok. Para entonces, todo estará preparado y pagado. Te haré saber quiénes son las personas de contacto y te daré sus datos. Ellos te conseguirán papeles con otro nombre. Quizá me esté preocupando para nada, pero Lambert tiene perros guardianes en todas partes. Hay varias personas que saben lo que he estado haciendo y alguna de ellas, tarde o temprano, podría irse de la lengua.

La historia de Eva me ha hecho ver que nunca podemos estar seguras de cómo va a reaccionar tu cabello. Su comportamiento, sin embargo, no es caprichoso: parece siempre buscar defender a aquella en cuya cabeza crece. En estos últimos meses jamás se ha comportado conmigo de forma amenazante: ha aprobado todo lo que he hecho hasta ahora. Eso me tranquiliza.

Pero más que del comportamiento incontrolable de tu cabello he tenido miedo de otra cosa, de algo a lo que ninguna mujer ha conseguido resistirse: de las tentaciones del corazón. Sabía que tarde o temprano encontrarías a alguien de quien querrías algo más que un rato de compañía. Tarde o temprano tu corazón te traicionaría, como traicionó a Eva. Por eso he hecho todo esto: confiaba en tu inteligencia, pero no en tu corazón.

OceanofPDF.com

UNDÉCIMA PARTE

OceanofPDF.com

Los tailandeses prefieren utilizar chicas vietnamitas, birmanas o taiwanesas. No es una cuestión de precio, sino de diferencias culturales: los tailandeses respetan más a sus propias mujeres. Tengo la impresión de que sucede lo mismo con todo el mundo: es más fácil utilizar a alguien que no es como tú. Harías bien en recordarlo.

OceanofPDF.com

Los nuevos folletos de la agencia La Fuente estaban esparcidos sobre la mesa. Alla comprobaba las versiones en ruso, Marion en finés y en sueco. La Fuente exigía calidad; nada de errores, nada de chapucería. El diseño había costado un ojo de la cara, habían elegido el papel más caro y echado mano de la mejor imprenta. Todo esto se notaba en el resultado. Alvar era quien más había insistido en que los folletos se imprimieran en varios idiomas; así, las clientas tendrían el material en su lengua materna, lo que inspiraba confianza. Ahora estaba concentrado revisando los vídeos de presentación de las madres de alquiler, también excelentes. De vez en cuando, todos echaban un vistazo al reloj de pared: Lambert había llamado hacía unas horas y había ordenado que pusieran a enfriar el champán. Había llegado el momento de celebrar una pequeña fiesta.

Cuando apareció por fin, entró canturreando la canción del verano y fingiendo bailar. Cogió muchos folletos y fue danzando por la habitación y tirándolos al suelo.

—Pronto habrá que imprimirlos también en vietnamita —dijo al fin—. El gobierno del país está cambiando su posición respecto a la maternidad subrogada. El viceprimer ministro ha hecho unas bonitas declaraciones sobre el sueño de la maternidad, al que todo el mundo tiene derecho.

De pronto se puso serio y dejó que se hiciera el silencio. Marion sintió un pellizco de frío y arrugó el ceño como si hubiera salido directamente de la sauna al frío glacial del invierno. Miró a Alvar, que negó discretamente con la cabeza: él tampoco sabía de qué se trataba.

—Ha llamado Dimi: han analizado el ucraniano. —Se sentó de golpe empujando la mesa de centro. Las copas de champán, que estaban preparadas en la bandeja, tintinearón—. Es tan perfecto que piensa que tal vez haya sido producido en un laboratorio.

—¿A qué se refiere? —preguntó Alvar.

—Tomaron muestras de varios mechones distintos y estos comparten el mismo ADN, como si provinieran de la misma persona. Cree que alguien ha descubierto el modo de producir en poco tiempo un cabello extraordinariamente similar al humano, aunque sin los defectos de este, y que los colaboradores de Anita están involucrados en el proyecto.

Marion comprendió que Anita les había mentado: no tenía ningún familiar recorriendo los pueblos de Ucrania para recopilar trenzas. El cabello debía de proceder de un laboratorio cuyos propietarios tendrían capital, laboratorios, personal. Alguien hablaría, sin duda. Lambert encontraría a ese alguien y daría con el fabricante.

—Dimi está haciendo todo lo posible por encontrar más cabello que coincida con ese —dijo Lambert—. Ha encargado muestras por todo el mundo. En cuanto lo encontremos, no tardaremos mucho en llegar a la fuente. Aunque siempre sería más fácil que la chica nos dijera lo que sabe. ¿Hay progresos a ese respecto?

—La chica tiene que pagar su deuda en breve ¿y de qué otro modo iba a pagar sino dándonos los datos de sus familiares en Ucrania? Pero aun así seguiremos sin saber qué se proponía Anita, para qué o para quién recopilaba información y, quizá lo más importante, dónde está su cámara —reflexionó Alvar.

—Desde luego eres un aguafiestas —dijo Lambert. Lanzó un suspiro de hastío y enseguida añadió—: Sácale esos datos y ya veremos qué sigue.

Todos salieron, menos Marion. Había notado que, cuando habían hablado de la chica, Alvar había evitado mirarla. Así sucedía también cuando estaba enamorado de Albiino, la otra hija de Reijo. Cuando este último murió, Lambert la había acogido, a ella y a su hermano, como si fueran de su familia, pero en algún momento ya no quiso perdonar sus robos, pero sobre todo que se hubiera aprovechado del cariño de Alvar.

En la sala de estar de la casa de Lambert solía haber una foto en la que se lo veía posando con sus hijos Marion y Alvar, y a Reijo Ross con su nueva familia, incluidos Albiino y su hermano. La fotografía había desaparecido y Alvar había recibido un chalet y un coche nuevo. No parecía

lamentar la muerte de Albiino mucho más de lo que Marion lamentaba la de Bergman, su novio de juventud, su pretexto para irse de casa. Apariencias. Marion creía que Bergman supondría el comienzo de su nueva vida. Tras su muerte, había comprendido que ese comienzo nunca llegaría: no llegarían el amor, ni su propia familia, nada ni nadie propios. Solo Lambert y sus intereses. Pero eso iba a acabar ya. Su determinación era tal que sintió cómo sus miembros se desentumecían. Al cabo, todo parecía indicar que la chica no había llegado aún a ningún acuerdo con el clan. Quizá había quedado con Alvar solo para preguntarle por el último día de Anita, igual que a ella le hizo preguntas estúpidas sobre las voces de Helena. Marion seguiría con los planes e incluso intentaría salvar a esa tonta. Así, la chica no se quedaría rondándole la cabeza como Albiino.

OceanofPDF.com

Alvar hacía tamborilear sus dedos sobre el volante en los semáforos en rojo, en los cruces y rotondas, en los cambios de carril, pero no dijo ni una palabra en todo el trayecto desde el almacén hasta la peluquería. Se acercaban al barrio de Kallio. Por fin, Marion se decidió a romper el silencio.

—¿Tiene sentido lo que dijo Lambert sobre el ADN del cabello ucraniano? —preguntó.

Alvar apagó la radio, pero siguió sin abrir la boca.

—Estás de mala leche, ¿eh? Escucha, tengo una peluquería de la que hacerme cargo. Si la chica se va de vacaciones, tendréis que enviarme a alguien para sustituirla.

—La última vez te llevé a Anita y las cosas no salieron demasiado bien. Habla con Alla.

Alvar continuó mirando fijamente hacia delante con la mandíbula apretada. Marion deseó con todas sus fuerzas que cooperase al menos un poco. Cuando Anita y ella habían empezado a planear el *big bang*, Marion se había mostrado decidida a meterlos a todos entre rejas. Más tarde, sin embargo, había cambiado de idea y había decidido salvar a su hermano de la avalancha que provocaría la explosión. La propia Anita había sugerido que tal vez podrían poner a Alvar sobre aviso, pero solo cuando ya no tuviera posibilidades de intervenir.

—Norma no ha hecho nada —dijo Marion—, deberían dejarla ir. A mí Lambert no me hará caso, pero a ti sí.

Alvar se echó a reír.

—¿De veras lo crees?

—¡Tú sabes mover los hilos correctos!

—Tú también sabrías, si te esforzases un poco.

—No serviría de nada: Lambert siempre ve a Helena en mí.

—Eso son imaginaciones tuyas. Lambert solo ve en ti a una tonta que lo puso todo en peligro por creer en las mentiras de Anita. Piensa que no estás hecha para este trabajo.

Marion sorbió la nariz y Alvar le ofreció un pañuelo.

—¿No te has preguntado qué fue de Albiino? —preguntó Marion.

—No.

—¿No te interesa averiguarlo?

—¿Por qué iba a importarme? ¿Y por qué piensas en esto ahora, si ni siquiera te caía bien?

—No me gusta participar en las conferencias de las clientas con los vientres de alquiler —dijo distraídamente. Alvar no entendió esa respuesta.

Marion pensaba en una de esas conferencias en particular: aquella ocasión en que, para su sorpresa, había visto aparecer en la pantalla nada menos que a Albiino. Tenía la mirada perdida, debido a las anfetaminas. Fue uno de los castigos de Lambert, sugerido por Alla. Días después, el futuro padre había llamado para preguntar si no podía echarse mano de la inseminación natural. Según él, su esposa estaba de acuerdo.

Solo el terremoto de Haití había salvado a Albiino: la futura madre había leído u oído en algún sitio que la catástrofe suponía la situación más propicia para adoptar: en medio de la crisis, las autoridades seguramente facilitarían los trámites. No tenía por qué esperar, podría ser madre enseguida. El marido aceptó a regañadientes y toda la operación se canceló. Y luego pasó lo que pasó con Albiino.

Ahora habían elegido como vientre de alquiler a Norma, y después, quizá, también se iría de vacaciones. La idea había sido de Alla, aquel día en que vio a Norma salir precipitadamente de la peluquería.

—Tienes que convencer a Lambert de que deje a Norma fuera de esto —insistió Marion.

—Ya está decidido, incluso hemos citado a los futuros padres para que la conozcan.

—Diles que se ha puesto enferma.

—No puede ser.

—Espera unos días. Para entonces, Norma ya habrá comprendido cuáles son sus opciones.

—¿Eso te tranquilizaría?

—Sí, claro que sí.

—No entiendo tu insistencia, pero en fin.

No había logrado salvar a Anita y ahora no sabía si podría salvar a su hija o siquiera conseguirle unas condiciones algo mejores. Deseaba más que nunca el *big bang*. Se marcharía, daba igual adónde. Y avisaría a Alvar unas pocas horas antes... Siempre que él cumpliera su promesa.

OceanofPDF.com

Lasse sopesó un manojo de ucranianos y después lo dejó bruscamente encima de los vestidos que cubrían el sofá. No había logrado decidir cuál ponerse para la Marcha del Orgullo. Iría de Marilyn, la madre de todas las rubias platino.

—Esta democratización del rubio platino y los labios de pato me ha hecho valorar a Marilyn más que nunca —dijo mientras le servía más café a Marion—. ¿Y si fuera disfrazada de Nicole Kidman? El negocio de los vientres de alquiler se disparó cuando ella acudió a uno para tener un hijo. Y lo mismo hizo Sarah Jessica Parker. Quizá, para variar, podría ir de morena...

—¿Alguna vez alguien ha preguntado algo sobre la caja?

—¿Cuál? ¿Esa? —Lasse señaló la caja de metal. Luego fue por ella y la puso sobre la mesa. Marion la cogió y la metió en su bolso: dormiría mejor sabiendo en todo momento dónde estaba la caja, aunque fuese en mitad de la noche, y no teniendo que preocuparse si Lasse no contestaba a sus mensajes inmediatamente.

—No, nadie.

—¿Y por alguna otra cosa?

Lasse seguía creyendo que la caja contenía los ahorros de Marion y que se la había dado a guardar a él simplemente porque no se sentía capaz de superar su tendencia natural al despilfarro. La verdad es que Anita y ella habían querido mantener la caja a salvo en un lugar donde al clan no se le ocurriera buscar. De los trabajadores de la agencia, Lasse era el único al que no lo movía el dinero, por eso todos confiaban en él. Sin embargo, Marion se sentía cada vez más intranquila: si Lasse averiguaba lo que ella y Anita planeaban, podría cantar. Era el principal defensor de una agencia que permitía que las parejas de hombres de su círculo pudieran tener hijos.

Lo cierto es que los amigos de Lasse que creían estar a punto de ser padres gracias a la clínica de Bangkok jamás llegarían a comprar billetes de tren con descuento para familias, ni a reservar habitaciones familiares en un hotel: sin que ellos lo supieran, su sueño se había roto en el preciso instante en que Lasse había entregado la caja de metal a Marion. Ya podían arrancar de la pared los retratos familiares de Elton John porque pronto no soportarían mirarlos, ni leer más noticias sobre cómo la familia de este había vuelto a crecer mediante el vientre cálido de una madre de alquiler.

A Marion le escocían los ojos. El polen, probablemente. En la clínica de Tailandia había en ese momento diez chicas embarazadas; en Georgia, cinco; en Ucrania, ocho.

—¿Estás llorando? ¿Te preocupa algo? —preguntó Lasse.

—No, no. Es solo que Lambert está muy paranoico y eso me complica la vida.

Marion vio dos teléfonos sobre la mesa, el de Lasse y otro más, un móvil de prepago que Lasse utilizaba para los asuntos de la agencia. Llegado el momento, le enviaría un mensaje para prevenirlo sobre lo que iba a pasar. Lasse no merecía tener problemas, había que protegerlo, aunque ahora mismo lo que importaba era mantenerlo tranquilo. Marion se sorprendió al darse cuenta de que ella, por su parte, no estaba nerviosa: no sentía las manos frías ni buscaba compulsivamente rebuscar en el bolsillo donde antes solía llevar el teléfono del proyecto.

—No sabía que tuviera problemas económicos, mucho menos que le debía dinero a Lambert.

—Yo tampoco.

—Pero tirarse a las vías del metro por eso...

—Lambert no perdona ese tipo de cosas: era una cantidad importante. Anita tenía familiares que se habían metido en problemas.

Marion se calló: no quería mentir a Lasse.

—¡Menudo tipo!

—Sí, tienes razón.

—¿Y de todos modos piensas irte?

No le había dicho nada, pero Lasse parecía intuir que aquello era una despedida. Le tembló la barbilla: no había pensado en ello.

Lasse lanzó a una silla el vestido que tenía en la mano y fue a abrazarla.

—No dejes que te pille: mereces empezar de nuevo —dijo—. Coge ese dinero y vete de aquí.

OceanofPDF.com

DUODÉCIMA PARTE

OceanofPDF.com

Hay tantas chicas... No sé qué será de ellas después del big bang, pero no se ganaría nada retrasándolo: no se prevé ningún parón en el negocio, ningún momento en que no vaya a haber muchas chicas implicadas. Eva me sugirió que no le diera más vueltas: todo tiene su precio.

OceanofPDF.com

Norma puso en pausa el vídeo: de pronto se había dado cuenta de algo que no había notado hasta entonces. Fue como un relámpago. En la imagen se veía el estuche vacío de la nueva cámara de vídeo de su madre, el aparato con el que ella había grabado sus mensajes y que ahora estaba en la estantería; pero también el de la primera cámara digital que había comprado. Como ya no tenía valor para los ladrones, su madre nunca viajaba sin ella; sin embargo, Norma no la había encontrado entre sus cosas ni tenía idea de dónde podría estar.

Escuchó una vez más los últimos mensajes de su madre: ni una palabra sobre la cámara desaparecida. Le envió un mensaje de texto a Margit para preguntarle por ella y esta le respondió enseguida: no había visto la vieja cámara de color rosa ni se la había llevado. Norma fue a buscar la maleta de ruedas de Anita y volvió a revisar su contenido: un traje de baño, varias faldas de algodón, crema para el sol, una chaqueta de lino... Algunos regalos para Norma: un vestido cruzado de seda nuevo y una botella de aceite de citronela. Su madre habría tenido que dárselos aquella tarde. Otro vestido de seda..., pero ni rastro de cámara.

En el hotel en el que se había alojado Anita le aseguraron que esta no se había dejado nada allí. Del aeropuerto de Bangkok obtuvo la misma respuesta. Llamó al aeropuerto de Helsinki-Vantaa y al mostrador de Finnair, describió el aparato, que llevaba colgando del asa una especie de medalla con la imagen de la Regina Cordium de Rossetti, e informó de las dos fechas en las que habría podido extraviarse, la de entrada y la de salida...

No, no había oído mal: la cámara estaba en el mostrador de Finnair. Casualmente, el mismo empleado estaba de turno cuando una persona se la había entregado: un hombre que había visto cómo se le había caído la

cámara a una señora, pero esta se había ido de allí rápidamente y no había conseguido alcanzarla.

Norma puso una mezcla de complementos nutricionales en una taza y se los bebió de golpe. Luego se cortó un mechón de pelo, lo mezcló con tabaco y lo enrolló en la máquina de liar. Mientras se lo fumaba lentamente, echó un vistazo a la foto de Eva, que la miraba desde detrás del portátil, y pidió un taxi al aeropuerto.

Las campanillas de viento tintinearón cuando Alvar llegó por Marion a la peluquería. Tenía que llevarla a una reunión con unas clientas. Ella mostraba todas las señales de haber pasado una mala noche. Su camisa estaba húmeda en la zona de las axilas y el moño francés que ella misma se había hecho con ayuda de una peineta no conseguía disimular el apelmazamiento y el aspecto grasiento de su cabello sin lavar.

—¿Estás lista?

—Por supuesto, solo dame un momento.

Se miró en el espejo y volvió a rociarse el pelo con un fijador hidratante en spray. Vacilaba: no quería ir. Todo en ella lo decía a gritos.

Norma la miraba con otros ojos: había malinterpretado las cosas porque no había sabido qué buscar. Los cigarros habían ayudado, Anita había tenido razón en eso. Sin ellos, las raíces de su pelo no estarían tan serenas ni su pensamiento tan claro.

Cuando se quedó sola, Norma se metió en el bolsillo las llaves del coche de Marion, que había cogido de su bolso en un momento en que ella estaba distraída. Si acaso las echaba de menos, pensaría que con los nervios se las había olvidado, como las toallitas de maquillaje o el pintalabios que muchas veces se dejaba en la repisa del lavabo. Norma cogió una escoba, el recogedor y el pequeño aspirador, por si alguien se preguntaba qué andaba haciendo, y fue a inspeccionar el coche de Marion.

En el maletero encontró una maleta de cabina, la metió en una bolsa de basura y se la llevó a la trastienda de la peluquería. Dentro no había más

que publicidad de hoteles de Kiev, Tíblisi y Bangkok, un peine y un montón de folletos de la agencia La Fuente en varios idiomas. Norma abrió el folleto en finés y echó un vistazo a la presentación de la directora de la agencia, quien contaba que había tenido la idea de crear la empresa después de haber pasado por lo mismo que sus clientas: solo había podido experimentar la alegría de la maternidad con ayuda de una madre de alquiler y ahora tenía dos hijos. Las fichas de los empleados, a los que se denominaba «Expertos en gestación subrogada», también hacían énfasis en su capacidad para comprender los problemas de las clientas gracias a sus experiencias personales. El paquete del servicio incluía las gestiones jurídicas sobre la nacionalidad de los bebés y la documentación necesaria para el viaje. Sobre la foto de la contraportada, que mostraba a una familia ideal, se leía: «Un sueño hecho realidad». En las últimas páginas había una lista de nombres de los directores y coordinadores, los directores médicos, los responsables del servicio de atención al cliente, etcétera, etcétera, pero en ningún lugar del folleto se hacía la menor mención a Lambert.

Norma salió a fumar un cigarro al patio trasero, y enseguida se puso a trabajar. La maleta nunca había sido aspirada ni lavada: era un tesoro. El primer pelo que encontró pertenecía sin duda a una vietnamita joven y bien alimentada. Estaba embarazada. Distinguió el olor de algunos complementos vitamínicos, pero también el de cierto producto químico que no pudo reconocer. Los cabellos de las embarazadas acostumbran a ser tan vigorosos como la primavera pero, en este, el nivel de estrés era mucho más alto de lo normal en una futura madre, parecido al de las vietnamitas del estudio de manicura. El siguiente pelo se hallaba entre las páginas del catálogo de los hoteles y pertenecía a una mujer nórdica que llevaba una dieta baja en carbohidratos y que no podía tener hijos. Hacía ya tiempo que había aprendido a reconocer a las mujeres que padecían el síndrome del ovario poliquístico. La enfermedad podía controlarse con ayuda de unas pastillas de clomifeno cuyo olor también estaba presente. El tercero y cuarto pelo correspondían a mujeres que se acercaban a la menopausia; el quinto, a una que tomaba hormonas para la glándula pituitaria, comía quesos curados y bebía vinos ecológicos. En el sexto se distinguía también el clomifeno y en el séptimo, otra vez, hormonas para la pituitaria. Todas las

mujeres estaban por encima de los treinta años, dos pasaban de los cuarenta. La tercera y la quinta deberían disminuir el consumo de alcohol, la sexta tenía intolerancia a la lactosa, comía mal y por tanto le faltaban magnesio y otros micronutrientes. En total eran siete, todas con rastros de tratamientos de fertilidad en el pelo. También había algunos pelos de hombre. Uno era de Alvar; los demás, de dos nórdicos desconocidos con un nivel económico y una dieta parecida a la de las mujeres. De pronto, Norma recordó el olor de un pelo escandinavo que había quedado atrapado en la cremallera del bolso de su madre: dificultades para tener hijos; mucho zumo de pomelo, aspirina: los trucos clásicos contra la infertilidad.

La maleta no pertenecía a un vendedor de cabello: esos pelos no provenían de extensiones, no estaban estropeados por la silicona y los productos químicos. Hasta entonces, Norma había pensado que las reuniones de trabajo casi diarias de Marion estaban relacionadas con la extensa red de salones de belleza creada por Alla, pero lo cierto era que nada que tuviera que ver con estos salones ponía particularmente tensa a Marion: de eso, Norma podía dar fe, mientras que los pelos de Marion atrapados en el peine que llevaba en la maleta denotaban un estrés extraordinario. No había duda de que las reuniones a las que Marion había acudido con esa maleta le causaban una enorme tensión.

Norma cerró de golpe la maleta. La conclusión más importante era, en todo caso, que Marion era cómplice en las actividades del clan: eran todos de la misma calaña.

Todavía quedaban unos minutos para que llegara la siguiente clienta. Norma devolvió la maleta al maletero, volvió al salón y dejó las llaves del coche en el suelo de la peluquería, debajo de la mesa donde Marion solía dejar su bolso de mano.

La clienta del cabello enmarañado era una de esas jóvenes que soñaban con una carrera en Hollywood. Para esas mujeres, Finlandia era un lugar viciado e intolerante. Por algún motivo, todas estaban convencidas de que su carrera se dispararía en Estados Unidos. Eso sí, siempre que se ocuparan de las cosas básicas, como blanquearse los dientes y ponerse extensiones de pelo

espesas y sedosas. Esta muchacha también era demasiado bajita para desfilarse en una pasarela, pero estaba contenta porque creía que podría tener éxito en un trabajo en el que la altura no tenía tanta importancia: el modelaje de ropa interior. Con el dinero que había heredado de su abuela ya había invertido unas buenas prótesis de silicona. Se las había comprado en Tallin, y había encargado otras para su madre.

Ese día, el parloteo de la chica le parecía a Norma especialmente insoportable: no paraba de darle vueltas a una secuencia de un minuto que había encontrado en la cámara rosa que su madre llevaba siempre a sus viajes. Mostraba a una joven asiática embarazada, aunque en muy mal estado físico, en un lugar que parecía una habitación de hospital. «After the baby I go to America, America after the baby», decía en mal inglés. Todo indicaba que estaba atada a la cama. Anita le enseñaba fotografías y luego las mostraba a la cámara. Norma había reconocido a dos de las personas que aparecían en las fotos: Alvar y Lambert. «Have you seen any of these men here? Have you talk with any of them?». La chica asintió con la cabeza y después escupió la fotografía.

El contenido de la cámara de su madre —y el hecho de que Alla apareciera en el vídeo de la enfermera— demostraba que la actividad económica del clan Lambert no formaba parte de las historias clasificadas como locuras de Helena. No obstante, intervenir sí que sería una locura. Y Norma no podía permitírselo.

Norma eliminó del lápiz USB y la tarjeta de memoria que le había dejado su madre los vídeos que hacían referencia a las características especiales del cabello de Eva y del suyo. Después, todos aquellos pasajes en que su madre aseguraba que hablaba con Eva. Dejó las referencias al peculiar cambio de acento de Helena en distintos momentos, al fin y al cabo eran verdad, y todos los pasajes en que se la veía fumando cigarrillos que parecían perfectamente normales o con una pipa en la boca o en la mano. Finalmente, borró todas las referencias a su plan y al *big bang*, aquel pasaje donde la instaba a irse a Bangkok en caso de que algo sucediera y todas las menciones a Grigori.

Volvió a repasar el material que había quedado —no era mucho— y acto seguido se tomó un analgésico: sentía un pulso continuo e insistente en la cabeza. De vez en cuando revisaba la página con los horarios del aeropuerto de Helsinki-Vantaa, aunque sin dejar de estar pendiente de posibles ruidos en la escalera del edificio. Esperaba que alguien apareciera en el umbral de un momento a otro (tenía un cuchillo de cocina en el bolsillo del abrigo y otro en el bolso de mano); sin embargo, solo se oían las voces de los vecinos y nadie vino a tocar la puerta. Consideró liarse otro cigarrillo de pelo, pero desechó la idea por miedo a tranquilizarse hasta el punto de dejar de estar alerta. Al contrario que a Helena, los cigarrillos no la hacían ver visiones ni oír voces. Probó a hablar y de su garganta brotó su propia voz, no el fuerte acento estadounidense de Eva: aún no había contraído la locura de Helena y de su madre.

De la cámara de vacaciones no borró nada, pero copió el contenido de la tarjeta en dos lápices USB. Uno se lo escondió en el sujetador; el otro, en la maleta de viaje. Ya estaba hecha. Mechones..., las mejores tijeras..., las fotos de Eva escondidas en un sobre... Estaba casi lista.

Marion necesitaba tener un momento para sí misma antes de la comida, solo un momento..., y un trago en el bar de la sauna. Norma había avisado de que tenía gripe y las últimas clientas antes de San Juan habían quedado bajo su responsabilidad. Estaba cansada. Le habría gustado quedarse en casa y dormir durante todas las fiestas, pero todo tenía que parecer normal: el clan no podía sospechar. Por eso procuró lavarle el pelo con seguridad a Alla, cerrar el grifo con firmeza y coger el secador con determinación. Actuaría cuando Alla y Lambert volvieran de Hanói. Para entonces le habría dado tiempo a organizar sus propios asuntos y a convencer a la chica de los beneficios de su plan.

Justo cuando estaba colocando el enchufe en la pared, Alla se volvió hacia ella.

—Tengo que hacerte una pregunta, ¿alguna vez has tenido los mismos síntomas que tuvo Helena en su momento?

La pregunta la cogió totalmente por sorpresa: Alla nunca había hablado de Helena.

—No te lo tomes a mal. Todos estamos sometidos a mucha presión y eso podría ser un desencadenante de la enfermedad mental.

Marion apretó el secador con tanta fuerza que el plástico crujió como una capa de hielo en un lago y, por un instante fugaz, se vio a sí misma usándolo para golpear a Alla en la cabeza. Pero no era Helena y no se comportaba como ella.

—Max no soporta la idea de que puedas acabar en algún instituto psiquiátrico.

Era una amenaza. Marion conocía los métodos de intimidación de Lambert; tenían sobre ella un efecto paralizante. Querían que supiera que Lambert era capaz de internarla en una institución. Quizá ni siquiera en Finlandia, sino en algún otro lugar: esas podrían ser sus vacaciones.

—Afortunadamente no tienes hijos, ¿quién sabe lo que sería de ellos! —dijo Alla. Suspiró, cogió de la mesita una guía de Japón y la abrió por casualidad en una doble página con la foto de unos cerezos en flor—. Pienso en ti cada vez que recibimos una clienta que teme haber heredado esquizofrenia..., pero ya no hablemos de eso. Han continuado las conversaciones con Shiguto; ¿lo recuerdas? Aquel japonés que quiere tener varios hijos blancos de golpe. En fin que hemos continuado negociando con él; o más bien con Unno, su secretaria, pero el tipo me parece un poco raro, y Max y Alvar opinan lo mismo. Alvar dice que, si aceptamos conseguirle los niños, la Interpol sospechará de nosotros y pronto estará pisándonos los talones. Por otra parte, el padre de Shiguto es el decimonoveno hombre más rico de Japón...

A Marion las manos se le habían quedado tiesas; no conseguía meter el enchufe en la toma de corriente. Lo intentó varias veces hasta que oyó a Alla levantarse de la silla y poner la guía sobre la mesa. Le quitó la clavija de la mano y la encajó en la pared. Después se volvió a verla y en sus labios hinchados por el bótox se dibujó una sonrisa amable.

—Shiguto ha ofrecido un piso excelente para las embarazadas; un hogar, una residencia, como quiera que lo se llame ahora, y ha contratado a cuidadoras y enfermeras. Quiere tener los vientres donde se desarrollan sus hijos a la vista en todo momento. Propone pagarles a las chicas quinientos dólares por cada mes de embarazo, además de la pensión completa. He pensado que Norma puede ser una de ellas, de modo que, con ese dinero, pueda ir pagando la deuda que tiene con Lambert. Él está de acuerdo.

—¿Y qué pasará después? —preguntó Marion.

—Es posible que Shiguto quiera más niños. Si no, ya habrá otras personas interesadas.

Estaba claro que Alla se había preparado bien para darle la noticia: el clan ya había tomado una decisión y Alvar no había mantenido su promesa. Probablemente la chica no había cogido una gripe de verano, sino que se encontraba ya en manos de los perros guardianes de Lambert en un lugar que Marion no encontraría nunca. Sentía pinchazos en los pulmones, como si respirase aire helado. Le picaban los ojos. Quiso frotárselos, pero Alla la agarró por la muñeca.

—Max opina que no nos hemos preocupado lo suficiente de ti. ¿Y si nos vamos juntas de vacaciones hasta que todo esto haya pasado? ¿Y si te vienes con nosotros a Hanói?

Marion sintió el sabor de la sangre en la boca. Ya no podía esperar más: tenía que actuar antes del viaje a Hanói, justo después de los días festivos. El *big bang* se llevaría por delante a Alvar, pero a Lasse le enviaría un mensaje el domingo.

OceanofPDF.com

Faltaba un cuarto de hora para que llegara el coche: Norma había llegado antes de tiempo. A lo largo del día, la ciudad había ido vaciándose; una familia tras otra, una pareja tras otra. Era obvio que ese hombre que corría por la calle estaba intentando llegar a un Alko para comprar alcohol antes de que cerrase: en Finlandia, incluso el barrio de Kallio quedaba desierto por San Juan, ¡cerraban hasta los restaurantes chinos! Si todo salía bien, ella podría marcharse a principios de semana a algún lugar donde hubiera tantos inmigrantes de todos los rincones del mundo que fuera imposible que todo el país entrara en un coma festivo al mismo tiempo. Recordó que su madre tenía la costumbre de organizarles un viaje en esta época del año a algún lugar del extranjero donde hubiera tiendas y bares abiertos y ellas no sintieran la soledad de las solteras como una piedra en el estómago. Ni siquiera recordaba la última vez que había pasado San Juan en casa.

Echó un vistazo a su bolso y vio la foto de Eva: parecía satisfecha, aunque tenía la boca entreabierta como si quisiera decir algo. Cerró el bolso de golpe. Ahora sabía todo lo necesario; sin embargo, notaba en el occipucio la presión de algo que no conseguía identificar. Sabía el motivo del estúpido plan de su madre y comprendía el porqué de la venta de cabello. A su madre la habían pillado y por eso había saltado a la vía: no había podido escapar de unos profesionales como los del clan. Tendría que haberlo previsto.

—No voy a irme a Bangkok.

Las palabras se le habían escapado. Echó un vistazo a su alrededor, pero estaba sola: nadie podía haberla oído. Volvió a probar su voz: seguía siendo la suya, no la de Eva. Echó otro vistazo a su bolso. Los ojos azules de Eva la miraban como a una tonta, como si Eva estuviera diciendo: «¡Pues claro! ¡Quién podría ser tan boba como para irse a tratar con un curandero al otro lado del mundo solo porque su madre se lo ha dicho!».

El reloj avanzaba lentamente y Norma seguía sin atreverse a fumar otro cigarrillo. No quería seguir investigando el asunto, sino alejarse de él. El calor le hinchaba las piernas y un pensamiento confuso le rondaba la cabeza. Se levantó y dio unos pasos nerviosos por la habitación. Miró la hora: las ocho menos diez, y de pronto comprendió lo que había olvidado. Fue corriendo a la estación de metro, bajó apresuradamente al andén desierto por San Juan y se quedó de pie justo en el punto desde el cual su madre había saltado a las vías, a un lado del banco donde su madre no se había sentado. Lo reconocía porque ella tomaba esa misma línea todos los días a las ocho menos diez y entraba al vagón siempre desde ese punto, por la puerta que unas estaciones más adelante, en Itäkeskus, se abría justo enfrente de las escaleras mecánicas. Desde que habían empezado las reuniones para negociar el acuerdo con el Ministerio, Norma se había ido retrasando más cada día, y aquella mañana fatídica, tras quedarse a dormir en casa de su amante ocasional de entonces, no había oído el despertador. De otra manera, quizá se hubiera encontrado con su madre en la estación. ¿Había sido esa la intención de Anita? ¿Quería contárselo todo antes de morir? ¿Al menos verla? ¿Habría podido Norma evitar el suicidio de haber oído el despertador y haber estado en el andén a la hora adecuada? Pero ¿por qué seguía intentando dar un sentido a las ideas delirantes de su madre? ¿Acaso no acababa de decidir que iba a pasar página?

Norma sacó el mechero de su bolso de mano y le prendió fuego a la fotografía de Eva. Cuando el metro entraba en el andén, tiró la foto a las vías; todavía tuvo tiempo de ver una media sonrisa en los labios de Eva antes de que la llama borrara su cara por completo. Entonces se dio cuenta de que uno de los mechones que asomaban de su turbante se había encendido también; asustada, se apresuró a apagarlo.

Se sentó en el banco del andén para recuperarse del susto. Las alarmas de incendio no habían llegado a dispararse, pero el olor a quemado se percibía claramente. Envuelta en ese olor, Norma percibió por un instante el perfume a limón y bergamota de su madre, vio sus mejillas encendidas, la oyó jadear como si hubiera estado corriendo. Unos vigilantes de seguridad que habían

bajado al andén la observaban desde lejos. Se metió el mechón bajo el turbante e intentó aparentar normalidad, pero la visión continuaba. Su madre había intentado recobrar la respiración y se había dicho que le daba tiempo a llegar en el último momento. Había imaginado que encontraría allí a Norma; procuró sonreír, aunque tenía prisa: debía salir de allí rápidamente. Ya se oía el ruido del metro que llegaba, la gente se iba acercando a las vías y a su madre cada vez le resultaba más difícil mantener esa sonrisa con la que las madres tranquilizan a sus hijos asustados. Echó un vistazo al reloj de la estación. Entonces, una corriente de aire levantó unos cabellos: su madre no estaba sola, los bucles que ondeaban en el aire eran de Eva, que estaba al lado de su madre, llevaba el bolso de su madre, una camiseta de su madre. Ambas mujeres esperaban ansiosamente la llegada de Norma. Ambas vieron a alguien abrirse paso por el andén. La respiración de su madre volvía a acelerarse y Eva le dijo que tenían que correr, que no podían permitir que las atraparan: su vida dependía de ello. Y entonces Norma vio cómo su madre perdía el equilibrio justo cuando el metro entraba en la estación... Oyó el estruendo de los frenos, el grito de su madre al caer; oyó el suspiro de Eva y la oyó decir: «¡Qué desgracia! Pero tú siempre me tendrás: nos tendremos siempre la una a la otra y yo siempre te salvaré».

Norma no estaba segura de si estaba cometiendo un error subiendo al coche. Una parte de sí misma le decía que no era sensato pretender hacer negocios con los responsables de la muerte de su madre, pero ella iba pensando en la alucinación que acababa de tener. Cuadraba con el mundo que su madre describía en su locura. Eva había empujado a su madre a las vías. Eva, con quien acababa de hablar.

El conductor no respondió cuando le preguntó adónde iban, pero ella se reclinó e intentó tranquilizarse. Tal vez fumar le hacía mal a ella también. Según le había contado Eva, tratar con Helena había sido más fácil que con Anita. Su madre era más testaruda y voluntariosa: no había querido escucharla pese a que le había advertido de todas las formas posibles que Grigori era un timador y que la enferma de hipertricosis que había

pretendido curar ni siquiera era como ellas. Anita se aferraba a las posibilidades de éxito de Grigori. Sabía que el tiempo se estaba acabando y que pronto la cogerían, y deseaba desesperadamente tener razón.

OceanofPDF.com

Marion detuvo el carrito de la compra. Su bolso, con la caja de metal dentro, iba sobre las cajas de cerveza: la llevaba siempre consigo. Volvió a empujar el carro y continuó comprando las cosas de la lista que le había dado Alla. Pasó frente a los congelados camino de la estantería de los lácteos. Los flanes infantiles eran los mismos que Alvar robaba de pequeño en la tienda del barrio. En ese momento, su hermano debía de estar torturando a la chica para sacarle información. Le pagarían bien si conseguía que hablara. Y si no, igualmente celebrarían la fiesta con la familia: los perros guardianes de Lambert se harían cargo del trabajo sucio en su lugar.

Los pasillos del supermercado estaban llenos de los productos más populares en San Juan: carbón para la barbacoa, salchichas y manojos de eneldo. Los carritos de la compra de los otros clientes, colmados con montañas de productos, golpeaban el suelo y los críos se chocaban con sus piernas. Las familias se dividían en unidades compactas y autónomas: uno de los padres cuidaba de los niños y el otro hacía cola; los que iban solos procuraban seguir al pie de la letra la lista de la compra que les había escrito su pareja y de vez en cuando llamaban a casa pidiendo instrucciones más precisas. También Marion recibiría pronto una llamada, pero no de su marido, sino de Alla, que querría empezar ya a especiar el salmón y a preparar sus huevas de arenque al eneldo. Marion estaba tardando demasiado y todavía iba a tardar más, pero tenía que seguir fingiendo un rato. Sí, sería capaz de hacerlo, aunque quizá Alla, mientras esperaba los productos del supermercado, le ayudase a Alvar en su interrogatorio con algunas «delicias» típicas de Rusia. O puede que Alvar eligiera amobarbital, algo que no requiriera usar la fuerza. La cara había que preservarla en buenas condiciones para su venta. La escopolamina había puesto a Anita a parlotear sobre las voces de Helena como si fueran

personas reales, por lo que probablemente decidieran no usarla esta vez. Lambert tampoco había hecho caso de la jerigonza de Anita, ni siquiera cuando se refería a ella, a Marion. Había sido una suerte.

En el mostrador de la pescadería había otra familia feliz haciendo cola. El niño se puso a corretear y golpeó su carro tirando el bolso al suelo con la caja de metal. Hizo mucho ruido, pero Marion miró a otro lado. Podría haber gritado en el aeropuerto cuando vio cómo Lambert se llevaba a Anita, podría haber ido corriendo a coger la caja e ir con ella a la comisaría de policía, podría haber denunciado a todo el clan y la policía habría podido encontrar a Anita con vida. Pero entonces las autoridades habrían querido saber de dónde procedía la información: habrían querido que testificara, y el clan la habría eliminado antes de que el caso llegara a los tribunales. Y eso mismo sucedería si dejase el carro de la compra y corriera con la caja de metal hacia la comisaría.

Cogió el salmón y las huevas y fue a hacer cola al mostrador de la carnicería. No tenía por qué sacrificarse por Norma: entregarían al clan a la policía después de los días festivos. Entonces ya funcionaría Correos y ella estaría a salvo.

Mientras buscaba esencia de almendras amargas, Marion se quedó absorta mirando en el estante la hilera de bolsas de frutos secos. Recordó que Norma siempre llevaba encima frutos secos y semillas que picoteaba como un pájaro. El fantasma de Albiino había comenzado a rondarla de la misma manera, con recuerdos y con ese acúfeno que sonaba como el croar de unas ranas y que no la abandonaba jamás. Pero este caso era totalmente distinto: lo había intentado todo y eso tenía que bastar. Anita, por ejemplo, no le pesaba en la conciencia: había hecho todo lo que podía por ella, había intentado salvarla. La chica no la atormentaría eternamente como Albiino.

Las olas y el embarcadero hacían pensar en el verano, aunque el tiempo no acompañaba del todo. A lo lejos se divisaba el ferry de Tallin lleno de trabajadores inmigrantes y turistas que bebían cerveza, los opulentos pisos de tres habitaciones de Kulosaari, algunos veleros, los bloques de viviendas de Merihaka, la iglesia del barrio de Kallio. Aquellos que se quedaran en la capital se irían al día siguiente a Suomenlinna mientras que el resto de Helsinki se convertiría en una ciudad fantasma.

—¿Tienes planes para San Juan? —le preguntó Alvar.

—No, no me gustan las fiestas.

—A mí tampoco.

Norma se concentró en su objetivo: vivir para ver el siguiente San Juan. Abrió la boca para empezar a hablar del tema, pero al cabo se limitó a llevarse el vaso a los labios y dar un sorbito al vino; muy pequeño, para que el líquido le durara más. Cuando se lo hubiera terminado presentaría su propuesta. Para eso estaba aquí, pero tenía dudas. Tenía dudas, aunque su cabello estuviera en calma, mecido por la brisa marina, y el mundo pareciera recién pintado y las rocas recién esculpidas. Ya no sentía ese pulso continuo e insistente en la cabeza que le había aparecido cuando empezó a editar los vídeos, y el susto del viaje en coche se había atenuado. Era genial que no hubiera más gente en el muelle, y la serenidad de Alvar la relajaba. Había esperado a que bajara del coche delante de la puerta de la sauna, frente a la playa, y luego había abierto una botella de vino que ahora estaba a medias.

—Si Helena consiguiera salir algún día, Villa Helena sería un buen hogar para ella —dijo Alvar—: podría imaginarse que es una estrella de la canción retirada.

Norma se había fijado en las cámaras de vigilancia y en el muro, de altura considerable, alrededor del edificio: un hogar seguro para Helena,

pero no había esperado encontrar una lujosa mansión reformada en medio de una zona residencial en decadencia; Alvar no le había dado la impresión de ser un esteta.

—Esta casa es perfecta —dijo Norma.

—Perfecta para las personas a las que no les gustan las otras personas, como tú.

Cuando el coche se había parado en el lindero del bosque, Norma había creído que ese sería su final; incluso había pensado, resignada, que quizá fuera mejor morir a manos de delincuentes y no de investigadores que la trataran como a una cobaya o de algún productor de televisión desalmado que la acercara al suicidio. El conductor le había señalado un camino hacia el bosque, cuya alfombra de pinochas le había recordado el entierro de su madre. Luego la había conducido por la orilla de un lago liso como un espejo y por un momento había pensado en saltar, ella sola, sin que nadie la forzara a hacerlo, y finalmente se habían encontrado en la playa, con Alvar.

El conductor los había dejado solos.

—¿Quieres saber más cosas sobre la locura de Helena o esta visita tiene algún otro propósito? —le preguntó él.

Norma se acabó el vino de un trago y miró fijamente una collalba gris que daba saltitos en una roca. Había practicado esta conversación muchas veces: podía hacerlo.

—¿O has venido a despedirte porque te ibas a alguna parte?

—No te entiendo.

—Creo que has pasado por el aeropuerto.

La collalba gris desapareció, igual que las frases que Norma había preparado para iniciar la conversación. Alvar le llenó la copa. Se comportaba como si aquella fuera una ocasión perfectamente normal para tomar una copa de vino junto al mar. Y tal vez para él lo fuera. Tal vez delante de su sauna a menudo tuvieran lugar conversaciones como esta. Norma no estaba segura de si estaba o no sorprendida de que una pastor alemán vigilase sus idas y venidas.

—Tranquilízate, continúa —dijo Alvar.

—¿Y qué si efectivamente me hubiese pasado por ahí? Para hacer planes de futuro: quiero una nueva vida; quizá incluso una nueva identidad.

—Desaparecer es caro.

—Pero ¿es posible?

—Por supuesto, aunque ¿qué sacaría yo?

—La cámara de Anita y los vídeos.

—¿Los vídeos?

—El tipo de vídeos que quieres ver.

—¿Y los ucranianos?

Norma negó con la cabeza.

—Lambert no va aceptarlo.

—Yo no hago negocios con Lambert.

—Este tipo de decisiones no las tomo yo solo.

—Pues esta vez tendrás que hacerlo.

—Muy bien, pero solo si en esa cámara y en esos vídeos hay algo suficientemente valioso.

—Lo hay.

—Entonces tenemos un trato.

Alvar chocó su copa con la de Norma. Ella inhaló profundamente: había logrado llegar hasta aquí. Quizá lo conseguiría: quizá pasaría el próximo San Juan en otro lugar. Pero para estar segura de eso necesitaba una garantía. Se puso detrás de Alvar y presionó la nariz contra su nuca. Él se estremeció.

—Repíte lo que hemos acordado —pidió Norma.

Alvar se mordió el labio con un colmillo. La perra dio un paso al frente.

—Tengo buena intuición con las personas —le dijo Norma.

—A algunas personas esto les parecería algo extraño.

Le hizo una seña a la pastor alemán para que se quedara donde estaba y esta obedeció.

—Seguramente. Pero ¿te importa? Repítelo.

Norma olió vetiver, olió nicotina, taninos, azufre, pero no mentiras, cuando Alvar repitió lo que habían acordado. Le puso una llave en la palma de la mano. Por si acaso, había llevado la cámara de viaje y los vídeos de su madre al cuartito número 12 del trastero.

—Voy a enviar a alguien a recoger las cosas. Tú te quedarás aquí mientras tanto. ¿Tienes hambre?

Jemma, la perra de Alvar, gimió y se acercó a Norma en cuanto esta intentó levantar la cabeza sin conseguirlo. La somnolencia dio paso a una sensación de alarma: nunca echaba cabezadas en lugares desconocidos porque su pelo la despertaba. Esta vez no. El animal percibió su angustia y gimió otra vez. Volvió a intentar levantarse del sofá, pero su cabello se había enrollado a una pata del mueble como una enredadera soñolienta.

—¿Necesitas ayuda?

Alvar estaba sentado en un escalón del porche fumando un cigarrillo.

—¿Qué hora es?

—Casi medianoche.

Norma siguió con dos dedos el mechón de pelo que se había enredado a la pata del sofá. Se había cortado un poco el cabello en el baño de Villa Helena un par de horas antes. Apenas había crecido. Las puntas se veían de un color raro bajo la luz azul de la lámpara antimosquitos. Si Alvar no la había descubierto, pensó, era porque nada de aquello era suficiente para alarmarse, pero de pronto recordó que Alvar debía de saberlo todo a esas alturas: se había ido a ver los vídeos de Anita en cuanto estuvieron en sus manos, y ya hacía varias horas de eso. Entretanto, a Norma le había dado tiempo a cortarse el pelo, a merodear por el patio y a dormir un poco. No obstante, nada había cambiado en Alvar: parecía el mismo de antes; nada cambió en él ni siquiera cuando se acercó a Norma y le preguntó si quería unas tijeras. El vetiver tenía exactamente el mismo olor que siempre, la temperatura de su cuero cabelludo era la misma, no olía como habría correspondido a un hombre que acaba de enterarse de la traición de su hermana.

—¿Tienes otro móvil o algo más en tu maleta de viaje que debería tener en cuenta?

Le entregó las tijeras.

- ¿Qué?
- ¿Utilizas otro móvil, aparte de ese que está encima de la mesa?
- ¿Nuestro acuerdo sigue en pie?
- Por supuesto que sí. ¿Por qué no iba a tener que mantenerse?

Se cortó el mechón de pelo que se aferraba a la pata del sofá. No lograba entender la ecuación: la calma de Alvar era inexplicable. Acababa de escuchar los extraños monólogos de su madre en el jardín del hospital psiquiátrico de Niuvanniemi: eso debería de haberle afectado de alguna manera.

—Siento que Anita haya filmado a Helena —le dijo Norma.

—Helena no se da cuenta de nada.

—Precisamente por eso no debería haberlo hecho.

Alvar se sentó en la silla de enfrente y se agachó para acariciar a *Jemma*.

—Haz una lista de la ropa que necesites. La pondrán en una maleta nueva. Desaparecerás hoy.

Alvar cogió el teléfono de Norma y le dio a cambio un teléfono de prepago.

—Te llamaré a este número cuando todo esté listo. Te llevaremos a Vuosaari: allí hay un estudio donde podrás estar tranquila. Si necesitas algo, envíame un mensaje al único número de la agenda. No salgas, no le abras la puerta a nadie, no te pongas en contacto con nadie. El resto depende de ti. Te llevaré un pasaporte, tarjetas de crédito y de débito. Te ingresaremos algo de dinero en la cuenta.

—No quiero dinero.

Alvar la agarró por la barbilla. Tenía la mano caliente, la piel seca.

—¿No has entendido, verdad? Nunca vas a volver a casa.

Cuando Alvar había hecho ese gesto por primera vez, Norma estaba sentada en el patio trasero de la peluquería con la mirada perdida. Había esquivado a Alvar, sentía hervir el asfalto bajo sus pies y había temido reconocer en Alvar la locura de Helena. Ahora escuchaba su propia respiración, los latidos de su corazón, los pájaros y las olas del mar, y no

esquivó su mirada. Alvar la soltó y en ese instante Norma pensó que siempre recordaría el olor del vetiver en su piel y que seguramente acabaría cayendo en los brazos de un hombre con un olor parecido.

—¿Quién te echará de menos?

—Nadie.

Alvar la soltó y abrió otra botella de vino. El corcho hizo clic, el vino cayó con un murmullo en el vaso y a Norma le entraron ganas de fumar un cigarrillo que hiciera desaparecer el eco de los pensamientos que acababa de tener. Sin embargo, era imposible; no se atrevía ni a enrollarse en la cabeza el turbante, que había caído al suelo: habría parecido raro, aunque la ponía nerviosa estar en compañía de Alvar con el pelo al descubierto.

—Siempre hay alguien. Anuncia que vas a hacer un largo viaje a algún lugar lejano, que lo necesitas después de un año tan duro y que no sabes cuándo volverás. Si quieres, yo mismo puedo escribir y enviar el mensaje desde tu teléfono —propuso Alvar.

—¿Tan raro es no tener a nadie?

—Sí. ¿Qué quieres que ponga? ¿A quién hay que enviarlo? ¿A todos los nombres de tu lista de contactos?

—Nadie va a preguntarse...

Alvar había ido a sentarse al lado de Norma. La pantalla del teléfono brillaba en la oscuridad como una luna. Los productos químicos de la lámpara antimosquitos la atontaban un poco, pero nada más: sus sentidos funcionaban a la perfección. Se dio cuenta de que sus cabellos se inclinaban hacia Alvar, iban hacia su mano como para consolarlo y pudo percibir tristeza en él. Debía de ser por Marion. No había rabia en él, ni odio, solo tristeza: había perdido a su hermana.

Le enseñó a Norma el mensaje que había escrito: «¡Feliz San Juan! ¡Mañana, esta chica se irá a recorrer Asia! Ahora mismo necesita una pausa de todo esto. ¡Nos vemos en unos meses!».

—¿Suenas lo suficientemente a ti?

Ella asintió, y el mensaje se envió a todos excepto a Marion. Norma recordó el último mensaje de su madre: quizá tampoco lo había enviado ella misma, sino alguien más. Alguien que había pensado que su hija se extrañaría si no tenía noticias de su madre después de las vacaciones.

—¿Alguna pregunta?

Esta sería su última oportunidad para preguntar cómo había sido descubierta su madre, pero Norma no preguntó nada, ni sobre su madre, ni sobre las chicas grabadas con la cámara de viaje, ni sobre qué le pasaría a Marion. No quería saberlo: ya sabía demasiado.

* * *

El teléfono de Alvar empezó a vibrar y el nombre de Marion apareció en la pantalla iluminada en medio de la mesa.

—Podrías haber ido a casa de Marion en vez de venir a verme a mí. Ella seguramente te habría aceptado como socia para su nuevo negocio —dijo Alvar.

—A Marion ya le salió mal una vez.

—Imagínate cuántos médicos de nuestras clínicas han sido arrestados alguna vez. ¡Muchísimos! Sin embargo, vuelven al trabajo enseguida, sin pisar la cárcel. Lambert conoce a mucha gente: es imposible acabar con él. El plan de Marion estaba condenado al fracaso.

Esta vez fue el móvil de Norma el que empezó a vibrar. Era Margit. Alvar lo apagó. Había llegado el momento.

OceanofPDF.com

Marion echó un vistazo a los perros guardianes que pululaban por la finca de Lambert y adoptó una postura más relajada en la silla del jardín: no parecían estarle prestando ninguna atención. Lambert y Alla habían llevado al médico a Ljuba, que se había desmayado, y Marion se había quedado para vigilar a los niños que jugaban por el césped. Si el clan desconfiaba de ella, el desmayo podría formar parte de una estratagema para poner a Marion bajo vigilancia, pero Ljuba no era tan buena actriz. Marion observaba los acontecimientos del día de San Juan como si fuera una obra de teatro que hubiera esperado con impaciencia y ya no le molestaba que su hermano no hubiera respondido a su llamada y que todo el mundo le mintiese. Asistiría a los últimos suspiros de la vida de ensueño de Alla y Lambert, a la última cena familiar de una familia que no paraba de abrazarse, a los últimos juegos de los niños en el jardín y probablemente oiría por última vez a Lambert anunciar que en breve dominaría el imperio de los embriones.

Esta vez Lambert no tendría tiempo de vaciar su caja fuerte ni su ordenador, ni Alla de empacar sus cosas y las de los niños. Marion no vería la expresión de Alla cuando viniera la policía, pero podía imaginársela. Cuando pillaron a Anita, Marion había corrido a casa de los Lambert para aclarar lo que había sucedido y se había encontrado a Alla con una cara digna de ver: el rímel se le había corrido por el contorno de los ojos, el colorete se le había estriado por las mejillas y su voz era la de un animal salvaje que ha caído en una trampa. Estaba en cuclillas ante un par de maletas, una llena de ropa de niño y otra a medio llenar, apenas con los pasaportes y un montón de bolsitas con cierre zip llenas de dólares. Sus uñas rascaban el lateral como garras de un león, sus cabellos ondeaban como crines y Marion había pensado que, si Helena hubiera sido como Alla, su vida y la de Alvar habrían tomado otro rumbo. En realidad, si ella

misma hubiera sido como Alla, su instinto maternal le habría advertido que la forma en que Helena mecía a su hijito no era propia de una abuela en sus cabales, le habría recordado aquella vez en que Helena había sacado a un bebé de su cochecito. Alla jamás le habría dado el bebé a Helena y, si esta lo hubiera cogido por sí misma, la habría alcanzado antes de que saliera al balcón. Marion, en cambio, se había quedado paralizada como una estatua. Sin embargo, eso ya era parte del pasado, y ella había aprendido a luchar.

Marion tan solo estaba preocupada por Ljuba: Ljuba tendría que regresar a San Petersburgo, donde daría a luz a un bebé que quizá acabara en un orfanato, o bien en manos de otra agencia que volvería a atrapar a la chica en sus redes y pronto le implantaría otro embrión. En el mejor de los casos, Ljuba alcanzaría algún día su sueño y conseguiría irse a Estados Unidos.

Marion cogió su teléfono y miró los vuelos que salían desde Fráncfort. Todo debía transcurrir con normalidad hasta el martes. Como el fin de semana no abría Correos, no enviaría los sobres hasta el lunes. El martes llegarían a su destino, pero para entonces ella ya estaría lejos.

La despertó el gorjeo de un pájaro que debía de estar justo detrás de la ventana, tal vez en el alero. El canto tenía el color del amanecer, aunque la luz que entraba era de media tarde. Norma parpadeó: había vuelto a quedarse dormida. No reconoció el techo ni las sábanas, notó que estaba desnuda y también que estaba echada sobre la enorme colcha de su pelo; notó la mirada de Alvar y comprendió que estaba perdida: el fin del mundo había llegado. Alvar, con el codo apoyado en la mesilla de noche, la miraba como si la viera por primera vez.

—Tienes que marcharte —le dijo—. Intenté despertarte antes, pero no lo conseguí.

La voz de Alvar le sonó lejana. Tenía los oídos taponados y la nariz congestionada; sus cabellos serpenteaban por el suelo y trepaban como enredaderas por las patas de una cómoda, se ramificaban por la cabecera de la cama y ondeaban a su alrededor como si fueran posidonias, pero no habían dado ninguna señal de alarma. Tampoco unas horas antes, cuando había comprendido que ya nunca volvería a ver a Alvar, que en un par de semanas estaría en otro país, viviendo una nueva vida, con una nueva identidad, y había pensado: «¿Por qué no? Solo por una noche». Había sentido cómo las manos de él le acariciaban la nuca, y sus besos, mientras sus cabellos se entrelazaban en los brazos de él. Para entonces, sus cabellos ya deberían haber sabido lo que sucedería si esa gente se enteraba, teniendo en cuenta su negocio. Seguro que esa gente podía imaginar millones de maneras de utilizar el cabello mágico de Eva, e incontables formas de explotarla a ella. Quién sabe qué había pasado.

—Podrías haberme avisado —dijo Alvar.

—Esta es la primera vez.

—¿La primera?

—No, quiero decir: crece, pero no de esta manera. Nunca antes había crecido así.

Alvar cogió las tijeras de la mesa.

—Nunca dejarán de perseguirte, mi pequeña ucraniana.

Norma se envolvió fuertemente con la bata de Alvar. Se le puso la piel de gallina, sintió náuseas y esperó levantando los hombros a que sus cabellos empezaran a sisear y se lanzaran sobre aquel hombre que estaba cortándolos. Pero no sucedió nada de eso, más bien se pusieron a ronronear y a empujar la cabeza de Norma hacia el pecho de Alvar, donde ella oyó su corazón latir ligeramente más rápido, sintió la temperatura de su cuerpo subir un poco y percibió el nivel de cortisol elevarse apenas y el páncreas producir más adrenalina de lo normal, pero nada más. A partir de cierto momento, ya no sintió miedo. Tal vez se debiera a la habilidad de Alvar para tranquilizar a las mujeres desequilibradas: estaba acostumbrado a lidiar con personas problemáticas, y había algo maravilloso en su forma de encarar las dificultades y las sorpresas. Nadie la había impresionado tanto jamás. Nunca se arrepentiría de lo que había pasado entre ellos.

Se levantó y acercó la nariz al pelo de Alvar.

—Me cuenta cosas.

—¿Tu nariz?

—Tu pelo: mi nariz es hipersensible al olor del pelo.

—Y qué, ¿ahora soy *kosher*?

—*Kosher* o simplemente un buen actor —dijo Norma—. Deberías estar asustado y sorprendido: eso sería lo normal. Los psicópatas, los narcisistas y los actores profesionales reaccionan de forma diferente a las demás personas...

—Al principio creí que me estaba volviendo loco, ¿eso te tranquiliza?

—Un poco.

—A Marion le pasa lo mismo: los hijos de padres locos somos todos iguales, siempre estamos buscando señales y desconfiando de nuestra propia cabeza. Es insoportable, por eso decidí ponerle fin.

—¿Cómo?

—Con voluntad y sensatez.

Alvar había creído que estaba sufriendo alucinaciones al ver que los cabellos de Norma crecían sin parar, pero con voluntad y sensatez había decidido que se trataba de otra cosa. Tenía muestras de mechones ucranianos, fue a traerlos y descubrió que coincidían con el pelo de Norma: el misterio de los cabellos que Anita entregaba al clan se había aclarado.

—Además, la propia Anita nos había hablado de tu cabello.

—¿Cuándo?

—Cuando la pillaron, pero lo que decía parecía tan confuso que nadie la creyó, ni siquiera Lambert. Pensaron que eran delirios de loca.

Norma se preparó para una reacción de su cabello, pero este no pareció detectar ninguna mentira en las palabras de Alvar.

—Lambert capturó a Anita en el aeropuerto —siguió este—. Acababa de regresar a Finlandia. No la lastimaron, simplemente le dieron una sustancia que hace hablar a las personas, nada más.

—¿Nada más? ¿Intentas defenderte? Mi madre siempre estuvo de tu lado, pensaba en ti todos los días, se sentía responsable de lo que os había sucedido, ¡y tú la dejaste morir!

—Ella saltó sola. Se escapó y saltó.

—¿Y no pudiste hacer nada?

—No, no pude.

—Podrías haber dejado que se marchara.

—Tu madre quería meterme en la cárcel.

Su cabello ahora sí reaccionaría: había llegado el momento del ataque de cólera. Se estiraría, agarraría a Alvar.

Norma se asió a la barandilla de la escalera y esperó. Pero no sucedió nada.

El coche llegaría en una hora. La maleta nueva de Norma esperaba en el umbral y en el cuarto de baño había un vestido y unos zapatos nuevos. Ella se moría de ganas de devorar el filete que había en la nevera, pero decidió coger un cigarrillo de su cajetilla de tabaco y tratar de aclararse un poco la cabeza. Nunca volvería a ver a Alvar, lo sabía la víspera, mientras se

desvestía, y lo sabía también ahora, pero, por más que fuera inevitable, no por eso lo llevaba mejor. No obstante, lo superaría: si Alvar no intentaba aprovecharse de ella y de su pelo, solo podía deberse a una debilidad inexplicable y pasajera. Lo superaría, claro que sí. Tenía que marcharse no solo por los Lambert, sino también por Alvar.

—Si necesitas algo para dormir, o cualquier otra cosa, envíame un mensaje; no vayas a salir a buscar nada por tu cuenta —dijo Alvar—. ¿Me prometes que te quedarás en el piso?

—¿Vas a contárselo a Lambert?

—Yo siempre cumplo mi parte del trato. Siempre. Sin embargo, Anita corrió un gran riesgo cuando empezó a vender tu pelo: Lambert tiene clientes que pagarían lo que fuera por una hija con tu genotipo. ¿Han analizado tu ADN? ¿Hay más gente como tú?

—No lo creo, pero mejor hablar de otra cosa.

—Necesito saberlo, mi pequeña ucraniana: tienes que ayudarme a hacerte desaparecer. Escucha, Anita escogió las vías del metro porque sabía que Lambert volvería a atraparla y entonces sí que la haría hablar. Habría hablado de ti, y Lambert no tardaría en creerla.

Alvar le cogió la barbilla y la nariz de Norma se destapó de pronto: funcionaba a la perfección, y ella confiaba.

OceanofPDF.com

Delante del espejo, Alla comprobaba si la parte de arriba de su atuendo combinaba con la de abajo. Pensaba llevarse a Hanói su bolso de la suerte: un Birkin de piel de serpiente que había comprado en una subasta de bolsos de lujo.

—Me gusta ese viceministro de Sanidad vietnamita: tendría que haber más políticos como él —dijo Lambert, y le mostró a Marion la noticia en su teléfono.

Según el ministro, la maternidad subrogada era comparable a la lactancia: si las mujeres que no podían dar el pecho a sus hijos siempre habían permitido que otras lo hicieran, ¿por qué una mujer capaz de dar a luz no iba a poder hacerlo en lugar de una persona que no podía? Después de asegurar que la fertilidad había disminuido en Vietnam de un modo alarmante en los últimos años, declaraba que actuar era un deber humanitario y patriótico.

Marion puso el teléfono sobre la mesa: no era capaz de concentrarse.

—No he visto a Alvar en todo el fin de semana —comentó.

—Debe de estar con alguna chica —soltó Lambert guiñando el ojo—. Deja que se tome unas vacaciones: se las ha ganado.

—Vamos a concentrarnos en Vietnam —continuó Alla—. Piensa en qué vas a poner en la maleta: tendrás que acompañarnos a conocer al ministro de Sanidad.

—Asesórala un poco —intervino Lambert—: vamos a reunirnos con todos nuestros socios y a pensar en una estrategia. Hay un gran potencial. Si los maridos están dispuestos a vender el pelo de sus mujeres por veinte dólares, ¿por qué no iban a prestarnos sus úteros a cambio de una compensación modesta? Por una miseria, incluso.

Lambert lanzó su sombrero panamá hacia el brazo del sofá. La cinta negra del sombrero despertó a las ranas. «Encargarte del asunto». Marion

había dicho eso mismo a Albiino antes del viaje a Colombia. Seguramente, Norma había hablado y a eso se debía el buen humor de Lambert; daba igual, ya que el clan no tendría tiempo de hacer nada con la información de la chica.

—¿Tú qué opinas sobre Vietnam, Marion?

Marion se sobresaltó.

—No has leído el artículo hasta el final —observó Lambert.

Marion cogió el teléfono y procuró concentrarse en la pantalla.

—Muy astuto, el ministro; se dedica a hablar del sufrimiento de las parejas locales —comentó Alla—, y así evita hablar de los extranjeros que nos aprovecharemos de la situación.

Lambert ya veía el futuro perfilarse a lo lejos: tenía la ventaja del pionero en Vietnam gracias al negocio del cabello. Eran años de experiencia y muchísimos contactos. Dominaría el imperio de los embriones de Vietnam y después de Japón. Marion nunca olvidaría esa sonrisa, los poros dilatados en las aletas de la nariz, las cejas, que habían empezado a espesarse con la edad, y la mano que hacía tintinear los cubitos de hielo en el vaso como un patrón de la época colonial tocando la campanilla del servicio. Marion no tenía manera de saber si la decisión sobre sus vacaciones se había tomado porque Lambert sabía la verdad o simplemente porque la consideraban un riesgo. No podía saber si Alvar estaba ausente porque no quería participar en esto o porque la chica y la información que esta le había proporcionado lo mantenían ocupado. Si así fuera, Alvar ya habría llamado «padre» a Lambert y habría logrado que volvieran a su mente los recuerdos de la infancia, pero Marion ya no necesitaba humillarse: hoy vería a este dúo por última vez. Padre e hija tenían un plan para alejarse uno del otro y ambos intentaban llevarlo a cabo lo mejor que podían. Esta vez, sin embargo, Marion ganaría.

—En cuanto a Nigeria —dijo Lambert—, lo dejaremos por la paz. Esa planta embotelladora fue un error, lo admito: vamos a venderla y a olvidar todo ese asunto. Después del allanamiento, nuestros abogados lograron que la policía no nos persiguiera, pero no que nos dejaran continuar con el negocio. De todas formas, aquí no íbamos a conseguir vender a esos

negritos. Mejor concentrarnos en países más civilizados. ¡Venga, Marion, vete a hacer la maleta!

OceanofPDF.com

Ljuba seguía en el hospital y Marion estaba en la cocina preparando bocadillos para los niños cuando oyó llegar el coche de Alvar. Alvar se dirigió directamente al patio trasero, donde Lambert se recuperaba de la resaca de San Juan con un sombrero sobre los ojos. Marion dejó el pan sobre la mesa y miró hacia fuera: el columpio del patio se balanceaba vacío. Lambert se había levantado y Alla se había quitado las gafas de sol. La conversación se oía claramente a través de la ventana abierta.

—Es seguro: los ucranianos vienen de Dnipropetrovsk —dijo Alvar—. Esa familia de la que Anita hablaba vive allí: tienen problemas con Hacienda por culpa de un negocio que hicieron con Oleksandr Janukovič.

—Dnipropetrovsk... —dijo Lambert saboreando el nombre mientras hacía girar el sombrero en la mano.

Marion se sacudió las ranas de la cabeza. Después de un par de días no necesitaría oírlas nunca más. Alvar volvía a ser el chico de oro de Lambert y esta vez puede que también el suyo. Ella no se iría a Fráncfort, se iría a Dnipropetrovsk. Encontraría a los ucranianos, estaba segura. Cuando consiguiera librarse de Alla y de Lambert, tendría tiempo de remover cada piedra de la ciudad.

—... de allí vienen muchos políticos, incluida Tymošenko, la chica de las trenzas. Pensé que a la mafia de esa zona solo le interesaban las armas y los bienes del Estado.

Alla lo interrumpió.

—Tenemos muy buenas relaciones en Dnipropetrovsk, no entiendo cómo nadie me había dicho nada...

Lambert juntó las manos y se las acercó a la boca.

—Es extraño. ¿Así que tenemos un competidor secreto en Dnipropetrovsk? ¿Por qué tengo la impresión de que aún falta una pieza?

—Norma solo sabe que el cabello viene de allí —dijo Alvar—. Va a recoger los envíos a la oficina de Matkahuolto y recibe el dinero de la cuenta de una testafarro. Envié a los chicos a buscar a esa mujer, no tardarán en dar con ella. Norma cree que el accidente de Anita tuvo que ver con algún intermediario que quería llevar él mismo el negocio. Yo creo que ese tipo es quien quiere nuestro territorio. Deberíamos intentar contactar de inmediato con la gente de Dnipropetrovsk para llegar a un acuerdo: dejarles claro que sin nosotros no podrán operar aquí, y que aquí tendrán que seguir nuestras normas: no van a eliminar a los Lambert.

La voz de su hermano había sido la habitual, pero había algo diferente. Marion no conseguía descubrir qué. No veía las pupilas de su hermano. Sin embargo, su voz era clara y no había tics en sus gestos.

—Ahora os envío la dirección de Dnipropetrovsk que me ha dado Norma —dijo Alvar tecleando en su teléfono.

—Pues iremos allí después de Hanói —decidió Lambert—. Pero antes arreglemos la subasta de la chica: Alla puede hacer que cualquier fresca se vea presentable. Shiguto no puede resistirse a las rubias. ¿O necesitamos más tiempo? Porque su cara está en buen estado, ¿no?

—¿Deberíamos sacarla del país? —preguntó Alla.

—Quizá no inmediatamente —respondió Alvar.

—O sea, que no está en muy buen estado. Bueno, esperaremos un poco.

Su hermano era eficaz, cumplidor, un miembro de pleno derecho del clan. Ellos ya no tenían nada en común y su hermano nunca le diría dónde tenía a Norma escondida. Justo entonces a Marion se le ocurrió un nombre para su salón de peluquería:

Thelma y Louise.

OceanofPDF.com

Marion deslizó por la mesa una carpeta que contenía las ecografías y el historial con el seguimiento del embarazo. Alvar le había pedido que fuera ella sola a la reunión con la Mujer Down, seguramente no quería que le hiciera preguntas sobre la niña.

—No puedo tener tan mala suerte dos veces —dijo la mujer.

—Claro que no.

Marion le dio unas palmaditas tranquilizadoras en el brazo y continuó con la cantinela de siempre, al tiempo que se preguntaba cómo reaccionaría esa mujer cuando leyera, sentada a la mesa del desayuno, la noticia sobre los negocios del clan de Lambert. Quizá la llamaría la prensa, y en su trabajo circularían rumores y se urdirían planes para librarse de ella legalmente. Los vecinos dejarían de saludarla. Pronto, todo el país querría saber qué había sido del primer niño. Los titulares apostarían por un orfanato y, si la cosa continuara, sin duda surgirían las sospechas de tráfico de órganos. Marion no tenía la menor idea del paradero del niño, pero lo importante era que uno de los lápices USB que guardaba en la caja de metal contenía la grabación de una conversación en la que se hacía evidente el odio de la mujer hacia su propio bebé con síndrome de Down.

Marion sonrió, sonreía cada vez más a menudo y su sonrisa ya viajaba sobre las alas del avión. Se marcharía, iría a Dnipropetrovsk y encontraría los cabellos ucranianos. Después vendrían *Vogue*, *Harper's Bazaar*, *Cosmopolitan*, las portadas de distintas revistas de peluquería, ¡los peinados de la semana de la moda de París! ¡La siguiente generación de supermodelos! El estilista de Nicki Minaj, Terrence Davidson, se convertiría en su cliente habitual, y Ursula Stephen le encargaría los mechones que luego le pondría a Rihanna. Y ni hablar de la peluquera de Madonna. ¡Cuántas tardes había pasado planificando sus futuras conquistas con Anita, hojeando revistas femeninas, y ahora por fin había llegado el

momento! Había conseguido llevarlo todo hasta el final ella sola. Sin Anita, sin ayuda de nadie. Ya había vaciado las cuentas; no sentía remordimientos por no haberle dado a Norma el dinero que quedaba: ya no lo necesitaba.

OceanofPDF.com

Deberían de haber abierto juntas la caja de metal. Su plan era meter en sobres los lápices USB que había en la caja y enviarlos por correo el día del cumpleaños de Marion, el 4 de agosto. Habían fijado la fecha antes del viaje a Tailandia. Ese día tenía que marcar el comienzo de su nueva vida. Marion abrió una botella de vino espumoso y sirvió dos copas.

Los sobres blancos esperaban sobre la mesa. Ya había pegado los sellos, solo le faltaba escribir las direcciones de la Oficina Nacional de Investigación del Fraude, de un activista especializado en filtraciones de secretos empresariales y de un periódico que aún no había escogido: Anita había saltado a las vías del metro antes de que tuvieran tiempo de decidirlo. ¿El *Iltapäivälehti* o el *Helsingin Sanomat*? ¿La revista *Suomen Kuvalehti* o la *Aamulehti*? ¿Quizá algún periódico danés? ¿O uno sueco? Ningún medio finés había dado cobertura a los registros de la policía en la supuesta planta embotelladora de agua en Nigeria y, de hecho, el término «fábrica de bebés» tenía muy poco predicamento en Finlandia. Seguro que los diarios y revistas daneses y suecos recibirían la noticia con más entusiasmo.

Decidió jugar sobre seguro: enviaría un sobre al *Ruotsin Express* y otro a un periódico danés; o mejor: compraría más lápices USB en Kiev, haría más copias y las repartiría por todos los países donde la agencia estaba presente. Lambert, el director general, se convertiría en la cara visible del tráfico de úteros.

Cuando estaba todo listo y la maleta hecha, sonó el timbre de la puerta. Por la mirilla vio a Alvar, quien no dejó de llamar hasta que ella le abrió la puerta. Estaba tranquila: había guardado los sobres y la maleta en el armario, y no había nada más en la vivienda que revelara sus intenciones. Se dispuso a contarle a su hermano con todo lujo de detalles su encuentro

con la mujer Down, pero Alvar no le hizo ninguna pregunta. De hecho, ni siquiera abrió la boca. Ella empezó, pero pronto el silencio de Alvar logró, como siempre, que una sensación de entumecimiento invadiera todos sus miembros. Tartamudeó.

—¿Ya has acabado? ¿De verdad imaginabas que tu plan se haría realidad?

Dos hombres entraron y registraron la vivienda de Marion minuciosamente. Pusieron su vida patas arriba cajón tras cajón. Volaban plumas de las almohadas, caían monedas de los bolsillos, los vasos se estrellaban en el suelo de baldosas, el suelo de la cocina se llenó de harina y azúcar. Entretanto, Marion se había quedado de pie como una niña que ha pegado la lengua a un poste de metal helado mientras veía los polvos cubrir de niebla el espejo del cuarto de baño a medida que los hombres abrían botes y tarros y esparcían su contenido por el suelo. Alvar se sentó frente a ella y abrió los sobres que había encontrado en la maleta, conectó uno de los lápices USB en el portátil y puso en marcha las grabaciones.

—Puedes marcharte.

Marion no comprendió lo que le decía su hermano.

—Tienes diez horas de ventaja: le llevaré esto a Lambert por la mañana.

—Uno de los hombres que acompañaban a Alvar le tendió unos papeles: los billetes a Kiev de Marion. Alvar les echó un vistazo y los dejó caer al suelo

—. Vete a donde quieras.

Marion se arrodilló y cogió los billetes.

—Comprueba que solo lleve consigo el pasaporte, el teléfono y la tarjeta de crédito —le dijo Alvar al hombre—. Llévala al aeropuerto y una vez allí regístrale los bolsillos y el pelo una vez más.

En la pantalla del portátil, una chica mexicana lloraba por un aborto practicado a la fuerza en el sexto mes de embarazo. Alvar saltó al siguiente vídeo y a la siguiente chica mexicana: contaba que, como pago por su bebé, había recibido un viaje al otro lado de la frontera con Estados Unidos.

Marion se sacudió las plumas que habían salido volando de la almohada y caminó lentamente hacia la puerta.

—Te he enviado la dirección de ese tipo de Dnipropetrovsk —le dijo Alvar cuando estaba a punto de salir—. No merece la pena que vayas allí, pero sé que vas a ir de todos modos.

OceanofPDF.com

EPÍLOGO

OceanofPDF.com

El calor había acabado con la oferta de helados de la estación de servicio. Sin embargo, Norma abrió la puerta del congelador y asomó la cara hasta sentir que se refrescaba un poco. En el mostrador, echó un vistazo a los titulares: muertes por golpes de calor, tormentas y silicona, bodas y divorcios.

—¿Algo más?

Norma tardó un instante en darse cuenta de que la vendedora, que estaba girada hacia el ventilador, se refería a ella, y sonrió.

—No, nada más: café para dos; dos aguas, una con gas; dos paquetes de cigarrillos, unos mentolados y otros normales. Dos de todo. Y galletas para perro.

Cuando salió a la calle, *Jemma* corrió hacia ella e intentó arrebatarse el paquete de galletas. Alvar sonreía al lado del coche. Sintió mariposas en el estómago. Mientras cruzaba el aparcamiento, Norma pudo imaginarse que era como cualquier mujer que se va de vacaciones con el hombre que ama, pero la furgoneta que aparcó detrás de ellos interrumpió su fantasía. La invadió un malestar repentino. Subió al coche y buscó en la guantera las pastillas para el mareo. Se lo había provocado la mujer que acababa de bajar de la furgoneta y estaba estirando las piernas mientras sus hijos corrían hacia la estación de servicio con su padre.

—Esa mujer está gravemente enferma...

Procuró cerrar la boca y puso el aire acondicionado al máximo. Alvar, que había subido al coche, le pasó el brazo por los hombros y la besó en la mejilla. Norma pensó que el calor había derretido sus defensas; o quizá la culpa fuera de Alvar: agua para dos, cerveza para dos, café para dos, habitaciones dobles... su corazón hambriento parecía dispuesto a contarle todo.

—... no verá el próximo verano —añadió.

Los niños corrieron para enseñarle a su madre sus batidos con pajita, pero ella estaba concentrada discutiendo con su marido: ¿pretendía seguir buscando la gasolina más barata de Finlandia aunque se quedaran varados a la mitad del camino? En el futuro, los niños recordarían que el último verano de su madre había estado lleno de discusiones y que después había aparecido en su vida su odiosa madrastra.

—¿Recuerdas la ola de calor de 2010? Creo que me pasé todo el verano borracha. Cuando hace calor, todo se acentúa: la muerte, el alcohol, la libido. Prefiero el invierno.

Norma se tapó instintivamente la boca y acto seguido se volvió hacia Alvar, que la estaba mirando a ella y no a la familia.

—¿Hueles las enfermedades en el pelo o qué?

—Sí, no me lo estoy inventando.

—No deberías contárselo a nadie, cariño.

Alvar hacía que todo sonase normal. Norma se dio cuenta de que al final no había cogido las pastillas y se puso a contarle a Alvar con todo detalle cómo había percibido la nube negra sobre la cajera de una tienda cuando era pequeña y cómo no le había dicho nada. Quizá debería hacerlo esta vez: quizá la mujer que tenían delante podría curarse si fuera al médico a tiempo. Podría salir del coche y decírselo...

—No vayas —le dijo Alvar.

—No te preocupas por nada.

Alvar se encogió de hombros.

—Me preocupo de forma selectiva.

Observaron el enfado de la familia con las tazas de café en las manos, como si estuvieran delante del televisor. Alvar nunca la juzgaría por no salir corriendo y urgir a aquella mujer a ir al médico, ni le insistiría en cuánto bien podría hacer. Podría pasar de largo frente a personas en las que detectara la señal funesta simplemente porque era abrumador tener ese don y aquel destino no era culpa suya. En compañía de Alvar podría ser indiferente sin sentirse culpable: eso sería un gran alivio.

Veinte años después de su última visita, el estanque de Naakka estaba casi igual a como Norma lo recordaba. Quizá había más nenúfares y juncas, y la orilla no había sido dragada desde hacía décadas, pero aún se podía nadar. Cuando Alvar y el perro se metieron en el agua, Norma volvió a sintonizar la radio del coche, pero volvió a escuchar solamente frivolidades... Ni una palabra sobre el finlandés hallado muerto en Ucrania, aparentemente un hombre de negocios, ni sobre las dos mujeres que lo acompañaban, probablemente su esposa y su hija; tampoco sobre el violento tiroteo en el que habían participado varios finlandeses. Apagó la radio, caminó hasta la orilla y sacó un cigarrillo del bolsillo. Se acercaba una tormenta. Fumar la ayudaba a calmarse. Si, a pesar de todo, Lambert o Alla habían conseguido escapar, sin duda irían tras ella. Eva le había recomendado que confiase en Alvar: él era uno de esos hombres que sabían hacerse cargo de este tipo de cosas.

Jemma remontó la orilla y se sacudió el pelaje. Alvar apareció tras ella.

—Lambert no va a volver —dijo—. Vuelves a tener esa expresión.

—No has visto el cadáver.

—Confío en mis hombres.

—¿Y si Lambert les ha pagado más que tú?

—Las cosas no funcionan así.

—¿Y cómo funcionan, entonces?

En vez de responder, Alvar dejó caer la toalla al suelo y empezó a vestirse. Norma procuró convencerse de que no valía la pena insistir; de todos modos, Alvar no se lo contaría todo. Pero quería poder dormir sola, no preocuparse cada vez que perdiera de vista a Alvar, ni estar todo el rato aguzando el oído por si sonaban las sirenas de la policía, ni sobresaltarse cada vez que una patrulla los adelantaba. A veces, la sensación de que podían detener a Alvar le aceleraba tanto el corazón que no se calmaba hasta que él la rodeaba con sus brazos.

—Tienes que contarme lo que ha sucedido.

—Será mejor que no lo sepas.

—¡Tengo que saberlo!

—¿Qué suponías que haría Lambert si los vídeos de Anita caían en sus manos?

—Querría matar a Marion.

—Pues ya está: sabes todo lo necesario.

Alvar le había entregado los vídeos de Anita a Lambert. Cuando se lo dijo, Norma se sobresaltó, pero Alvar procuró tranquilizarla. Lambert y Alla habían partido enseguida hacia Dnipropetrovsk, tras la pista de Marion. Él estaba seguro de que la habían encontrado.

—Pero ¿y qué si Marion tuvo tiempo de enviar los archivos a alguien antes de irse?

—De ser así, no estaríamos aquí sentados.

—No soportaría que acabases en la cárcel.

—Nadie va a ir a la cárcel.

—¿Seguro?

Alvar la sentó en su regazo y, a pesar de sus protestas, le hizo cosquillas hasta que, por un momento, la preocupación se convirtió en risa. Alvar había enviado a sus hombres a Dnipropetrovsk con la misión de limpiar las huellas y Norma había esperado que Alvar recibiese una noticia o un mensaje que le preocupase, sorprendiese o aliviase, pero nada de eso había sucedido. Lo cierto es que tampoco había indicios de que el plan de Alvar hubiera salido mal, ni de que tuviesen motivos para huir. Alvar se había hecho cargo de todo el imperio como si Lambert y Alla nunca hubiesen existido, como si hubiese sido siempre suyo, y Norma sospechaba que Alvar llevaba mucho tiempo planeando ese golpe de Estado: simplemente había estado esperando la ocasión apropiada.

La casa de Naakka estaba idéntica, excepto porque en la cocina no había ni una sola taza con el asa intacta y de que el entarimado crujía en otros puntos aparte de los de siempre. Alvar encendió la estufa de leña bajo la mirada atenta de Norma. No estaba segura de por qué estaba allí y no en el país donde había imaginado que se iría cuando consiguiese un nuevo pasaporte. Alvar se lo había entregado en el escondite la semana siguiente a San Juan, tras contarle que Lambert y Alla habían sufrido un accidente en Dnipropetrovsk.

Esa noche, Alvar le había preguntado si quería que la llevase directa al aeropuerto o si le apetecería ir antes a cenar. Ella había escogido la cena y por la noche había dormido al lado de Alvar. Desde entonces, sus cabellos estaban en paz, aunque ella sabía que eso podía cambiar en cualquier momento. Pero no ahora, todavía no. Por ahora podía seguir imaginándose que era una mujer normal pasando las vacaciones de verano con su amor. Eva insistía en que disfrutara de ese merecido descanso, después de todos los problemas que Anita había provocado.

En el fondo, sin embargo, Norma seguía temiendo que el clan, o bien alguno de sus intermediarios, estirara sus garras hacia ella. Mientras no pudiese estar completamente segura de si Lambert y Alla estaban muertos, no estaría a salvo... No sin el hombre que sabía cómo lidiar con ese tipo de gente.

Al día siguiente iría a ver Helena, que en los últimos tiempos había empeorado y se pasaba los días preguntando por Anita. Al principio, Alvar se había opuesto a esa visita, pero ella había insistido porque sabía que Alvar terminaría agradeciéndole que visitara a su madre.

Eva esperaba la visita con impaciencia: tenían mucho de qué hablar y esta vez le contaría, a través de Helena, dónde ir a buscar a los descendientes de su hija. Los echaba de menos... Y Helena echaba de menos su pipa.



SOFI OKSANEN (Jyväskylä, Finlandia, 1977) estudió Arte Dramático en la Academia de Teatro de Helsinki. *Purga* (Salamandra, 2011), su tercera novela, que vendió más de un millón de ejemplares en más de cuarenta países, y fue galardonada con los premios más importantes de Finlandia, el de Literatura del Consejo Nórdico, el Femina Étranger y el de Mejor Novela Europea del Año, la colocó en el panorama literario internacional. Fue la primera escritora finlandesa en alcanzar, en 2013, el Premio Nórdico de la Academia Sueca. *Cuando las palomas cayeron del cielo* (Salamandra, 2013), su siguiente novela, fue recibida con el mismo entusiasmo por la crítica y el público, igual que *Norma*, nominada al Young Aleksis Literature Prize en 2016 y traducida a una treintena de idiomas.

OceanofPDF.com